La Madre Perfecta



Siempre sabía
exactamente lo que necesitabas.

ENZO DELLA CECILIA

LA MADRE PERFECTA

Enzo Della Cecilia

© Enzo Della Cecilia. Todos los derechos reservados.

LA MADRE PERFECTA

Siempre supe exactamente lo que necesitabas. Antes que tú. Antes de que aprendieras la palabra para pedirlo.

Una madre nota esas cosas. Una buena madre, además, las arregla.

PRIMERA PARTE — LA LLEGADA

1

La casa huele a cereza y a lejía. Las dos cosas a la vez, peleándose, y eso lo sé antes de cruzar el umbral, antes incluso de que Villar baje del coche con la carpeta apretada contra el pecho como un escudo de papel.

—Lo he dejado todo igual —dice—. No hemos tocado nada. Su madre fue muy concreta en eso.

Concreta. Mi madre dejó instrucciones concretas para el día en que la encontraran muerta. Debería extrañarme. No me extraña.

El pueblo huele a marea baja, a algas y a sal vieja, y la casa de los Marén está donde ha estado siempre, en lo alto de la calle que sube desde el puerto, con las contraventanas pintadas de un verde que ya no se fabrica y los geranios en latas de tomate que mi madre repintaba cada primavera para que parecieran macetas de verdad. Hay un coche moderno aparcado al lado del de Villar. El móvil de Villar vibra en su bolsillo y él lo silencia con la mano sin mirarlo. Lo demás —la casa, la calle, el aire— podría ser de hace setenta años. Mi madre se ocupó de eso. Mi madre se ocupó de todo.

Subo los tres escalones del porche. Los conozco. El segundo cruje. Lo pisé miles de veces de niño y crujía, y sigue crujiendo, y eso me revuelve algo en el estómago que no quiero nombrar.

—¿Cuándo la encontraron? —pregunto.

—El martes. Por la mañana. La señora Pinto, la vecina. Tenían café los martes.

Hoy es viernes. La cuento hacia atrás: martes, lunes, domingo. El domingo es un agujero. No sé dónde estuve el domingo. Sé que recibí una llamada, que cogí el coche, que conduje hasta aquí por una

carretera que he hecho mil veces, pero el trayecto se me deshace en cuanto intento mirarlo de frente. Hay tramos. Hay un área de servicio con una máquina de café que escupía vasos vacíos. Hay un peaje. Y entre el peaje y este porche no hay nada, un blanco liso, planchado.

Me pasa. Desde niño me pasa. Lo llamábamos «los días flojos», mi madre y yo, como si fuera una gripe que iba y venía. *Tienes un día flojo, cariño. Échate.* Y yo me echaba, y cuando despertaba el día se había gastado entero sin mí.

Villar abre la puerta. La llave es grande, de hierro, de las que ya nadie tiene, y entra en la cerradura con un sonido que reconozco en los dientes antes que en los oídos.

Dentro está todo en su sitio.

Eso es lo que más cuesta. Que esté todo en su sitio. El recibidor con el perchero vacío —mi madre nunca dejaba un abrigo colgado, los abrigos se guardan, un abrigo a la vista es desorden—, el espejo ovalado con el marco de escayola que ella pintaba de dorado con un pincelito, el reloj de pared dando la hora exacta. Alguien le ha dado cuerda. El reloj de una muerta no debería estar en hora. Alguien sube cada pocos días a darle cuerda al reloj de mi madre muerta, y por la forma en que Villar evita mirarlo, sé que no es él.

—El testamento —empieza, y se aclara la garganta—. Sus hermanos llegan mañana. Su madre quería que se leyera con los tres presentes. Hay… condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Mañana. —Aprieta la carpeta—. Lo siento. Son instrucciones.

Otra vez la palabra. La dejo pasar.

Camino por el pasillo. No me invita; ya no hace falta que nadie me invite, esta casa es mía ahora, o de los tres, o de quien mi madre haya decidido en su carpeta que la merece más. Las paredes están cubiertas de fotos enmarcadas, todas del mismo tamaño, todas a la misma altura, medidas con regla. Nosotros tres de pequeños en la playa. Nosotros tres de pequeños en el porche. Nosotros tres delante de la tarta de cumpleaños, siempre la misma tarta, la de celosía, la de cereza, año tras año, una hilera de niños sonrientes envejeciendo de marco en marco con la misma tarta debajo de la cara.

Hay un hueco. Un rectángulo más claro en la pintura, donde colgó algo durante años y ya no cuelga. Paso el dedo por el borde. Limpio. Aquí también ha limpiado alguien.

—La cocina —digo, y no es una pregunta.

Villar se queda en el pasillo.

—Yo le espero aquí, si no le importa.

La cocina de mi madre es lo más limpio que he visto nunca. Lo era cuando ella vivía y lo sigue siendo ahora, y eso tiene algo de obsceno, una cocina donde murió una mujer hace tres días y que reluce como un anuncio. El suelo de baldosa blanca y negra friegado hasta el brillo. La encimera vacía. Los paños doblados en tercios sobre la barra del horno, los bordes alineados. El olor a lejía sube del suelo, sube de las juntas, y por encima, flotando, dulzón, terco, el de la cereza.

Y en la rejilla, junto a la ventana, la tarta.

Sigue ahí. Nadie la ha movido. La celosía perfecta, las tiras de masa cruzadas una sobre otra con esa paciencia que yo nunca tuve y que a Marina le salía a la primera, el relleno oscuro asomando por los rombos, cuajado ya, mate. Una tarta de cereza enfriándose en una cocina vacía. Lleva tres días enfriándose.

Me acerco. No sé por qué me acerco.

—La encontró así —digo, en voz alta, para que Villar lo oiga desde el pasillo—. La señora Pinto. ¿La tarta estaba aquí?

Un silencio. Luego su voz, cuidando las palabras:

—Sí. Estaba… recién hecha. Eso dijo. Que entró por el olor. Que olía a tarta recién horneada y que por eso entró, porque pensó que su madre estaba cocinando.

—El martes por la mañana.

—Sí.

—¿Y mi madre llevaba muerta…?

Villar tarda.

—El médico dijo que desde la noche anterior. Varias horas.

Toco la masa con la punta de un dedo. Está fría. Dura. Lleva días muerta, igual que ella. Lo que toco ahora es una tarta de tres días, una piedra dulce que nadie va a comerse.

Pero el martes por la mañana estaba caliente. Olía a recién hecha. Una vecina entró a una casa pensando que mi madre cocinaba, y mi madre llevaba desde la noche anterior tirada en este suelo blanco y negro, y la tarta, encima de la rejilla, junto a su cuerpo, todavía soltaba ese olor que se cuela por debajo de las puertas y te hace pensar que alguien te quiere.

Las tartas no se hacen solas. No se quedan calientes ocho, diez, doce horas. Alguien la metió en el horno. Alguien la sacó. Alguien la dejó enfriando en la rejilla mientras mi madre se enfriaba en el suelo, y luego ese alguien apagó la luz y bajó los tres escalones del porche, y el segundo crujió, seguro que crujió, y nadie lo oyó porque ya no quedaba nadie vivo en la casa para oírlo.

Retiro el dedo. Me lo limpio en el pantalón, aunque no se me ha pegado nada.

Pienso en el domingo. En el agujero del domingo. En la carretera que se me deshace, el área de servicio, el peaje, y después el blanco. Intento meter la mano dentro de ese blanco y palpar, a ver qué hay, a ver si hay una cocina, un horno, un cuenco con cerezas, mis propias manos haciendo una celosía que nunca en mi vida he sabido hacer. No hay nada. El blanco es liso. El blanco siempre ha sido liso, desde niño, esa es la cuestión, esa ha sido siempre la cuestión conmigo.

—¿Señor Marén? —Villar, desde el pasillo—. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

No me encuentro de ninguna manera. Estoy de pie en la cocina de mi madre tocando una tarta que no debería existir, y la pregunta que no me voy a hacer en voz alta, la que me trago aquí mismo, sobre estas baldosas tan limpias, es muy sencilla, tan sencilla que da risa:

Si yo no sé dónde estuve el domingo, ni el lunes, ni la noche del lunes —

—Voy a cerrar ya —dice Villar—. Volveré mañana con sus hermanos. A las diez.

—Vale.

No se mueve. Lo noto en el pasillo, dudando, con la carpeta y el escudo de papel.

—Su madre lo quería mucho —dice al fin—. A los tres. Lo decía siempre. Que lo único que hizo bien en esta vida fueron ustedes tres.

Y ahí está. La frase que la gente de este pueblo lleva diciéndome desde que tengo memoria, la frase que se dice de las buenas madres, de las madres perfectas, de las madres que repintan latas de tomate para que parezcan macetas y miden con regla la altura de las fotos y te dan un té cuando tienes un día flojo y te quedas tan bien, tan flojo, tan suyo.

—Gracias —digo.

Oigo cómo recoge sus cosas. Oigo la puerta grande, la llave de hierro, el motor de su coche moderno arrancando y bajando hacia el

puerto. Y luego la casa se queda como le gustaba a ella: en silencio, ordenada, oliendo a dos cosas a la vez.

Me quedo en la cocina más tiempo del que tiene sentido quedarse.

La tarta está fría. La encontraron caliente. Entre esas dos cosas hay una noche entera y unas manos que la sacaron del horno, y yo no sé de quién eran esas manos, y lo único que sé, lo único de lo que estoy seguro en toda esta casa tan limpia, es que las mías, cuando me las miro ahora, bajo la luz blanca de la cocina de mi madre, están impecables.

Demasiado impecables.

Como si alguien me las hubiera lavado.

2

No he dormido en mi cuarto. He dormido en el sofá del salón, vestido, con la chaqueta puesta y los zapatos en el suelo, y a las seis ya estaba con los ojos abiertos contando las molduras del techo que mi madre repintaba cada dos años con un rodillo pequeño para que no se notaran las pasadas.

Subir al piso de arriba me parecía mucho pedir. Mi cuarto sigue siendo mi cuarto. Lo sé sin verlo: la colcha estirada, las esquinas metidas bajo el colchón con esa tensión de hospital, el vaso de agua en la mesilla por si me daba sed de noche. Treinta y ocho años y mi madre seguía dejándome un vaso de agua. No quiero entrar ahí. No quiero ver el vaso.

A las nueve y media bajo a la cocina y la tarta sigue en la rejilla. Nadie la va a mover. Forma parte de lo que Villar llama dejarlo todo como estaba. Me sirvo un café de una cafetera que no recordaba y que funciona, porque en esta casa todo funciona, el reloj de pared incluido, que esta mañana marca y otra vez está en hora, y yo no le he dado cuerda.

A las diez en punto oigo el primer coche.

Me asomo por el visillo de la cocina. Es Villar, con su carpeta. Aparca donde aparcó ayer. Detrás baja un segundo coche, uno gris con un golpe en la aleta sin reparar, y de él sale Daniel.

Hacía tres años que no veía a mi hermano. Se ha quedado más flaco de lo que un hombre debería quedarse. Lleva una sudadera con cremallera subida hasta el cuello aunque hace calor, las manos hundidas en los bolsillos, y se queda parado en la acera mirando la casa antes de decidirse, igual que de niño se quedaba parado en la

puerta de la cocina antes de pedir permiso para entrar. Sube los escalones. El segundo cruje. Daniel se para en seco al oírlo, como si el escalón le hubiera dicho algo, y luego sigue.

Abro yo la puerta antes de que llame.

—Hola —dice.

—Hola.

Nos quedamos así. Hay un abrazo que no nos damos. Huele a tabaco y a otra cosa por debajo, dulzona, medicinal. Mira por encima de mi hombro hacia el pasillo de las fotos y traga.

—Joder —dice—. Está igual.

—Está igual.

—¿Has dormido aquí?

—En el sofá.

Asiente como si eso lo explicara todo, lo cual a lo mejor es verdad. Entra. Pasa por delante de las fotos sin mirarlas, la vista en el suelo, y al llegar al hueco —el rectángulo más claro donde colgó algo durante años y ya no cuelga— levanta la cabeza medio segundo, lo ve, y aprieta el paso. No dice nada. Yo tampoco.

El tercer coche llega cuando Villar ya está dentro montando su carpeta en la mesa del comedor. Este no tiene golpes. Es nuevo, limpio, y aparca recto. Marina baja del lado del conductor con unas gafas de sol grandes y un vestido claro sin una arruga, y del asiento de atrás saca a Lía, que tendrá cinco o seis años y lleva un lazo del mismo tono que el vestido de su madre. Marina la coge de la mano. Antes de subir los escalones, se detiene en la acera, levanta el móvil y hace una foto a la fachada. La gira para mirarla. Hace otra. Luego guarda el móvil, le dice algo a la niña, y suben.

El segundo escalón cruje. Marina baja la vista, lo mira, y lo pisa otra vez a propósito, despacio, para volver a oírlo. Sonríe. Sube.

—Tomás —dice desde la puerta, y se quita las gafas.

Tiene los ojos de mi madre. Siempre los ha tenido, pero hoy, con la luz de la mañana entrando de lado por el recibidor, es difícil mirarla mucho rato.

—Marina.

—Estás aquí. —Lo dice con una satisfacción tranquila, como quien confirma una reserva—. Sabía que serías el primero.

Lía me mira desde detrás de la pierna de su madre. No la conozco. La he visto en pantallas, en las fotos que Marina cuelga, la niña del lazo en cocinas que parecen revistas, pero no la había tenido delante.

Tiene los ojos de Marina, que son los de mi madre, y eso en una cara tan pequeña cuesta un poco.

—Saluda a tu tío —dice Marina.

—Hola —dice Lía.

—Hola.

Pasamos al comedor. Villar nos coloca: Daniel y yo a un lado de la mesa, Marina enfrente con Lía en una silla a su lado, los pies de la niña colgando. La mesa es la de siempre, la de las comidas de domingo, con el mantel de hilo que mi madre planchaba con almidón. Hay tres carpetas pequeñas delante de nosotros, una por cabeza, con nuestros nombres escritos a mano. La letra es de mi madre.

—Antes de empezar —dice Villar—, quiero recordarles que yo soy solo el ejecutor. Yo no he redactado estas condiciones. Las redactó su madre, con un abogado de la capital, hace dos años, y las revisó hace cuatro meses. Mi trabajo es que se cumplan.

—Cuatro meses —dice Daniel.

—Sí.

—Hace cuatro meses no estaba enferma.

—Eso —dice Villar, y deja la frase ahí, recogiendo un papel que no necesita recoger.

Daniel se reclina. La silla cruje. Tiene la rodilla en marcha bajo la mesa, arriba y abajo, un motorcito.

Villar lee.

Lee que la casa, las cuentas y todo lo que contienen quedan en suspenso. Lee que para acceder a la herencia —y la palabra que usa es íntegra, la herencia íntegra— los tres hijos deben cumplir una condición. Lee despacio, con la entonación plana de quien ha decidido no opinar:

—«Mis tres hijos permanecerán juntos en la casa familiar durante setenta y dos horas, sin abandonarla. Durante ese tiempo, cada uno grabará una confesión. Una confesión sincera sobre mí, sobre quién fui como madre y qué hice por cada uno de ellos. La herencia íntegra pasará a aquel cuya confesión resulte más sincera.»

Silencio. Lía balancea los pies. El reloj de pared, en el recibidor, da y media.

—¿Más sincera según quién? —pregunto.

Villar pasa la página.

—Hay un sobre —dice—. Sellado. Su madre dejó grabada una última… declaración. Yo no la he oído. Se abrirá y se reproducirá al término de las setenta y dos horas, delante de los tres. Ahí están sus instrucciones para decidir.

—O sea que decide ella —dice Marina.

—Decide ella —dice Villar.

Marina asiente despacio, una vez, y baja la mano para colocar bien el lazo de Lía aunque el lazo está bien.

Daniel suelta una risa por la nariz, corta, sin gracia.

—Esto es de locos. ¿Y si me voy? ¿Si cojo el coche ahora y me voy?

—Entonces renuncia a su parte —dice Villar—. Y su parte se reparte entre quienes se queden. Está escrito.

La rodilla de Daniel se para. La vuelve a poner en marcha.

—Las grabaciones se hacen aquí —sigue Villar, y señala con la barbilla hacia la sala pequeña que da al jardín, el costurero de mi madre—. Su madre dejó preparado un equipo. Una grabadora. Entran de uno en uno, cuando quieran, y graban. Nadie obliga a nadie a contar nada. Pero el sobre lo va a juzgar, así que… —Se encoge de hombros, y por una vez parece un hombre y no un ejecutor —. Yo que ustedes, contaría.

Reparte los juegos de llaves. A cada uno, una llave de hierro igual que la suya, grande, anticuada, la de la puerta de entrada. Cuando me pone la mía en la mano, pesa más de lo que debería pesar una llave.

—Volveré dentro de tres días —dice—. El martes a las diez. Para entonces tienen que haber grabado los tres. —Recoge la carpeta. Mira el hueco más claro de la pared del pasillo al salir, lo mira un segundo igual que ayer, y no dice nada. Cierra la puerta. El motor. El coche bajando hacia el puerto.

Y nos quedamos los tres. Y la niña.

Daniel se levanta enseguida y empieza a caminar por el comedor tocando cosas, el aparador, los marcos, abriendo el cajón de los cubiertos buenos y cerrándolo, buscando algo que no encuentra o que no sabe que busca. Marina, en cambio, no se mueve durante un rato largo. Mira la mesa, el mantel almidonado, las tres carpetas con la letra de nuestra madre. Después se levanta, recoge las tazas que ni hemos usado, y se va a la cocina con ellas. La oigo abrir el grifo. La oigo poner algo al fuego. La oigo abrir y cerrar los armarios sabiendo dónde está cada cosa, sin dudar, porque en esta cocina nada se ha

movido de sitio en treinta años y ella se mueve por la cocina de nuestra madre con la soltura de quien la tiene memorizada.

Vuelve con una bandeja. Té para todos, en las tazas de las visitas, las de la cenefa azul. Una para Daniel, una para mí, una para ella. Un vaso de leche para Lía.

—Bebe algo —me dice—. Estás blanco.

—No tengo sed.

—No te he preguntado si tienes sed.

Lo deja delante de mí. El té humea. Huele a hierbas, a la mezcla que mi madre guardaba en un bote sin etiqueta y que llamaba «el de los nervios».

Daniel se acerca, coge su taza, la huele, hace una mueca y la deja sin beber. Vuelve a sus paseos. Marina se sienta a mi lado, no enfrente, a mi lado, donde estaba Daniel, y se queda mirándome con esos ojos. Me pone una mano en la mejilla. Tiene la mano caliente del fuego, de la cocina, del agua que ha calentado.

Me gira la cara hacia la luz. Me mira las ojeras, el blanco de los ojos, la forma en que no termino de enfocar.

—Pobre —dice, bajito, solo para mí—. Otra vez los días flojos.

Y la voz con que lo dice no es la suya.

Es exacta. La melodía, la pausa antes de «pobre», la manera de cortar la palabra «flojos» por la mitad y dejarla caer. No la oía desde hacía años. La oía cuando tenía nueve, doce, quince, tumbado en mi cama con la persiana bajada y una mano caliente en la mejilla girándome la cara hacia la luz para mirarme los ojos.

Marina me sostiene la cara un segundo más.

—No te preocupes —dice, con esa voz que no es la suya—. Ya estoy yo aquí.

3

La mano de Marina sigue en mi mejilla un segundo más de lo que dura un gesto. Luego la retira, despacio, y se mira la palma, y la limpia contra el vestido aunque no se la he ensuciado.

—Mamá —dice Lía, desde la silla—. La leche está caliente.

—Pues sóplala —dice Marina, y vuelve a ser ella, la voz otra vez la suya, y se levanta a soplarle la leche a la niña.

Daniel ha dejado de pasear. Está junto al aparador con un marco en la mano, uno de los tres niños y la tarta, y lo mira sin verlo. Lo devuelve a su sitio. No queda recto. Marina, sin levantar la vista de la leche de Lía, dice:

—Daniel, el marco.

Daniel lo endereza.

Me levanto. Necesito moverme, salir de este comedor con el mantel almidonado y las tres carpetas y la letra de mi madre escribiendo nuestros nombres desde dentro de la tierra. Digo que voy a abrir alguna ventana. Nadie contesta. Marina sopla la leche.

La casa se recorre sola, eso es lo que tiene. Uno empieza a andar y la casa lo lleva, porque mi madre la organizó para que se anduviera en un orden, del recibidor al salón, del salón al comedor, del comedor al pasillo de los dormitorios, todo encadenado, sin un rincón muerto, sin un cuarto al que no se llegue. Salvo los que ella cerraba.

Porque siempre había puertas cerradas. De niño lo aprendí pronto: hay puertas que se abren y puertas que no, y las que no son las de mi madre. El cuarto de la plancha. El armario del pasillo, el alto, el de las mantas. Su dormitorio cuando ella no estaba dentro.

Probabas el picaporte, lo notabas trabado, y si preguntabas por qué, ella te ponía la mano en la nuca, caliente, y te decía lo mismo siempre, con la misma música:

—Para que no tengas frío, mi vida.

Nunca entendí qué tenía que ver una puerta cerrada con el frío. Lo entendí de otra manera, con el cuerpo, sin palabras: cerrado es seguro, cerrado es de mamá, cerrado es que ella sabe lo que hay dentro y tú no necesitas saberlo.

Subo al piso de arriba. El pasamanos está encerado. Mi mano resbala.

Arriba, el pasillo. Mi cuarto a la izquierda, con la puerta entornada, y por la rendija veo la colcha estirada y el borde de la mesilla y, encima, el vaso de agua. Sigue lleno. Lleva ahí desde la última vez que dormí en esa cama, vaya uno a saber cuándo, y nadie lo ha vaciado, y el agua se habrá ido evaporando y rellenando con el polvo del aire, y no entro. Cierro yo la puerta del todo para no verlo.

El cuarto de Daniel. El de Marina. Y al fondo, el de mi madre.

Pruebo el picaporte por costumbre, por el reflejo de cuarenta años. Trabado.

Empujo un poco. La puerta no cede. La cerradura es de las antiguas, de las que piden una llave pequeña, distinta de la de hierro que llevo en el bolsillo y que solo abre la puerta de la calle. Pego la cara a la madera. Por debajo no sale luz. Huele, eso sí. Sale por la rendija de abajo un olor a cerrado y a algo dulce por encima, el perfume que ella se ponía, el de siempre, el del frasco con el atomizador de pera de goma, y por un momento ese olor saliendo por debajo de la puerta me revuelve más que la tarta de la cocina, más que el vaso de agua, más que todo.

—Esa no se abre.

Marina, al pie de la escalera, mirándome hacia arriba. No la he oído subir. No ha subido: está abajo, con la cara vuelta hacia mí, y Lía colgada de su mano.

—¿Tienes la llave? —pregunto.

—No la tiene nadie. Villar dice que no estaba entre las cosas. Que mamá no la dejó.

—¿Y cómo entramos a hacer la cama, a…?

—No entramos. —Lo dice sin inflexión, como quien recita una norma de la casa que no admite porqués—. Baja. El té se te está enfriando.

Bajo.

El té me espera en el comedor donde lo dejé, en la taza de la cenefa azul, ya tibio, con una película fina arriba. Marina lo ha vuelto a poner en su sitio, en mi sitio, delante de mi silla. Daniel no está. Lo oigo en el jardín, fuera, un cigarro seguramente, el mechero, la tos.

—Bébetelo —dice Marina. Se sienta enfrente esta vez, con Lía en el regazo, y me mira beber con esa paciencia que tenía mi madre, la de quien tiene todo el tiempo del mundo porque ha decidido que lo tiene.

—No me gusta ese —digo—. El de hierbas. Nunca me gustó.

—Te sentaba bien.

—Me dormía.

—Te sentaba bien —repite, igual, sin subir la voz, y le acaricia el pelo a Lía, y espera.

Y yo lo cojo. No sé por qué lo cojo. Hay algo en estar sentado a esta mesa, con esta mujer enfrente que tiene los ojos de mi madre mirándome beber, que me devuelve a los nueve años, a los doce, a la cama con la persiana bajada, y a los nueve años uno se bebe lo que le ponen delante porque la mano que lo pone es la mano que te cuida, y no hay otra, y no quieres que no la haya.

Bebo.

Está tibio, amargo por debajo de la miel, con ese fondo de hierba machacada que reconocería entre mil. Lo trago. Y el sabor —

El sabor me abre algo.

No es un recuerdo. Es un fogonazo, un golpe de luz que dura lo que un parpadeo y se apaga: la cocina, esta cocina, de noche. La bombilla encendida. La rejilla junto a la ventana. El olor a cereza llenándolo todo, caliente, recién, y el grifo abierto, y mis manos debajo del grifo, mis manos bajo el chorro, frotándose una contra otra, y el agua bajando rosa por el desagüe, rosa primero y luego clara, y yo mirándomelas, mirándome las manos hasta dejarlas limpias, limpísimas, blancas —

Y se apaga.

La taza me tiembla en la mano. Un poco de té cae sobre el mantel almidonado y se abre en una mancha marrón con forma de nada.

Marina, enfrente, con Lía dormida ya contra su pecho, me mira la mano que tiembla y la mancha que crece, y no se levanta a limpiarla. No dice el marco, no dice cuidado. Solo me mira, tranquila, con los ojos de mi madre, y espera a que yo diga algo.

No digo nada.

—¿Ves? —dice ella, bajito, para no despertar a la niña—. Te sienta bien. Ya te está volviendo el color.

4

CONFESIÓN — TOMÁS

VILLAR DIJO QUE GRABÁRAMOS CUANDO QUISIÉRAMOS. SOY EL primero. Siempre fui el primero en lo que daba miedo, me lo quitaba de encima antes que nadie y luego me quedaba mirando a los demás dudar.

No sé por dónde se empieza una cosa de estas. Una confesión, lo llamó ella. No tengo nada que confesar de mi madre, esa es la verdad, y a lo mejor por eso soy mal candidato para todo esto. No le guardo rencor. Hay quien sí. Yo no.

Mi madre fue la mejor madre que conocí, y conocí a las madres de medio pueblo, porque de niño me pasaba los días en su cocina mientras las vecinas venían a tomar café y a llorarle sus cosas. Todas le contaban sus cosas. Tenía algo, mi madre, que hacía que la gente le abriera el pecho y le dejara hurgar dentro, y luego salía con la solución, siempre, una solución que nadie había pedido y que resultaba ser la buena. Sabía lo que necesitabas antes que tú. Era su don. Lo decía ella misma, sin presumir, recogiendo las tazas: una madre nota esas cosas.

Conmigo lo notó toda la vida.

Yo fui un niño enfermo. Eso lo sabe todo el mundo, no descubro nada. Salí delicado, débil de salud, de esos críos que cogen lo que pasa por la calle y lo cogen peor que nadie. Fiebres que subían de la nada, por la tarde, sin aviso. Mareos. Días en que me despertaba y el cuerpo no me respondía, los brazos pesados, la lengua de trapo, y ella

entraba en mi cuarto antes de que yo la llamara —antes de que yo supiera que iba a necesitar llamarla— y bajaba la persiana, y me ponía la mano en la frente, y decía: hoy tienes un día flojo, mi vida. Échate.

Y yo me echaba. Y ella se quedaba.

Los médicos no encontraban nada. Eso me lo contó ella, porque a las consultas íbamos los dos pero de las consultas no me acuerdo, se me borran, igual que se me borra tanto de aquellos años. Me llevó a especialistas de la capital. Análisis, pruebas, máquinas. Nada. Ningún médico supo nunca qué tenía. Y ella, al volver en el coche, me apretaba la rodilla y me decía que daba igual, que los médicos eran unos inútiles, que ella sí sabía cuidarme aunque ellos no supieran nombrar lo que tenía. Y era verdad. Conmigo nadie acertaba menos los médicos y nadie acertaba más que ella.

Tenía sus remedios. Un jarabe que preparaba ella, espeso, que sabía a regaliz por encima y a otra cosa por debajo. El té de las hierbas, el del bote sin etiqueta, el que me daba caliente con una cucharadita de miel y que me dejaba blando y dormido en media hora. La cuchara siempre la misma, una de plata pequeña que guardaba aparte. Decía que el sabor era lo de menos, que lo importante era quién te lo daba. Me daba el jarabe sentada en el borde de la cama, y mientras me lo tomaba me sostenía la nuca con la otra mano, caliente, y no me soltaba hasta que tragaba.

Esto que voy a contar no lo he contado nunca, y no sé si debería, porque suena a queja y no es una queja. Es lo contrario.

El verano que cumplí once años había un campamento. En el lago, el de los pinos, una semana entera durmiendo en cabañas. Llevaba meses pidiéndolo. Mi madre no quería —decía que yo no estaba para esos trotes, que el relente del lago me sentaría mal, que quién me iba a cuidar allí si me daba un día flojo—, pero al final, no sé cómo, dijo que sí. Me ayudó a hacer la mochila. La recuerdo doblándome las camisetas en tercios encima de la cama, alineando los bordes, metiéndome una bolsa con mis cosas, el jarabe incluido, por si acaso.

La víspera cenamos tarta. La de cereza, la de siempre. Me acuerdo de eso con una claridad que no tengo para casi nada de aquella época: la tarta de celosía, las tiras de masa cruzadas, el relleno oscuro, y ella sirviéndome el trozo más grande y diciéndome que me lo comiera todo, que iba a necesitar fuerzas.

Esa noche me puse malo. Como nunca. Vomité hasta echar bilis, una fiebre que me tenía temblando debajo de tres mantas, y a la mañana siguiente, cuando los demás niños subían al autobús del campamento, yo estaba en mi cama con la persiana bajada y mi madre a mi lado con el paño fresco y la cuchara de plata.

No fui al campamento. Estuve enfermo toda esa semana. Y fue —y aquí está lo que no sé si debería decir— una de las mejores semanas de mi vida. Los dos solos en la casa. El silencio. Ella subiendo cada poco con el caldo, con el té, con un libro para leerme. La mano en la frente. Nadie más. Solo nosotros. Cuando los demás volvieron del lago quemados por el sol y picados por los mosquitos y contando batallitas, yo no sentí que me hubiera perdido nada. Sentí que ellos se habían perdido lo mío.

Pasó muchas veces, eso. No el campamento, otras cosas. La excursión del colegio. La casa de un amigo. Una vez un partido, que yo jugaba al fútbol de chaval, poco y mal, pero jugaba, y el día de no sé qué torneo amanecí con cuarenta de fiebre. Siempre que iba a separarme un poco, el cuerpo me fallaba. Y siempre estaba ella para recogerme. Llegué a pensar que mi cuerpo lo hacía por mí, que sabía antes que yo que fuera no había nada que mereciera dejarla a ella sola en casa.

Mi madre cerraba puertas. Eso también lo sabéis los que crecisteis en esa casa. Había cuartos que no se abrían, el de la plancha, el armario de las mantas, el suyo. Yo de niño le preguntaba por qué, y ella me ponía la mano en la nuca y me decía: para que no tengas frío, mi vida. Nunca le encontré el sentido y nunca me hizo falta. Una puerta cerrada por mi madre era una puerta que ella había decidido que yo no necesitaba cruzar, y si ella lo había decidido, estaba bien decidido. Así de simple era vivir con ella. Te quitaba el trabajo de elegir. No sabéis el descanso que es eso para un niño. Para un niño enfermo, que no se fía de su propia cabeza, que se despierta y no sabe qué día es ni qué hizo ayer, que alguien decida por ti es lo más parecido a que te quieran que hay.

Porque eso es lo otro que tengo que decir, ya que estoy, ya que hay una luz roja grabándome y un sobre que me va a juzgar.

Yo no me acuerdo de mi infancia.

No como los demás. Daniel se acuerda de todo, lo bueno y lo malo, lo saca cuando quiere hacer daño. Marina se acuerda distinto, a su manera. Yo tengo manchas. Hay años enteros que son un borrón,

una bruma con algún clavo suelto del que colgar una imagen: la tarta, la cuchara de plata, la persiana bajada, la mano en la frente. Lo demás se fue. Los médicos decían que era por las fiebres, que las fiebres altas en un niño dejan agujeros. Mi madre decía que mejor, que para qué quería yo acordarme de haber estado malo. Que ella se acordaba por mí. Que ella guardaba mis recuerdos a buen recaudo, igual que guardaba todo lo demás detrás de sus puertas cerradas, y que el día que yo los necesitara me los daría.

Ese día no llegó. Se murió con mis recuerdos dentro.

A lo mejor por eso he venido. Más que por la casa, más que por el dinero, que falta no me hace. He venido a ver si en estas setenta y dos horas, en esta casa que huele a lo que olía, me vuelve algo. Un trozo. Lo que sea.

Esta mañana me ha pasado. Bebí el té que me preparó Marina, el de las hierbas, el del bote, y por un segundo vi —

No. Eso no lo grabo.

Eso no es de mi madre. Eso es mío y no sé todavía qué es.

Lo que sí puedo decir, lo único que tengo claro de toda mi infancia, lo único que no se me ha borrado y que no creo que se me borre nunca, es esto:

que estuve enfermo casi todo el tiempo, y que de estar enfermo solo me queda una cosa.

Que ella siempre estaba ahí.

Siempre.

Incluso cuando yo no quería que estuviera.

5

Marina hace la cena en la cocina de mi madre.

La oigo desde el salón: el aceite, el cuchillo contra la tabla, el armario de las especias que se abre con su chirrido de siempre. Cocina sin dudar, sin buscar nada, la mano va sola al cajón donde están los paños y al estante donde está la sal, porque en esta cocina la sal lleva treinta años en el mismo estante y Marina lo lleva treinta años sabiendo. Hace una tortilla. El olor sube por la casa y se mezcla con lo otro, con la lejía, con la cereza vieja de la tarta que sigue en la rejilla a dos palmos de donde ella casca los huevos.

Cenamos los tres en el comedor, en el mantel almidonado, con Lía dormida ya arriba. Marina ha puesto la mesa con la vajilla buena. Tenedores que pesan. Servilletas dobladas en triángulo. Comemos en silencio una tortilla que está buena, que está muy buena, y eso también tiene algo de mal gusto, que la cena de la primera noche en la casa de nuestra madre muerta esté buena.

—Grabé esta tarde —digo, por decir algo—. La confesión.

Daniel levanta la vista del plato.

—¿Ya?

—Soy el primero. Como siempre.

—¿Y qué has contado?

—Lo que me acuerdo. No es mucho.

Daniel suelta el tenedor. No come, mueve la tortilla por el plato, la parte en trozos cada vez más pequeños.

—Yo no pienso grabar nada —dice.

—Pues te quedas sin parte —dice Marina, sin levantar la voz, limpiándose la comisura con la servilleta de triángulo.

—Me quedo sin parte. —Daniel se ríe por la nariz—. Como si esto fuera por el dinero. Esto es lo último que se le ocurrió para tenernos aquí tres días haciéndole compañía. Está muerta y todavía nos sienta a su mesa.

Marina dobla la servilleta. La vuelve a doblar.

—A mí no me molesta hacerle compañía —dice.

—Ya. A ti nunca te molestó.

Hay algo debajo de eso, un filo viejo, pero Daniel no lo desarrolla. Se levanta y empieza a recoger los platos con un estrépito que en esta casa es una herejía, los platos chocando, y se va a la cocina con ellos.

Marina y yo nos quedamos. Me mira comer. No queda nada en mi plato pero me mira igual, satisfecha, hasta que dejo el tenedor.

Desde la cocina, el ruido de Daniel abriendo armarios. No friega. Abre y cierra. Busca.

—¿Qué buscas? —Marina, alzando un poco la voz, sin volverse.

—Un vaso —dice Daniel.

—Segundo armario.

Silencio. Más puertas de armario. No es un vaso.

Voy yo. Lo encuentro de cuclillas delante del armario de debajo del fregadero, el de los productos de limpieza, sacando botes, leyendo etiquetas, dejándolos en el suelo sin orden, y eso en la cocina de mi madre es como profanar una tumba mientras la difunta mira. Hay una caja de zapatos al fondo. La saca. La abre. Frascos de pastillas, blísters, cajas de farmacia, las de mi madre, las que toma una mujer mayor, tensión, dormir, lo de siempre. Daniel rebusca con dos dedos, lee los nombres, descarta.

—No tenía nada bueno —murmura, para sí—. La tía no se medicaba de verdad. Todo esto es agua.

—Daniel.

Pega un salto. Mete las cajas en la de zapatos de cualquier manera.

—Buscaba un ibuprofeno —dice—. Me duele la cabeza.

—Hay en el baño de arriba. En el armarito.

—Ya. Vale. —No se mueve. Se queda de cuclillas con la caja en las manos, mirando los botes, y por un momento parece muy pequeño, parece el de la sudadera subida hasta el cuello parado en la acera, sin decidirse a entrar—. ¿Tú te acuerdas de cuando éramos pequeños, Tomás?

—No mucho.

—Ya. Tú no. —Se levanta. Devuelve la caja al fondo del armario—. Suerte la tuya.

Marina aparece en la puerta de la cocina. Mira la fila de botes que Daniel ha dejado en el suelo, los productos de limpieza fuera de su sitio, y sin decir nada se agacha y empieza a colocarlos, cada uno en su hueco, la lejía con la lejía, el amoniaco con el amoniaco, alineando las etiquetas hacia fuera. Cuando termina, la puerta del armario queda cerrada y la cocina vuelve a ser de mi madre.

—Mañana repartimos —dice, levantándose, sacudiéndose las rodillas—. Las cosas. Para que no haya líos luego. Yo me quedo con la cocina.

—¿La cocina? —Daniel suelta una carcajada seca—. ¿Toda?

—Las cosas de la cocina. La vajilla buena, las fuentes.

—Las fuentes. —Daniel abre el cajón de abajo de golpe, donde están las fuentes de hornear, la pila de moldes de loza blanca que mi madre usaba para todo, ordenados por tamaño—. Toma. Quédatelas. ¿Quieres también las cucharas de palo? ¿El rodillo? Llévatelo todo, total, lo vas a usar tú, ¿no? Para tus vídeos. Para tu cocinita de revista.

—No empieces.

—El molde de la tarta. —Daniel lo saca de la pila, el molde de la celosía, el acanalado, el que sale en todas las fotos del pasillo año tras año, y lo sostiene en alto entre los dos—. Este lo quieres tú. Seguro. Las tartas siempre te salieron a ti.

—Daniel, deja el molde.

—Las tartas siempre te salieron a ti —repite, y ahora no se ríe—. ¿Sabes que hay una ahí mismo? —Señala con el molde hacia la rejilla, hacia la tarta dura, intacta, de tres días—. ¿Tú la hiciste?

Marina no se mueve.

—La hizo mamá —dice—. Esa la hizo mamá.

—¿La noche que se murió hizo una tarta?

—Eso parece.

—¿A las tantas? ¿Sola? ¿Una mujer de su edad se pone a hacer una tarta de celosía a las tantas de la noche y luego se cae muerta y la tarta sale perfecta? —Daniel deja el molde en la encimera, despacio ahora, y el ruido de la loza contra el mármol es lo único en la casa—. Vale. Lo que tú digas.

Marina coge el molde de la encimera. Lo guarda en la pila, en su sitio, por tamaño. Cierra el cajón.

—Estás cansado —le dice a Daniel, con la voz que no es la suya—. Vete a dormir. Mañana lo ves de otra manera.

Y Daniel, que mide una cabeza más que ella, que le saca quince años de rabia, baja los ojos y se va a dormir.

Subo yo detrás, más tarde. La casa cruje al enfriarse. Paso por delante del cuarto de Lía, entornado, la respiración pequeña de la niña dentro. El de Marina, con la luz aún encendida por debajo de la puerta. El cuarto de mi madre al fondo, cerrado, oliendo a perfume de pera de goma por la rendija.

Mi cuarto.

Empujo la puerta que cerré ayer. El vaso de agua sigue en la mesilla, lleno hasta el borde, con una capa de polvo encima que tiembla cuando piso la tabla suelta. La colcha estirada. Las esquinas metidas. Treinta y ocho años y la cama hecha esperándome.

Me siento en el borde. La cama no cede; el colchón está duro, nuevo, no es el mío, ella lo cambió en algún momento y siguió haciéndola igual de tensa para un hijo que no venía.

Y entonces lo oigo.

Un zumbido fino, eléctrico, bajo, de aparato encendido. Viene del estante de encima del escritorio, donde de niño tenía los libros del colegio. Me levanto. Aparto un par de cuadernos viejos, y detrás, contra la pared, hay una grabadora. Pequeña, de las antiguas, de las de mi madre, de carrete. La luz roja encendida. Y las dos bobinas girando.

Despacio. Una se llena, la otra se vacía. Llevan girando quién sabe cuánto, comiéndose la cinta en silencio, en este cuarto vacío donde no hay nadie a quien grabar.

Me grababan a mí entrando.

6

Anoche paré las bobinas.

Fue lo primero que hice, antes de quitarme los zapatos: alargué la mano hasta el estante y apreté la tecla, y la grabadora hizo un clac y la luz roja se apagó y la casa volvió a quedarse en su silencio de costumbre, ese que no es silencio sino el zumbido del frigorífico abajo y el reloj de pared contando. Saqué el carrete. Pequeño, lleno, la cinta tensa. Lo tuve en la mano un rato largo, sentado en el borde de la cama nueva, y no fui capaz de volver a meterlo y darle al play. No quería oír mi cuarto vacío. No quería oír cuánto rato llevaba grabándose a sí mismo antes de que yo entrara.

Lo metí en el cajón de la mesilla, debajo de unos calcetines doblados que no son míos.

Luego me dormí. O algo parecido. Hay un agujero entre que me tumbé y esta mañana, liso, sin sueños, el agujero de siempre, el que me deja el té. Me he despertado vestido encima de la colcha, con los zapatos puestos, y el vaso de agua de la mesilla estaba medio vacío. Yo no he bebido de ese vaso. Lleva polvo de años. Pero esta mañana le faltaba la mitad.

No le doy vueltas. He aprendido a no darle vueltas a las cosas que no encajan, porque conmigo casi nada encaja y darle vueltas no las encaja más.

Bajo. En la cocina, Marina le da el desayuno a Lía, cereales en un cuenco de la vajilla buena, y tiene puesto el móvil de pie contra el azucarero, grabando, y le habla a la niña con una voz dulce que no es la de antes, una voz nueva, de presentadora. «Y esta era la cocina de la bisabuela, ¿a que es preciosa?». Lía mastica. Cuando me ve en la

puerta, Marina apaga el móvil sin disimulo, recoge el azucarero, y me pregunta si quiero café o té.

—Café —digo.

—Te pongo café.

Daniel no ha bajado. Lo oigo arriba, una arcada, el grifo del baño.

No quiero café. Quiero estar solo en una habitación de esta casa antes de que alguien me ponga la mano en la nuca y decida por mí lo que necesito. Cojo la taza y digo que voy al jardín, y no voy al jardín. Voy al costurero.

Es la salita que da al jardín, la de mi madre, donde ayer me senté delante de la grabadora a contarle al sobre que ella fue la mejor madre del pueblo. De día es otra cosa. Entra el sol por el ventanal, bajo, dorado, y se ve el polvo flotando, y se ve todo lo suyo. La máquina de coser tapada con su funda de hule. El cesto de los hilos, ordenados por color, del claro al oscuro. La grabadora oficial, la moderna, apagada, con su micrófono y su silla, esperando al siguiente que se atreva. Y el secreter.

El secreter de mi madre. De niños no se tocaba. Era de las cosas de ella, como las puertas cerradas, como el frasco del perfume. Tiene la tapa abatible y un montón de cajoncitos pequeños, y huele por dentro a madera vieja y a la goma de las gomas elásticas que guardaba para todo.

Lo abro.

Está ordenado con esa furia suya por el orden. Sobres con sellos por años. Recibos pinchados en un alambre. Una caja de latón de galletas danesas, de esas que todas las madres del mundo usan para los hilos, pero esta no tiene hilos: tiene fichas. Fichas de cartulina, escritas a mano, su letra apretada y redonda, una receta por ficha. Las hojeo. El cocido. Las natillas. El pollo de los domingos. Y al fondo, más manoseada que las otras, los bordes blandos de tanto dedo, la de la tarta.

«Tarta de cereza de la casa», pone arriba. Y debajo, la lista, las cantidades, los tiempos, y una nota al pie, subrayada dos veces: «La celosía se hace con paciencia o no se hace. Que no te vean mientras la tejes.»

Que no te vean mientras la tejes. Leo eso tres veces. No sé qué quiere decir y a la vez lo entiendo con el cuerpo, igual que entendía las puertas cerradas.

La ficha tiene harina seca en una esquina. Reciente. Alguien ha usado esta receta hace poco, ha tenido esta cartulina en la encimera, con las manos enharinadas, tejiendo la celosía con paciencia para que no la vieran. Y mi madre lleva muerta desde el lunes.

Dejo la ficha donde estaba. No me tiembla la mano. Me la miro, a ver si me tiembla, y no.

Sigo abriendo cajoncitos. En uno hay botones. En otro, llaves pequeñas, un manojo, las de las puertas de dentro a lo mejor, las del cuarto de la plancha, las del armario de las mantas; pruebo a coger el manojo y el cajón de al lado, el último, el de abajo a la derecha, está cerrado. Tiene una cerradura diminuta, de secreter, y ninguna de las llavecitas del manojo le entra. Lo fuerzo un poco con la uña. No cede. Otra puerta cerrada. Hasta muerta sigue teniendo cuartos donde yo no entro.

Y encima del secreter, apoyada contra el espejito ovalado, hay una caja de fotos.

De las de antes, de papel, con el borde blanco dentado. Las voy pasando. Nosotros tres en la playa, los mismos de las paredes, pero aquí hay más, las que no colgó. Marina bebé en brazos de Daniel niño. Yo de comunión, flaco, con un brazalete y cara de no estar. Cumpleaños y más cumpleaños, y en todos, debajo de las caras, la misma tarta de celosía, año tras año, una tarta que envejece con nosotros.

Y una que está doblada.

Una sola, doblada por la mitad, con el doblez tan repasado que el papel se ha puesto blanco y blando por la línea, de tanto abrirla y cerrarla, o de cerrarla y no abrirla nunca. La despliego.

Es la casa. El porche. Estamos los cinco. Mi madre joven, con un vestido claro, sonriendo a la cámara con esa sonrisa de revista. Daniel, Marina y yo, pequeños, en los escalones. Y al otro lado, el que el doblez tapa, el que la línea blanca parte por la mitad, hay un hombre. Un brazo, medio cuerpo, la mitad de una cara que el pliegue se come. Un hombre alto con la mano en el hombro de mi madre.

Mi padre.

No me acuerdo de su cara. Nunca me acordé. Murió cuando yo era crío, se cayó por la escalera del sótano, eso es lo que sé, lo que se dice, y de él no quedó en esta casa ni una foto colgada, ni una chaqueta en el perchero, ni un cuarto suyo, nada. Como si no lo

hubiéramos tenido. Y ahora lo tengo aquí, en la palma, partido por un doblez que alguien repasó con la uña mil veces para no verlo.

Le doy la vuelta.

En el reverso, en una esquina, la letra apretada y redonda de mi madre. Una fecha. Y debajo de la fecha, dos iniciales separadas por una «y».

«D. y M.»

Me quedo mirándolas. La D puede ser Delia. La D puede ser Daniel. La M puede ser Marina, o puede ser Marén, o puede ser otra cosa. La fecha no me dice nada y me dice todo, la cuento hacia atrás y hacia delante y no la coloco, no sé qué pasó ese día, no sé qué pasó casi ningún día de aquella casa.

Pero alguien sí. Alguien escribió dos letras en el reverso de la única foto de mi padre que sobrevivió, y luego la dobló por la mitad para borrarlo, y la guardó treinta años en el secreter cerrado.

Dos de nosotros. Solo dos.

Y yo no soy ninguno de los dos.

7

CONFESIÓN — TOMÁS

Vuelvo a grabar. Ya conté lo mío ayer, lo de la madre del año, y todo era verdad. Pero anoche encontré una cosa en su secreter y hoy no me la quito de encima, y he pensado que si me siento otra vez delante de la luz roja a lo mejor me sale algo más. A lo mejor me acuerdo. Para eso he venido, ¿no? No por la casa. A acordarme.

Lo que encontré no lo voy a decir. No es para esta cinta. Hay cosas que son de uno y esta cinta no es mía, esta cinta es de ella, ella la dejó preparada, ella va a decidir quién fue más sincero, y yo no le voy a regalar lo que encontré para que lo use. Ya usó bastante.

Así que voy a hablar de lo que sé. De lo poco que sé.

He intentado, esta mañana, acordarme de un solo día. Un día entero de cuando era niño, de principio a fin, el despertar, el desayuno, el colegio, la merienda, la cena, dormir. Uno. Y no me sale. Me salen trozos sueltos, clavos en una pared vacía. La persiana bajada. El borde de la cama. El paño fresco. La cuchara. Pero un día seguido, con luz, con calle, con otros niños, con barro en las rodillas, no. Eso no lo tengo. A lo mejor nadie lo tiene, a lo mejor la infancia es así para todos, trozos. Pero yo, cuando junto mis trozos, siempre estoy dentro. Dentro de la casa. Dentro del cuarto. Con la persiana bajada y ella al lado.

No tengo ni un recuerdo de estar sano.

Eso lo pensé esta mañana y me sentó raro. Tengo cuarenta recuerdos de estar malo y ninguno de estar bien. Estar bien no dejó

huella. Solo se grabó lo otro. La gente recuerda el verano que aprendió a nadar, el día que se cayó de la bici, la primera vez que llegó tarde a casa. Yo recuerdo la cuchara.

La cuchara es lo más antiguo que tengo. Antes de la cuchara no hay nada, hay negro. Mi primer recuerdo, el primero de todos, es estar en una trona o en una cama, no sé, ser muy pequeño, y tener una cuchara apretada contra los labios, y no querer abrir la boca. Eso lo recuerdo con el cuerpo entero: apretar los labios, girar la cara, y una mano detrás de la cabeza que me la endereza, caliente, firme, sin enfado, con una paciencia que no se cansa nunca, y la cuchara que vuelve, y vuelve, y espera, hasta que abro. Siempre acababa abriendo. Con ella siempre acababas abriendo.

No sé qué había en la cuchara. Algo dulce por encima. Algo amargo debajo.

Hubo una época, de más mayor, doce o trece, en que aprendí a fingir que tragaba. Me lo guardaba en el carrillo, el jarabe, el té, lo que fuera, y luego iba al baño y lo escupía. Lo hice unas cuantas veces. Y unas cuantas veces ella entró en el baño detrás de mí, sin llamar, y me sostuvo la frente mientras yo lo echaba en el lavabo, y no me riñó, nunca reñía, solo me llevaba otra vez a la cama y me preparaba la dosis de nuevo y se sentaba en el borde y me la daba otra vez, despacio, sin soltarme la nuca, hasta verme tragar de verdad. Sabía cuándo fingía. Siempre lo sabía. Dejé de fingir porque fingir solo alargaba la cosa, y yo lo que quería era dormirme ya, irme al agujero blando donde el cuerpo no pesaba y la cabeza se callaba, y la única manera de llegar al agujero era tragar.

Llegué a quererlo, el agujero. Eso es lo que cuesta decir. No me drogaba ella, que nadie piense mal, eran remedios de madre, hierbas, jarabes de farmacia, lo que daban entonces. Pero el sitio donde me dejaban, ese sitio blando sin horas, llegué a esperarlo. Llegué a portarme como si estuviera malo cuando no lo estaba, para que me llevara al sitio. ¿Eso lo hace ella o lo hago yo? No lo sé. A estas alturas no sé qué cosas me hizo y qué cosas me hice yo solo por costumbre de que me las hicieran.

Una vez —esto sí lo recuerdo, tendría nueve, diez— me llevó a un médico de la capital, uno nuevo, y el médico me tuvo un buen rato, me miró, me hizo preguntas a mí, no a ella, y al final dijo que quería ingresarme unos días. Para observación, dijo. Para ver qué pasaba sin tratamiento. Esa palabra usó, observación, y yo no sabía lo que

era pero a ella se le puso la cara distinta, una cara que solo vi esa vez, muy quieta, muy educada, y le dijo al médico que muchas gracias, que se lo pensaría, y me cogió de la mano y nos fuimos. En el coche, de vuelta, no me apretó la rodilla como otras veces. Conducía mirando la carretera y me dijo, sin volverse: «Ese hombre no sabe cuidarte. Yo sí.» Y no volvimos. Ni a ese ni a ninguno. A partir de ahí me curaba ella en casa.

Lo cuento y suena mal. Lo sé. Suena a que me encerró, a que me apartó de quien podía mirarme de otra manera. Pero hay que estar dentro para entenderlo. Una madre que te quiere tanto que no se fía de nadie más para cuidarte, que prefiere hacerlo ella, sola, todas las noches, durante años, sin descanso, sin una queja… eso no se lo da cualquiera a un hijo. Eso es entrega. Daniel dirá otra cosa. Daniel dice otra cosa de todo. Pero Daniel no pasaba las noches que pasaba yo, con la mano en la frente y la voz bajita diciéndome que mañana estaría mejor, que ella estaba ahí, que no me fuera a ningún lado que ella estaba ahí.

Y yo no me iba.

Nunca me fui. Ni de niño, con las fiebres que me daban justo el día de la excursión. Ni de mayor, que mírame, treinta y ocho años, y al primer aviso cojo el coche y vengo, y ni me acuerdo del camino.

Ahí está la luz roja, grabándolo todo. Que grabe.

Solo ella sabía qué necesitaba yo. Lo decía y era verdad. El problema, el único problema, lo que llevo toda la mañana intentando colocar y no me cabe, es que ahora ella no está, y yo sigo sin saberlo.

Sigo abriendo la boca.

Y ya no hay nadie sosteniéndome la nuca, pero la cuchara sigue ahí. La noto. Fría contra los dientes. Esperando a que abra.

8

El domingo por la tarde empieza el desfile.

El primer timbrazo lo da la del estanco, con un táper de croquetas y los ojos ya rojos antes de que abramos. Detrás vienen las demás. El pueblo entero sabe que la casa de los Marén tiene a los tres hijos dentro, y el pueblo entero sube la cuesta desde el puerto con sus tápers y sus ramos y su pena, a pasar por el recibidor, a tocarnos el brazo, a mirar de reojo el pasillo de las fotos.

Marina los recibe. Está hecha para esto. Abre la puerta con la cara justa, ni demasiado rota ni demasiado entera, les coge el táper, les agradece, los hace pasar al salón, donde ha puesto café y las pastas en la bandeja de plata. Se mueve por la casa de mi madre recibiendo a las amigas de mi madre con los gestos de mi madre, y las viejas la miran y se les ablanda la cara, y le dicen lo que han venido a decir.

—Eres clavada a ella, hija.

—Es verdad —dice otra—. Clavada.

Yo me quedo en un rincón, junto al aparador, con un café que no me bebo. Daniel ha desaparecido. Lo veo por la ventana, en el jardín, de espaldas, el humo subiéndole por encima del hombro.

Lo que dicen es lo de siempre. Lo que se dice de las madres muertas. Pero hoy, en esta casa, con lo que llevo dentro desde esta mañana, cada frase me entra distinta.

—Tu madre era una santa. —La del estanco, apretándome la mano —. Una santa. Se desvivía por vosotros.

—Lo daba todo —dice la de la farmacia—. Todo. No he conocido a otra igual.

—Y qué bien os crió. Tres hijos y ni un mal paso. Eso es mérito de la madre, que conste, mérito de ella.

—Sabía lo que necesitabais antes que vosotros —dice una muy mayor, desde el sofá, sin que nadie le pregunte—. Yo se lo decía. Delia, le decía, tú a esos críos los conoces por dentro. Y ella se reía y decía que una madre nota esas cosas.

Una madre nota esas cosas.

Dejo el café en el aparador. Necesito que paren y no van a parar, porque cada una llega con su frase guardada y no se va sin soltarla, y todas las frases son la misma frase, todas dicen lo mismo: qué suerte tuvisteis. Qué suerte de madre. Cuánto os quiso.

Marina, entre la cocina y el salón, ha dejado el móvil de pie en una balda, apoyado contra un jarrón, apuntando a la sala. La luz pequeña encendida. Está grabando. La pena del pueblo, las viejas llorando a mi madre, las pastas en la bandeja de plata: contenido. Luego lo montará con una música suave y un texto encima, «despidiendo a la mejor madre del mundo», y la gente de las pantallas le pondrá corazones.

Lía va de regazo en regazo. Las viejas se la pasan, le tocan el lazo, dicen que es clavada también, que esta familia saca siempre la misma cara. Marina la recoloca para el móvil, le aparta un mechón, le endereza el lazo, y la niña se deja, quieta, con esa quietud aprendida que tienen los niños a los que retratan mucho.

Hay un momento en que no estoy.

No sé explicarlo mejor. Estoy junto al aparador con el café frío, una vieja me está diciendo algo de cuando yo era pequeño y enfermizo y mi madre me sacaba al sol envuelto en una manta, y de repente la sala es otra. Hay menos gente. La luz ha cruzado el suelo, está más baja, más naranja. La del estanco ya no está. Tengo un trozo de pasta en la mano, mordido, y no me acuerdo de haberlo cogido. He perdido un rato. Cuánto, no sé. El agujero de siempre, ahora, despierto, de pie, con la casa llena.

Vuelvo despacio. Nadie parece haberlo notado. Marina, desde la otra punta del salón, me mira un segundo —solo un segundo, por encima de las cabezas de las viejas— y luego sigue sirviendo café.

El que rompe la cosa es un viejo. Uno de los pocos hombres, el del bar de abajo, ya retirado, que se ha sentado en la butaca buena con el sombrero en las rodillas y lleva un rato callado. Cuando la conversación afloja, dice, hacia nadie:

—Yo conocí al padre. A Esteban. —Le da vueltas al sombrero—. Buen hombre era Esteban. Trabajador. Lástima lo de la escalera, tan joven, con los críos pequeños…

El salón se enfría dos grados.

Nadie le contesta. La del sofá mira su taza. La de la farmacia se levanta a por más pastas que no hacen falta. Y Marina, sin alzar la voz, sin dejar de sonreír, cruza la sala, se inclina sobre el viejo, le pone una mano en el hombro y le dice algo bajito al oído, una sola frase, y el viejo asiente, se calla, y al rato se levanta y se va.

Cuando pasa por delante de mí camino de la puerta, el viejo me mira. Abre la boca. La cierra. Aprieta el sombrero y sale.

A nadie en esta casa le gusta hablar de mi padre. Llevo treinta años sin darme cuenta de eso y lo veo entero esta tarde, de golpe: que en este pueblo se puede llorar a Delia Marén durante horas, contar lo santa que era y lo mucho que nos quiso, y que en cambio el nombre del hombre que la quiso a ella enfría el salón y manda a los viejos a casa.

El desfile se va apagando con la luz. Una a una recogen los abrigos, dejan los tápers, prometen volver. Marina las despide en la puerta a todas igual, con el mismo abrazo medido.

La última en irse es la señora Pinto.

La conozco por la mañana del martes, por el café de los martes, por ser la que entró y la encontró. Ha estado toda la tarde en una silla del rincón, callada, sin tocar las pastas, con el bolso en el regazo agarrado con las dos manos. Cuando ya no queda nadie, se levanta, y en vez de ir hacia Marina viene hacia mí, despacio, con esos pasos cortos de las mujeres mayores, y se para muy cerca, tan cerca que le huelo el agua de colonia y el luto.

—Tú eres Tomás —dice—. El mayor. El que estaba malito siempre.

—Sí.

Mira hacia el pasillo de las fotos. Hacia el hueco más claro de la pared. Lo mira un buen rato, y cuando vuelve a mirarme a mí tiene los ojos llenos, pero no llora, los aguanta.

—Yo le tenía café los martes —dice—. Cuarenta años. Cuarenta años de cafés y nunca, ni una vez, me dejó subir al piso de arriba.

No sé qué decir. No digo nada.

La señora Pinto me da unas palmaditas en el brazo, de pésame, de las que se dan, y se cuelga el bolso, y se va hacia la puerta. La abre. El

aire del puerto entra frío y huele a sal. Y antes de salir, sin volverse del todo, con media cara en la sombra del recibidor, dice:

—Tu padre también la quería demasiado.

Y baja los escalones. El segundo cruje.

9

Los vecinos se llevan su pena cuesta abajo y la casa se queda otra vez para nosotros. Marina recoge las tazas. Daniel vuelve del jardín oliendo a frío y a tabaco, se sirve un dedo de algo del aparador, lo apura, se sirve otro.

Llevo la foto en el bolsillo desde esta mañana. La noto contra la pierna cada vez que me siento. La frase de la señora Pinto también la llevo, en otro bolsillo, el de dentro.

Espero a que Marina suba a acostar a Lía. Cuando la oigo arriba, la nana baja por el hueco de la escalera, una nana que conozco, que nos cantaba a nosotros, y me acerco a Daniel.

—¿Tú te acuerdas de papá?

Daniel se queda con el vaso a medio camino.

—¿A qué viene eso ahora?

—Hoy lo ha nombrado el del bar. Esteban. Y Marina lo ha mandado callar y a casa en dos frases.

—Pues ya está. Asunto cerrado. —Bebe—. Marina hace bien. Para qué remover.

—Remover qué.

—Nada. No hay nada que remover. Se cayó por la escalera del sótano. Punto. —Pero el vaso le tiembla un poco al dejarlo, y se mete la mano en el bolsillo de la sudadera, la esconde.

Saco la foto. La despliego encima del aparador, entre los dos, con el doblez blanco partiendo al hombre por la mitad.

—La encontré en su secreter —digo—. Es la única que queda de él. Doblada para no verlo.

Daniel la mira. No la toca. Se queda mirando esa media cara, ese brazo, esa mano sobre el hombro de nuestra madre joven, y algo le pasa por la cara que no le había visto en tres años, algo de cuando era pequeño y se quedaba en la puerta sin atreverse a entrar.

—Dale la vuelta —digo.

—No.

—Dale la vuelta, Daniel.

Le doy yo la vuelta. La fecha. Las dos iniciales. «D. y M.»

—¿Qué quiere decir? —pregunto—. ¿La D eres tú? ¿La D es ella? ¿Quiénes son los dos?

Daniel mira las letras un rato largo, demasiado largo para dos letras. Luego coge la foto, la dobla otra vez por su línea blanca, me la devuelve doblada, y se aparta del aparador.

—No me acuerdo —dice.

—Tú te acuerdas de todo. Me lo dijiste anoche. Que tú te acuerdas de todo y yo no de nada. Suerte la mía, dijiste.

—Y es verdad. Suerte la tuya. —Se ríe, y la risa le sale rota—. ¿Sabes qué pasa, Tomás? Que hay cosas que es mejor no tener en la cabeza. Tú no las tienes. Tú vives muy tranquilo con tus agujeros. Yo no tengo agujeros. Yo lo tengo todo aquí dentro, todo, cada noche, y por eso necesito… —Se calla. Se pasa la mano por la boca—. Por eso estoy como estoy.

—Cuéntamelo.

—No. —Va hacia la puerta del costurero, donde está la grabadora, la otra, la buena, la del sobre—. A ti no. A ti no te lo cuento, que se te va a olvidar igual y luego me toca a mí cargarlo solo otra vez.

—Daniel.

—Voy a grabar. —Se para en el umbral, de espaldas—. Eso que me preguntas, lo del padre, lo de las dos letras… eso solo lo digo a la máquina. A la cara no puedo. A la máquina sí. —Y entra, y cierra la puerta del costurero, y al rato, por debajo, se ve la rayita de luz y se oye el clac de la grabadora y la voz de Daniel arrancando, baja, que no entiendo.

Me quedo en el salón con la foto doblada en la mano.

Marina baja. Lía ya duerme. Trae dos tazas en una bandeja, sin preguntar, y me pone una delante, en la mesa baja, la del té, humeando, con el olor de las hierbas y la miel.

—No —digo.

—Estás temblando.

Me miro la mano. Es verdad. La foto tiembla en mi mano.

—Es por lo del padre, ¿no? —Marina se sienta a mi lado, en el brazo del sofá, y me pone la mano en la nuca, caliente, igual, exacta —. Ya estamos otra vez. No tendrías que haber bajado al secreter, Tomás. Hay cosas de mamá que es mejor dejar donde ella las puso. Ella sabía por qué las cerraba.

—Para que no tenga frío —digo.

—Para que no tengas frío. —Y sonríe, con los ojos de mi madre, y me acerca la taza a la cara, y el vapor me sube, dulce, conocido—. Bebe. Mañana lo ves de otra manera. Mañana ni te acuerdas.

Y yo, con la mano en mi nuca, con esa voz que es la suya y la de mi madre y la de nadie, con cuarenta años de aprender que la mano que sostiene es la mano que cuida, bebo.

Está tibio. Amargo debajo de la miel. El fondo de hierba machacada.

Trago.

La sala se ablanda en los bordes. Marina dice algo. Le contesto algo. Mi propia voz me llega de lejos, de detrás de una pared. La taza pesa. La dejo. O la deja ella. El sofá me sostiene. La nuca caliente. Bien. Esto está bien. El agujero abriéndose, blando, sin horas, el sitio donde el cuerpo no pesa y la cabeza por fin se calla, y caigo, caigo despacio, y

—

Frío.

Abro los ojos. Sigo en el sofá. La casa a oscuras, el reloj de pared dando una hora que no cuento, tres, las cuatro, lo que sea. Tengo una manta encima que no me puse yo. La foto ya no está en mi mano.

Y los pies me pesan distinto.

Me incorporo. Los zapatos. Los llevo puestos, como anoche, pero esta noche no están como anoche. Las suelas, los lados, las punteras: barro. Barro fresco, oscuro, húmedo todavía, con dos briznas de hierba mojada pegadas, y un reguero seco por el parqué hasta la puerta del jardín, ida y vuelta.

Me los quité antes de tumbarme. Me acuerdo de eso. De pocas cosas, pero de esa sí: me senté, me bebí el té que no quería, y me quité los zapatos y los dejé al lado del sofá, limpios.

Estaban limpios cuando me dormí.

10

DELIA

Mi niño.

Para cuando alguien ponga esto, tú ya estarás otra vez en casa. Lo sé. Siempre supe que serías el primero en volver y el primero en sentarte delante de la máquina, porque eres el que más miedo les tiene a las cosas y el que antes se las quita de encima. Te conozco así desde que cabías en mis dos manos.

Habrás bajado al costurero. Habrás abierto el secreter, que te dije mil veces que no se tocaba, y habrás sacado la foto, y le habrás dado la vuelta, y te habrás quedado mirando dos letras que no entiendes. Deja eso, mi vida. No es para ti. Hay cuartos que cerré con llave y cuartos que cerré dentro de tu cabeza, y los unos y los otros los cerré por lo mismo: para que no pasaras frío.

¿Te acuerdas del té? Claro que no. De eso se trataba.

Tú de pequeño te levantabas de noche. Andabas la casa dormido, con los ojos abiertos y nadie dentro. Una vez te encontré en la cocina a las cuatro de la mañana, con las dos manos metidas en el cajón hasta el fondo. Otra vez en el jardín, descalzo en el barro, mirando la verja con esa cara de no ser tú. Yo te seguía. Siempre te seguía. Te lavaba el barro de los pies en la palangana del office y te subía en brazos, que pesabas, vaya si pesabas, y a la mañana siguiente no sabías nada y eras feliz. Esa es la prueba, mi amor. Un niño que no recuerda lo que hace de noche amanece contento. El recuerdo es lo

que pesa. Yo te quité el peso porque te quería, y porque podía, y porque nadie más iba a hacerlo.

Los médicos querían mirarte por dentro. Ponerle un nombre a lo tuyo y colgártelo del cuello para toda la vida. No lo permití. Un nombre te habría hecho de cristal. Te traje a casa y te curé yo, con mis manos, todas las noches, sin una queja, durante años. Eso no se lo da cualquiera a un hijo.

Ahora dirán cosas de mí. Tu hermano, sobre todo. Déjalo. Daniel siempre necesitó un sitio donde dejar lo que no aguanta, y desde niño me eligió a mí, y yo lo cargo, hasta muerta lo cargo, que para eso está una madre. No lo creas del todo cuando hable. Daniel cuenta las cosas según le duelen.

Y tú no escarbes, Tomás. Te lo pido como entonces, con la mano en tu nuca. Bebe lo que te pongan. Duerme. Deja que tu hermana te cuide, que sabe.

Siempre supe exactamente lo que necesitabas.

Incluso cuando lo que necesitabas era no recordar.

SEGUNDA PARTE — EL RECOLOREO

11

DELIA

Daniel. Mi Daniel.

Tú no querías volver, y has vuelto. Como siempre. Toda la vida igual: te ibas dando un portazo, jurando que esta era la última, y a las dos semanas estabas otra vez en mi cocina con esa cara de perro mojado, y yo te ponía un plato delante y no te preguntaba nada. Volver es lo único que se te dio bien, hijo. Lo aprendiste de mí. Yo te enseñé que aquí siempre habría un plato, y una cama, y una mano en la espalda, y que fuera hacía frío y dentro no.

Eras un niño que no se aguantaba a sí mismo. Te despertabas llorando sin saber por qué. Te roías las uñas hasta la sangre. Y no parabas, Daniel, nunca parabas quieto. Yo te calmaba. Tenía mis maneras: una cucharadita de esto, un caldito de lo otro, y la mano en la espalda hasta que se te iba el temblor. Te calmé tantas veces que nunca aprendiste a calmarte solo. Eso me lo vas a echar en cara ahora, ahí dentro, a la máquina. Que te hice débil. Que te dejé hecho de los que siempre necesitan algo de fuera para estar en paz.

A lo mejor tienes razón. Las madres nos equivocamos. Pero dime tú qué madre mira a un hijo temblando y no lo calma. Dímelo. Yo no supe hacer otra cosa que darte paz, y si te acostumbré a mi paz, fue por darte mucha, nunca por darte poca.

Ahora me vas a cargar a mí lo tuyo. Otra vez. Desde pequeño necesitaste una culpable para no ser tú el culpable, y me elegiste a

mí, y yo me dejé elegir, que para eso está una madre: para llevar lo que el hijo no aguanta. Cárgamelo. Estoy muerta. Ya no me pesa.

Anda, ve. Cuéntale a la máquina lo que necesites contar.

Yo te perdono de antemano.

Como siempre.

12

CONFESIÓN — DANIEL

VALE. ESTOY GRABANDO. ¿ESTO GRABA? LA LUZ ROJA. VALE.

No quería hacer esto, que conste. Lo hago porque mi hermano acaba de acorralarme en el salón con una foto y dos letras, y porque lo que le voy a contar a esta máquina no se lo puedo contar a su cara, y porque —sí, también, para qué mentir a estas alturas— porque sin grabar me quedo sin mi parte, y yo mi parte la necesito. No como ellos. Yo la necesito de verdad. Así que aquí estoy. El bueno de Daniel. Otra vez haciendo lo que ella quiere, muerta y todo.

Voy a empezar por una cosa y a lo mejor luego llego a la otra, a lo del padre, a lo de las dos letras, ya veremos, depende de cómo me dé. Hay cosas que se dicen y cosas que se atragantan. Vamos a ver hasta dónde llego.

Mi hermano os habrá contado lo del campamento del lago. Seguro. Es su gran recuerdo, el pobre. La semana más feliz de su vida, dice. Mamá y él solos, el caldito, el paño en la frente, la persiana bajada. Bonito. Muy bonito. Pero resulta que yo también vivía en esa casa, aunque en los recuerdos de Tomás no salga nunca nadie más que ella, y yo me acuerdo de otra película.

Me acuerdo de Tomás la víspera. Once años tenía, y estaba como una moto. Sano. Sanísimo. Hacía y deshacía la mochila en el pasillo, me enseñaba la linterna, la navaja, me decía que iba a pescar, que iba a dormir en una cabaña con otros chavales. Llevaba meses con eso. Y yo, que era el mediano, el que sobraba, lo miraba con una envidia

que me comía, porque a mí nadie me dejaba ir a ningún lado, pero esa es otra historia.

Y luego cenamos. Y mamá sacó la tarta.

La de celosía. La de cereza. La de siempre. Y le puso a Tomás el trozo más grande, lo recuerdo perfecto, le cortó el del centro, el bueno, y le dijo cómetelo todo, mi vida, que mañana vas a necesitar fuerzas. Y Tomás se lo comió. Y yo quería más y no me dieron, que para mí siempre había menos, y me acuerdo de la rabia, una rabia de crío, tonta, por un trozo de tarta.

Esa noche Tomás se puso malo. Como un perro. Lo oí desde mi cuarto, vomitando, y a mamá entrando y saliendo, y a la mañana siguiente, cuando pasó el coche del campamento por la calle, mi hermano estaba en su cama temblando y mamá a su lado, contenta. Eso es lo que no se me olvida. Que estaba contenta. Le había salido bien la mañana.

Y yo entonces no até nada, tenía nueve años, qué iba a atar. Pero pasó más veces. Esa es la cosa. No una. Muchas. La excursión del cole: tarta la víspera, malo por la mañana. La vez que lo invitaron a casa de un amigo a dormir, el único amigo que tuvo: tarta, y malo. El dichoso partido de fútbol: tarta, y cuarenta de fiebre. Siempre el mismo guion. Siempre que mi hermano iba a poner un pie fuera de esa casa, la víspera había tarta, y por la mañana había un Tomás reventado y una madre feliz cuidándolo.

A lo mejor me lo invento. ¿Eh? A lo mejor llevo treinta años montándome una película porque le tengo manía a una muerta. Es posible. Yo no soy de fiar, eso ya os lo habrá dicho ella, que siempre supo venderse mejor que nadie. Pero contestadme a una cosa, vosotros, los que vais a oír esto: ¿cuántas veces tiene que ponerse malo un niño justo la mañana de marcharse, justo después de comerse la tarta que le cortó su madre, para que deje de ser mala suerte y empiece a ser otra cosa?

No lo digo más claro. No hace falta. Y además no tengo pruebas, tengo recuerdos, y los recuerdos no valen en ningún sitio, y menos los míos.

Conmigo era distinto. A mí no me hacía falta enfermarme para no irme. Yo me iba igual, y volvía igual, ese era mi truco, el de la cometa. Porque mamá conmigo no cerraba la puerta, no. A mí me daba cuerda. Toda la que quisiera. Lárgate, Daniel, corre, vive tu vida. Y yo corría, me creía libre, me iba a la ciudad, juraba que no volvía, y a las

dos semanas estaba otra vez subiendo la cuesta del puerto con la cara de perro mojado, porque resulta que fuera no sabía estar. No sabía estar en ningún lado más que en su cocina.

Y eso tampoco es casualidad, ¿sabéis?

Yo de niño era un manojo de nervios. Me despertaba con el corazón a tope sin motivo, me roía las uñas, no aguantaba quieto en una silla. Y mamá me calmaba. Tenía sus cositas. Una cucharadita de jarabe de los suyos. Un caldo. Un té. La mano en la espalda. Y se me pasaba, claro que se me pasaba, me dejaba flojo y a gusto y tranquilo. Tan a gusto que nunca, ni una vez, aprendí a tranquilizarme yo solo. ¿Para qué? Si estaba ella. Si siempre estaba ella con su cucharadita.

Y luego ella se murió. Bueno, no. Y luego yo crecí, y me fui de casa, y un día tuve un mal momento, de los de verdad, un ataque de esos en que crees que te mueres, y no estaba mamá con la cucharadita. Y busqué la cucharadita por mi cuenta. Y la encontré. Vaya si la encontré. Y desde entonces llevo veinte años buscándola, en pastillas, en lo que sea, lo que me deje flojo y a gusto y tranquilo como me dejaba ella, porque mi madre me enseñó que para estar en paz hace falta que alguien te dé algo, y no me enseñó a estar en paz de otra manera, no me enseñó a estar en paz solo, eso no me lo enseñó, eso se le olvidó.

Dirá que me hizo débil sin querer. Ahí, en su cinta, en su sobre, lo que sea que dejara grabado, dirá que las madres se equivocan, que ella solo me daba paz. Ya me lo sé. Me lo sé de memoria. Pero hay una diferencia entre equivocarse y… no sé cómo decirlo. Entre equivocarse y hacerlo todos los días durante quince años y que siempre, siempre, te salga el mismo niño que no puede vivir sin volver a casa.

Mirad cómo estoy. Miradme. Cuarenta y tres años y temblando delante de una grabadora en el costurero de mi madre muerta, sin nada en el cuerpo desde el viernes, contando lo del campamento del lago, que es lo más fácil de contar, lo que menos pesa, y ya estoy reventado.

Lo otro, lo del padre, lo de las dos letras de la foto, no sé si me va a salir.

A lo mejor lo dejo para mañana.

Lo único que tengo claro es esto, y con esto paro por hoy: mi madre nunca me echó de casa. Para qué iba a echarme. Me soltaba con la cuerda larga, tan larga que yo me creía sin cuerda, y me dejaba

correr por ahí años enteros, y el día que le hacía falta un hijo en casa daba el tirón, y yo volvía. Siempre volví.

Como ahora.

Mirad dónde estoy. Está muerta. Lleva muerta una semana. Y dio el tirón, y aquí estoy.

13

El reguero de barro no está.

Anoche, a las cuatro, había un reguero seco por el parqué del salón hasta la puerta del jardín, ida y vuelta, y mis zapatos llenos hasta los cordones. Esta mañana el parqué brilla. Los zapatos, junto al sofá, limpios, secos, con los cordones metidos para dentro, doblados, igual que los doblaba ella.

Alguien ha fregado el suelo y me ha limpiado los zapatos mientras yo dormía el último tramo de la noche en el sofá. Alguien me ha borrado la noche entera, otra vez, y me ha dejado todo en orden para que despierte sin saber.

Marina está en la cocina. Cuando entro, no levanta la vista del fuego.

—Has dormido en el sofá —dice—. Te he tapado yo. Andabas otra vez por la casa de madrugada, Tomás. Te encontré en el jardín. —Lo dice sin drama, recolocando una sartén—. Como de pequeño. ¿No te acuerdas? Andabas dormido. Mamá te recogía. Ahora me toca a mí.

Me pone un plato delante. Tostada. Y la taza, la de la cenefa azul, con el té humeando, el de las hierbas, el de la miel.

—No tendrías que beber esto —digo, sin cogerlo.

—Te calma. Llevas tres días que no eres persona.

Y me siento, y me lo bebo. Igual que ayer. Igual que con nueve años. La mano que lo pone es la mano que cuida, y yo abro la boca, siempre acabo abriendo. Tibio, amargo, la hierba machacada por debajo de la miel. Me lo bebo entero mientras Lía, en su silla, me mira con los ojos de su madre que son los ojos de la mía.

Daniel no ha bajado. Sigue arriba o sigue fuera, no sé.

Después del desayuno voy al costurero. Necesito saber qué grabó anoche. Lo oí entrar a las tantas, lo oí hablándole a la máquina horas, la rayita de luz por debajo de la puerta, y necesito saber qué le contó a esa cinta de mí, de mamá, de las dos letras.

La grabadora está sobre la mesa, rebobinada. Daniel ha dejado el carrete puesto. A lo mejor a propósito. Daniel hace las cosas a propósito y luego dice que no. Aprieto el play.

Su voz llena la salita, ronca, cansada, la de anoche.

«...la de celosía. La de cereza. La de siempre. Y le puso a Tomás el trozo más grande, le cortó el del centro, el bueno, y le dijo cómetelo todo, mi vida, que mañana vas a necesitar fuerzas...»

Paro. Rebobino un poco. Vuelvo a darle.

«...esa noche Tomás se puso malo. Como un perro. Y a la mañana siguiente, cuando pasó el coche del campamento, mi hermano estaba en su cama temblando y mamá a su lado, contenta...»

La tostada se me queda en el estómago, quieta.

Adelanto. La cinta corre, chirría.

«...contestadme a una cosa: ¿cuántas veces tiene que ponerse malo un niño justo la mañana de marcharse, justo después de comerse la tarta que le cortó su madre, para que deje de ser mala suerte y empiece a ser otra cosa?»

Apago.

La salita se queda en silencio, con el sol bajo de la mañana entrando de lado, el polvo flotando, la máquina de coser tapada, el secreter. Yo de pie delante de la grabadora con la mano todavía en la tecla.

Mi gran recuerdo. La semana más feliz de mi vida. La tarta del centro, el trozo bueno, cómetelo todo que vas a necesitar fuerzas. Y por la mañana temblando, y ella contenta.

—Te lo he dejado puesto a posta.

Daniel, en el umbral. Tiene la cara de quien no ha dormido, gris, los ojos hundidos, las manos en los bolsillos de la sudadera, temblándole un poco aunque las esconda.

—No es verdad —digo—. Lo que dices.

—No he dicho nada. He hecho una pregunta. La pregunta sigue ahí. —Da un paso dentro—. Tú te comías la tarta y te ponías malo. Una vez es mala suerte. Diez veces es una receta.

—Eran fiebres. Yo era enfermizo. Lo dicen todos. Tú mismo de niño...

—Yo de niño no sabía nada. Tenía nueve años. Pero he tenido treinta más para pensarlo, Tomás, treinta años despierto cada noche pensándolo, que es lo que tú no has tenido porque a ti se te borra todo, y eso también, ¿no te has parado a pensar por qué a ti se te borra todo y a mí no?

—Daniel.

—¿De verdad no te acuerdas de por qué te enfermabas?

Y lo dice acercándose, bajando la voz, casi con pena, la misma pregunta de la cinta pero a un palmo de mi cara, y el té me sube.

No es náusea, es el té. Lo noto subir, caliente, las hierbas, la miel, igual que bajó hace media hora, el mismo sabor pero al revés, trepándome por la garganta, y aparto a Daniel y salgo del costurero y cruzo el salón y llego a la cocina y me agarro al borde del fregadero, el de loza blanca, el del grifo, el de mis manos rosas en el fogonazo, y lo echo.

Lo echo todo. El té. La tostada. La hierba machacada. Sale verde y amarillo y se va por el desagüe que ella fregaba hasta el brillo, y yo me quedo doblado sobre la pila, agarrado a los bordes fríos, con el sabor en la boca, ese sabor, el de toda mi infancia, el de la cuchara, el del agujero blando sin horas.

Por primera vez en cuarenta años mi cuerpo no lo quiere.

Lo escupo hasta que no queda nada, y luego escupo lo que no hay, y abro el grifo, y me lavo la boca, y me lavo las manos sin necesidad, una contra otra, bajo el chorro, hasta dejarlas limpias.

Limpísimas.

Y desde la puerta de la cocina, Marina, con el paño en la mano, me mira lavarme las manos y no dice nada.

14

CONFESIÓN — DANIEL

Vale. Otra vez yo. Es de día. No sé si se nota en la voz, pero es otro día, es lunes, y queda poco para que esto se acabe y nos larguemos cada uno por su lado, así que voy a soltar lo que dije que a lo mejor soltaba.

Lo del padre.

Llevo desde anoche con esto atravesado, y si no lo digo aquí no lo digo en ningún sitio. A Tomás no se lo puedo decir, ya habéis visto cómo se ha puesto esta mañana, vomitando en la pila como un crío. Y a Marina menos. A Marina, de esto, ni media palabra. Vais a entender por qué. O a lo mejor no. A lo mejor estoy loco. Llevo tantos años solo con esto que ya no sé si es un recuerdo o una pesadilla que me conté tantas veces que se hizo de carne.

Empiezo por lo fácil. Yo me acuerdo de papá. Eso ya nos separa a Tomás y a mí. Él no se acuerda de nada, ni de la cara, le borraron hasta la cara. Yo sí. Esteban. Olía a serrín y a tabaco de liar. Trabajaba en lo de la madera, abajo en el puerto, y volvía con las manos llenas de astillas y me dejaba ayudarle a sacárselas con unas pinzas, y eso es mío, ese rato de las pinzas es mío, nadie me lo ha tocado.

Mi padre no era tonto. Esa es la cosa que nadie dice. En el pueblo dicen «buen hombre, trabajador, lástima», y se quedan ahí. Pero mi padre, los últimos meses, no era el mismo. Se había puesto a mirar. A mirar de verdad. A Tomás, sobre todo. Yo lo oía por las noches

discutiendo con mamá en la cocina, bajito, que no nos despertáramos, y siempre era por lo mismo: por Tomás. Que por qué estaba siempre malo. Que ningún médico le encontraba nada. Que él quería llevarlo a la capital, a uno que él conocía, y que esta vez iba a entrar él en la consulta, no ella. Y mamá decía que él de cuidar niños no sabía, que se metiera en su madera y la dejara a ella con lo suyo.

Una vez —esto lo recuerdo entero, sin agujeros, qué raro, con lo que se me olvida a mí— una vez mi padre intentó abrir las puertas. Las de mamá. Las cerradas. Cogió un destornillador y se puso a forzar la del armario de las mantas, la del pasillo, jurando que en esta casa no iba a haber un solo cuarto donde él no pudiera entrar, que era su casa también. Y mamá no le gritó. Mamá nunca gritaba. Mamá se quedó en la puerta de la cocina, muy quieta, con un paño en la mano, mirándolo forzar la cerradura, y le dijo una sola cosa, bajito, que yo oí desde la escalera: «Ten cuidado, Esteban. En esta casa la gente se hace daño cuando va donde no debe.»

Él se rió. Me acuerdo de que se rió.

Dos semanas después se cayó por la escalera del sótano.

Eso es lo que pasó. Oficialmente. Bajó al sótano a por algo, resbaló, se partió el cuello en los escalones esos que no tienen barandilla, los de piedra, los empinados. Un accidente. Lo firmó un médico, vino la ambulancia, lo enterramos, y en esta casa no se volvió a nombrar. Ni una foto. Ni una chaqueta. Lo borraron como me borraron a mí los recuerdos, con la misma mano.

Pero yo tenía trece años y estaba en casa esa tarde.

Y lo que recuerdo —y esto es lo que llevo treinta años sin poder decirle a nadie— es que cuando se oyó el golpe, el golpe ese, seco, abajo, yo bajé corriendo del piso de arriba, y mamá ya estaba allí. Ya estaba abajo. Al pie de la escalera del sótano, de pie, tranquila, mirando a mi padre, y todavía tenía el paño en la mano. El mismo paño. Y a su lado, agarrada a su falda, mirando también, callada, estaba Marina. Que tenía nueve años. Y que se suponía que estaba en su cuarto.

Las dos. Abajo. Antes que nadie. Antes que yo, que bajé corriendo al oír el golpe y ya las encontré allí, mirando.

Nadie me preguntó nunca qué vi. Nadie me preguntó nada, yo era el del medio, el que sobraba. Y yo no dije nada, porque ¿qué iba a decir? ¿Qué vi? No vi nada. Vi a mi madre y a mi hermana al pie de

una escalera mirando a un hombre muerto, y eso no es ver nada, eso es llegar tarde.

Anoche Tomás me enseñó una foto. La única que queda de papá, doblada para no verlo. Y por detrás tenía una fecha y dos letras. «D. y M.» Tomás me preguntó quiénes eran los dos. Y yo le dije que no me acordaba, y le mentí, porque sí me acuerdo, me acuerdo de la fecha, esa fecha es el día que mi padre se cayó por la escalera. Lo tengo grabado a fuego. Y las dos letras…

No lo voy a decir entero. No puedo. Pero pensadlo. ¿Quién estaba abajo, antes que nadie, mirando? Dos. Una D y una M. Y no era yo, la D no era yo, yo bajé después. Y desde luego no era Tomás, que andaría dormido en su cuarto con la persiana bajada, soñando que su madre lo quería.

A lo mejor me equivoco. Marina tenía nueve años. ¿Qué culpa tiene una cría de nueve años de estar donde su madre la pone? Ninguna. Seguramente ninguna. Seguramente mamá la cogió de la mano y la bajó con ella y la niña no entendió nada. Eso me digo. Llevo treinta años diciéndome eso para poder dormir, y casi me lo creo.

Pero hay una cosa que no me cuadra, y es la única que os pido que penséis cuando oigáis a Marina grabar lo suyo, dentro de un rato, con esa voz tan tranquila que tiene.

Marina, con nueve años, después de ver a su padre muerto al pie de la escalera, no lloró.

Yo lloré. Tomás, cuando se enteró, lloró, aunque ni se acuerde. Marina no. Marina subió, se cambió el vestido que se le había manchado de no sé qué, y bajó a poner la mesa para la cena, porque mamá le dijo que había que cenar igual, que la vida sigue, y Marina puso la mesa. Con nueve años. Sin una lágrima. Doblando las servilletas en triángulo como le había enseñado mamá.

Y desde entonces es la favorita. La que mejor entiende a mamá. La que hace las tartas que le salen a ella. La que ha venido aquí con su niña y su móvil a despedir «a la mejor madre del mundo».

Ya está. Ya lo he dicho. Casi todo. Lo que me faltaba por decir lo sabe ella, y a ella preguntádselo, si os atrevéis.

Yo me largué de esta casa en cuanto pude. ¿Y sabéis por qué volvía siempre, por qué no aguantaba fuera más de dos semanas? No era por la cucharadita. Eso es mentira que me cuento. Volvía para

vigilar. Para estar cerca y vigilar, porque en el fondo lo sabía, lo supe siempre desde aquella tarde:

en esta casa, irse nunca salió bien.

Pregúntale a papá.

15

Esta tarde he vuelto a poner la cinta de Daniel. La nueva. La del padre.

La oí entera, en el costurero, con la puerta cerrada para que Marina no entrara. Lo del destornillador y las puertas. Lo de las discusiones por la noche en la cocina, por mí, siempre por mí, por qué estaba siempre malo. Lo del golpe seco abajo y mi madre ya allí, de pie, con el paño en la mano, y Marina de nueve años agarrada a su falda, las dos al pie de la escalera del sótano, antes que nadie, mirando.

No me acuerdo de mi padre. No me acuerdo del sótano. No me acuerdo de casi nada. Pero un hombre del que no me acuerdo se cayó por una escalera que no he visto en cuarenta años, y necesito verla.

La puerta del sótano está debajo del hueco de la escalera grande, una puerta baja, de tablones, con un pestillo de hierro que cede a la primera. No está cerrada. Esa nunca estuvo cerrada, esa la dejaba abierta, vaya cosa, las puertas de las mantas con llave y la del sitio donde murió un hombre abierta para cualquiera.

Bajo.

Los escalones son de piedra, gastados en el centro de tanto pisarlos, empinados, sin barandilla. Voy pegado a la pared, con la mano en el yeso frío, contando. Son catorce. Catorce escalones de piedra sin nada a lo que agarrarse. Un hombre que resbala en el tercero o el cuarto no para hasta abajo. Eso lo entiendo con el cuerpo, bajándolos, midiendo con los pies lo fácil que es caer aquí, lo limpio.

Abajo huele a tierra y a humedad y a manzanas viejas, a fruta guardada. Hay una bombilla con una cadenita. Tiro. Se enciende, amarilla, y la luz balancea las sombras de las cosas: estanterías, cajas, herramientas colgadas, botes de conserva con la fecha escrita en la tapa por su letra. Su orden hasta aquí abajo. Su letra hasta en los tomates.

Y al fondo, una estantería distinta.

No es de conservas. Es de cajas de zapatos. Filas de cajas de zapatos, una encima de otra, ocupando la pared entera, del suelo hasta donde no llego. Y cada caja tiene un papel pegado en el lomo, escrito con su letra apretada y redonda, la misma de las recetas, la misma del reverso de la foto.

Bajo una. Pesa. La abro.

Cintas. De carrete, pequeñas, como la que encontré en mi cuarto. Decenas de cintas, cada una con su etiqueta. Y las etiquetas tienen nombres y años. Saco una al azar. «Tomás — 9 años — días flojos.» Otra. «Tomás — 11 — el verano del lago.» Otra. «Tomás — noches.»

Me quedo de cuclillas en el suelo de tierra del sótano con una caja de zapatos en las rodillas, leyendo las etiquetas de mi propia infancia escritas por la mano de mi madre. El verano del lago. Mis noches. Mis días flojos, catalogados, por edades, guardados en cajas de zapatos en el sótano donde murió mi padre.

Hay cajas con el nombre de Daniel. «Daniel — nervios.» «Daniel — las rabietas.» «Daniel — se escapó (volvió).» Entre paréntesis. Volvió. Lo apuntó.

Hay cajas con el nombre de Marina. Solo dos, y más nuevas, la cartulina menos amarilla. No las abro. No quiero saber qué le grababa a Marina.

Y hay una caja sin nombre. Al final de la fila de abajo, un poco apartada, con el papel del lomo más blanco que los demás, reciente. La saco.

Dentro hay una sola cinta. Las demás cajas van llenas, apretadas; esta tiene una, en el centro, sola, como si la hubieran puesto ahí esta semana.

La etiqueta tiene una fecha. La leo, y la cuento, y la coloco, esta sí la coloco a la primera: es la noche del lunes pasado. La noche en que mi madre se murió en la cocina mientras una tarta se enfriaba a su lado.

Hay una cinta de esa noche.

Alguien grabó la noche en que mi madre no podía grabar nada, porque mi madre llevaba grabándonos a todos cuarenta años y esa noche le tocaba a ella estar muerta en el suelo, y aun así hay una cinta, hay catorce escalones de piedra y una cinta de esa noche metida sola en una caja de zapatos.

Le doy la vuelta a la etiqueta, busco más, busco la letra apretada y redonda de mi madre.

No es su letra.

La fecha de todas las cajas, de los cuarenta años, está escrita con la misma mano, apretada, redonda, la de las recetas. Esta no. Esta fecha la ha escrito otra persona. Letra más grande. Más nueva. Una mano que aprendió a escribir mucho después que la suya.

Y que escribe las eses igual que ella.

16

Subo del sótano con la cinta en la mano. Pequeña, liviana, una caja de plástico con un carrete dentro y un papel pegado con una fecha que no escribió mi madre. La noche del lunes pasado. La noche en que se murió.

La casa está a oscuras menos el costurero. Allí está la grabadora buena, la del sobre, la que sabe leer estos carretes. Entro. Cierro la puerta. La máquina de coser tapada, el secreter, el sol ya no, solo la lámpara de mesa que enciendo y que deja un círculo amarillo sobre el tablero.

Me tiemblan las manos al sacar el carrete del cajetín. He visto a Daniel hacerlo, sé cómo va: el eje, la cinta por la ranura, el otro carrete vacío esperando. La paso. La engancho. Pongo el dedo en la tecla.

No quiero oírla. Quiero oírla. Las dos cosas a la vez, igual que la casa huele a cereza y a lejía.

Aprieto.

Las bobinas empiezan a girar. Un siseo. El siseo de una cinta vieja, y por debajo, naciendo, el tono de un cuarto vacío de noche: el zumbido del frigorífico, el goteo de un grifo mal cerrado, el reloj de la cocina contando. La cocina. Es la cocina, de noche, esa noche, y dentro de un segundo va a pasar algo, va a sonar algo, una voz, unos pasos, y yo voy a saber —

Una mano sobre la mía.

Caliente. En la tecla. La aprieta hacia arriba y las bobinas se paran y el siseo se corta y la cocina de esa noche se apaga en mitad de su goteo.

—No es el momento, mi amor.

Marina. En el umbral, no, ya no en el umbral, a mi lado, con la mano sobre la mía sobre la tecla, y no la he oído entrar, nunca la oigo entrar. Lleva el camisón y el pelo suelto y la cara lavada, y con esta luz, a esta hora, sin maquillaje, es ella y es mi madre y es las dos.

—Es de esa noche —digo—. ¿Lo sabías? Hay una cinta de la noche que se murió. La he encontrado abajo.

—Sé que la has encontrado. Te he oído bajar al sótano. —Me retira los dedos de la tecla, uno a uno, sin prisa, y con la otra mano va sacando el carrete del eje—. Y sé lo que hay dentro, y por eso no la vas a oír esta noche, Tomás. No así. No solo, a oscuras, con lo flojo que andas y todo lo que llevas bebiendo y vomitando estos días. Te haría daño.

—Es mía también. Era mi madre.

—Era la madre de los tres. —Ya tiene el carrete en la mano. Lo guarda en su cajetín, lo cierra con un clic—. Y por eso lo guardo yo, hasta que estemos los tres y venga Villar y se haga como se tiene que hacer. ¿De acuerdo? Confía en mí. Yo sé lo que se puede oír y lo que no.

Y se da la vuelta y sale del costurero con la cinta, y yo voy detrás, por el pasillo a oscuras, descalzo en las baldosas frías, y no le quito el carrete de la mano porque no sé quitarle nada, nunca supe quitarle nada a una mujer con los ojos de mi madre.

Sube. La sigo. El pasamanos encerado, mi mano resbalando. Pasamos el cuarto de Lía, la respiración pequeña. Y al fondo del pasillo Marina se para delante de la puerta de mamá. La del dormitorio. La cerrada. La que probé el sábado y estaba trabada, la que Villar dijo que no tenía llave, que mamá no la dejó, que no la tiene nadie.

Marina se lleva la mano al cuello.

Lleva una cadena fina, de las de toda la vida, metida por dentro del camisón. Tira de ella y saca lo que cuelga: una llave pequeña, antigua, de las de cerradura de dormitorio.

Esa llave la conozco.

Esa llave la llevó mi madre colgada del cuello cuarenta años. La vi mil veces, asomando por encima del escote de sus vestidos, cuando se inclinaba sobre mi cama a darme la cuchara. La llave que nunca se quitaba ni para dormir. La que Villar buscó entre sus cosas y no encontró, porque no estaba entre sus cosas.

Estaba aquí. En el cuello de mi hermana.

Marina mete la llave en la cerradura del dormitorio de mamá. La gira. La puerta se abre con un soplo de aire cerrado y perfume de pera de goma, y por la rendija, un segundo, veo el borde de una cama hecha, una colcha estirada, las esquinas metidas. Marina entra con la cinta. Sale sin ella. Cierra. Gira la llave. La devuelve a la cadena, al cuello, por dentro del camisón.

—Anda —me dice, y me pone la mano en la nuca, caliente, para llevarme a mi cuarto—. A dormir. Mañana se acaba esto y cada uno a su casa.

Me dejo llevar dos pasos. Luego me paro.

—¿Desde cuándo tienes tú esa llave?

Marina sonríe, con los ojos de mi madre, en el pasillo a oscuras.

—Desde siempre, Tomás.

17

Martes. Último día. A las diez vuelve Villar y esto se acaba.

He dormido poco, pero he dormido en mi cuarto, en la cama nueva, y anoche no me bebí lo que Marina me dejó en la mesilla. Lo tiré por el lavabo y enjuagué la taza para que no quedara fondo. Amanezco con la cabeza más despejada de lo que la he tenido en días, y con la cabeza despejada la casa asusta más, no menos. Despejado veo cosas que el té me tapaba.

Bajo temprano. La cocina ya huele a cereza.

En la rejilla, junto a la ventana, hay una tarta. Y no es la de siempre. La de siempre, la del lunes pasado, la que llevaba aquí desde que llegué, dura y mate, ha desaparecido. Esta es otra. La celosía dorada, tierna, el relleno brillante todavía, el vapor saliendo apenas por los rombos. Recién hecha. Hecha esta madrugada o anoche, mientras yo creía dormir.

Me acerco. Toco el borde de la rejilla. Está tibia.

Encima de la encimera, fuera de su caja de latón, está la ficha de la receta. La de los bordes blandos. «La celosía se hace con paciencia o no se hace. Que no te vean mientras la tejes.» Tiene harina fresca espolvoreada al lado, un cuenco en el fregadero con restos de masa, un trapo manchado de rojo cereza. Alguien ha tejido una celosía esta noche en la cocina de mi madre muerta. Con paciencia. Sin que la vieran.

—Buenos días —dice Marina.

Está en la puerta de la cocina con Lía de la mano, las dos vestidas y peinadas a las siete y media de la mañana, la niña con un lazo,

Marina con un delantal limpio que no sé de dónde ha sacado, planchado. El delantal de mamá. El de la cenefa.

—¿Has hecho una tarta —digo—, esta noche?

—Había que tirar la otra. Estaba dura, llevaba una semana ahí, daba pena. —Suelta a Lía, que va corriendo a la mesa—. Y mamá no tendría la cocina sin una tarta en la rejilla. Nunca la tuvo. Esta casa siempre olió a esto. —Aspira, satisfecha—. ¿A que sí?

Lía se sube a una silla. Coge el azucarero, lo inclina sobre su tazón, y se le va la mano: un chorro de azúcar cae fuera, sobre el mantel, una mancha blanca.

—Lía. —Marina no levanta la voz. Cruza la cocina, le quita el azucarero, recoge el azúcar derramado con el canto de la mano hasta el último grano, lo echa en el fregadero. Luego se agacha a la altura de la niña, le coge la barbilla, le gira la cara hacia ella, despacio—. ¿Qué te tengo dicho del azúcar?

—Que poco —dice Lía.

—¿Y por qué poco?

—Porque…

—No es por castigarte, mi vida. —Le aparta un mechón, le coloca el lazo, le sostiene la barbilla—. Es para que no te pongas mala. Mamá sabe lo que necesitas mejor que tú. Una madre nota esas cosas. ¿A que sí?

—A que sí —dice Lía.

—Esa es mi niña.

Y le da un beso en la frente, y se levanta, y vuelve al fuego, y yo me quedo de pie junto a la rejilla con la tarta tibia detrás y el frío subiéndome por dentro, porque acabo de oír a mi madre. La he oído enterita. La barbilla, el mechón, el «no es por castigarte, mi vida», el «una madre nota esas cosas», la música exacta, la cuchara invisible acercándose a una boca de cinco años.

Pero mi madre está muerta. Lleva una semana muerta.

La que acabo de oír es Marina.

Saca el móvil. Lo apoya contra el azucarero, la lucecita, y empieza a grabar la cocina, la tarta, a Lía desayunando con su lazo, y le habla a la pantalla con la voz nueva, la de presentadora: «Buenos días. Hoy os enseño la receta de mi madre, la tarta que hacía cada domingo de mi infancia. Una receta que viene de muy atrás y que pienso pasarle a mi hija, porque hay cosas que no se pueden perder.» Sonríe a la cámara. Apaga. Vuelve a ser ella.

Lía come. Yo no puedo. Me siento enfrente de la niña, que mastica con los ojos de su madre que son los de la mía, y no sé qué decirle a una cría de cinco años, nunca he sabido, y al final le digo lo único que se me ocurre, por decir algo, por no quedarme callado oyendo a Marina trastear en la cocina de mamá como mamá.

—Está rica la tarta de tu madre, ¿eh?

Lía asiente, con la boca llena. Traga. Y entonces, contenta, orgullosa de su madre, me dice:

—Mamá hace la tarta como la abuela. Igual. La abuela le enseñó.

—Ya.

—Anoche también hizo una. —Mete la cuchara en el tazón—. Pero esa no era para comer.

—¿Cómo que no era para comer?

Lía se encoge de hombros, con esa naturalidad de los niños que repiten lo que han oído sin saber lo que pesa.

—La de anoche era para la otra señora. La que duerme en el cuarto de la abuela.

18

CONFESIÓN — DANIEL

Última vez. Lo prometo. Es martes por la mañana, en un rato viene Villar y nos vamos cada uno por su lado, y hay una cosa que no he dicho y que si no la suelto aquí me la llevo puesta otros treinta años, y no puedo. Con lo de papá ya cargo bastante. No me caben dos.

Esto es de la noche que se murió mamá. La del lunes pasado.

Yo estuve aquí esa noche.

Nadie lo sabe. No se lo he dicho a nadie, ni a la policía, que tampoco preguntó mucho, una vieja que se cae de noche en su cocina, qué van a preguntar. Pero yo estuve. Vine. Como vengo siempre que estoy mal, y esa noche estaba mal, llevaba días mal, sin nada en el cuerpo, y a las tantas cogí el coche y subí la cuesta del puerto a por lo mío. Tengo un sitio en esta casa, un escondrijo de toda la vida, donde guardo lo que guardo. Vine a por eso. A las dos de la mañana, las dos y pico.

La luz de la cocina estaba encendida.

Pensé en mamá, que se levantaba de noche con sus cosas. Entré por el jardín, por la puerta de atrás, que nunca se cerró con llave, y me asomé a la cocina antes de subir a por lo mío, por no darme de bruces con ella.

Y no era ella.

Era Marina.

Marina, a las dos de la mañana, en la cocina, en delantal, tejiendo una tarta. La celosía. Las tiras de masa cruzadas una sobre otra, con esa paciencia que tiene ella, los dedos limpios, el cuenco, el rojo de la cereza en el mármol. Tejiendo. Tan tranquila. A las dos de la mañana, en casa de mamá, haciendo una tarta de celosía como si fuera domingo por la tarde.

Y en el salón, desde donde yo estaba, se veía el sofá. Y en el sofá estaba Tomás. Tumbado, vestido, ido. Como anda él, con su agujero, con lo que le daban. Ni se movía. Pensé que dormía.

Y en la cocina, en la silla del rincón, la de mimbre, la de mamá, estaba mamá.

Sentada. Quieta. Con la cabeza un poco caída hacia un lado y las manos en el regazo. Yo pensé que se había dormido en la silla esperando a que saliera la tarta, que eso lo hacía, se dormía esperando. Pensé eso porque era lo que quería pensar. Porque lo otro no lo quería pensar. Y no me acerqué a mirar si respiraba, no me acerqué, eso es lo que tengo aquí dentro desde hace una semana: que tuve a mi madre a tres metros y no me acerqué a ver si respiraba.

Marina me vio en el cristal. No se sobresaltó. Levantó la vista del enrejado, me miró por encima del hombro, tranquila, y me dijo, bajito, para no despertar a nadie:

—Daniel. Has venido. —Y después, volviendo a la tarta, a las tiras de masa—: Coge lo tuyo y vete, anda. Esta noche no es noche. Mamá está descansando. Yo me ocupo.

Yo me ocupo. Eso dijo. Y siguió tejiendo.

Y yo… yo subí. Subí a por lo mío, lo cogí, las manos temblándome, y bajé, y crucé el jardín, y me metí en el coche, y me fui. No pasé otra vez por la cocina. Salí por atrás. No miré a mamá en la silla. No miré la tarta. No miré a Tomás en el sofá. No miré nada. Tenía lo mío en el bolsillo y eso era lo único que mi cuerpo sabía querer esa noche, y me lo llevé, y me largué, y conduje hasta una gasolinera y me metí lo que llevaba y dormí en el coche.

Al día siguiente llamó la del estanco. Que habían encontrado a mamá muerta en la cocina. Que la señora Pinto había entrado por el olor a tarta. Que llevaba muerta desde la noche anterior.

Desde la noche anterior. Desde las dos de la mañana en que yo la vi sentada en la silla de mimbre con la cabeza caída, y mi hermana tejiendo una celosía a su lado, y no me acerqué.

Pensadlo otra vez, lo que os dije ayer, lo de papá. Mi madre y Marina al pie de la escalera del sótano, antes que nadie, quietas, mirando a un hombre muerto. Treinta años después, mi hermana en la cocina, de madrugada, tejiendo una tarta, tan tranquila, con mamá quieta en la silla. La misma calma. La misma cara de no pasar nada.

No estoy diciendo que Marina… No lo digo. No vi nada. Vi a mi hermana hacer una tarta. Hacer una tarta no es un delito. Yo no vi morir a nadie. Yo estaba mal, llevaba días sin dormir, a lo mejor lo recuerdo torcido, a lo mejor mamá estaba viva y dormida y se murió después, sola, de un mal paso, y la tarta era una tarta y yo soy un yonqui que necesita culpar a su hermana para no ser él el que dejó morir a su madre sin acercarse.

Eso es lo que me digo. Otra vez. Como con papá.

Pero esta vez tengo cuarenta y tres años, no nueve, y ya no me lo creo.

Yo solo cogí las pastillas y me fui.

No miré la tarta.

No quise.

19

—¿Qué señora, Lía?

Pero Lía ya no me escucha. Ha vuelto a su tazón, mete la cuchara, la saca, hace ruido. Cinco años. Lo ha soltado y se le ha olvidado, igual que se olvidan los niños de las bombas que sueltan en la mesa del desayuno.

Marina, en el fregadero, no se vuelve. Sigue lavando el cuenco de la masa. Pero me ha oído. Lo sé porque ha parado de fregar un segundo, las manos quietas bajo el chorro, y luego ha seguido como si nada.

—Marina. ¿De qué señora habla?

—De nadie. —Cierra el grifo. Se seca las manos en el delantal de la cenefa, el de mamá—. Tiene mucha imaginación. Echa de menos a la abuela, y se inventa que sigue ahí. Los niños hacen eso con los muertos. Es sano.

—Ha dicho que anoche hiciste una tarta para esa señora. Que duerme en el cuarto de mamá.

Marina se agacha a la altura de Lía, le limpia una gota de leche de la barbilla, le coloca el lazo. Le habla a la niña, no a mí.

—Tu tío hace muchas preguntas, ¿verdad que sí? —Y a mí, levantándose, sin perder la sonrisa—: Le dejo un trozo de tarta a mamá en su cuarto. ¿Y qué? Como antes le dejábamos flores. Es una forma de tenerla. Tú haz tu duelo a tu manera y déjame a mí hacer el mío.

—Quiero ver el cuarto.

—No.

Lo dice tranquila, secándose una mano que ya está seca. Y yo dejo a Lía con su tazón y subo, deprisa, por el pasamanos encerado, y voy hasta el fondo del pasillo, hasta la puerta de mamá, y agarro el picaporte y empujo. Trabado. La empujo con el hombro, una vez, dos. La madera vieja ni cruje. Detrás de esa puerta está el cuarto de mi madre, su cama hecha, su perfume, y la cinta de la noche en que se murió, encerrada por mi hermana con la llave que mi madre llevó al cuello cuarenta años.

—No la fuerces. —Marina ha subido detrás de mí, sin ruido, nunca la oigo—. Te vas a hacer daño en el hombro.

—Dame la llave.

—No.

—Es la casa de los tres. La cinta es de los tres. Tú misma lo dijiste anoche, hasta que venga Villar y estemos los tres. Pues estamos. Daniel está abajo. Vamos a oírla ahora.

—Daniel está abajo vomitando lo que sea que se ha metido, y tú llevas tres días sin comer y vomitando lo que te doy, y los dos queréis abrir esa puerta a las ocho de la mañana sin haber dormido. —Se lleva la mano al cuello, por encima de la cadena, sin sacarla, solo posando los dedos donde está la llave por dentro del camisón—. La cinta se oye cuando venga Villar, con él delante, como mandó mamá. No antes. No así. ¿Tú quieres oír esa cinta, Tomás? ¿De verdad? ¿Sabiendo lo que andas sin recordar de esa noche?

Y ahí me para. Ahí me para siempre. En el sitio donde yo no sé qué hice y ella sí parece saberlo.

Bajo del pasillo derrotado, como bajo siempre, y la sigo a la cocina porque no sé estar en una habitación de esta casa sin que ella me lleve a otra. Y en la cocina Marina pone agua a calentar, saca el bote sin etiqueta, la cuchara de plata, la miel, y empieza a prepararme el té con los gestos de mamá, midiendo las hierbas en la palma, y yo la miro hacerlo, paso a paso, el ritual entero, y por una vez lo veo de fuera. Veo a una mujer midiendo hierbas en una cuchara de plata para metérselas en el cuerpo a un hombre que no para de dormirse y de no acordarse de nada.

Me pone la taza delante. Humea. Huele a lo de siempre.

—No.

—Tómatelo. Estás temblando otra vez.

—No quiero.

—Tomás. —La voz baja un tono, se ablanda, se vuelve la de mamá del todo, la mano viene buscándome la nuca—. Es lo único que te calma. Lo sabes. Llevas calmándote con esto desde que eras un crío. ¿Por qué hoy no?

Le aparto la mano de mi nuca. Es lo primero que aparto de mi hermana en mi vida.

—Porque hoy lo veo —digo—. Lo que me das. Lo veo.

Marina se queda con la mano en el aire un segundo, donde estaba mi nuca. Luego la baja. No se enfada. Marina no se enfada nunca, igual que mamá no gritaba nunca. Coge mi taza de la mesa, la mía, la llena, y se acerca al fregadero, y la vacía despacio por el desagüe, mirándome, sin prisa, hasta la última gota, el té cayendo verde por el sumidero que ella friega hasta el brillo.

Deja la taza vacía en el escurridor. Boca abajo. En su sitio.

—Como quieras —dice.

Y vuelve a lo suyo, a recoger la cocina, a peinar a Lía, a ser mamá, y cuando ya casi he salido al pasillo, sin volverse, con esa dulzura que no se le quiebra nunca, añade:

—Pero vas a dormir mal.

20

DELIA

Ya has oído a tu hermano. Casi todo. Lo de la escalera, lo de las dos letras, lo que cree que vio y lo que no se atreve a decir que vio.

No le hagas mucho caso, mi vida. A Daniel lo quiero, que conste, lo quiero como se quiere a un hijo que salió blando. Pero Daniel cuenta las cosas según le pesan, y a Daniel le pesa todo, porque nunca aprendió a cargar nada. Por eso se va. Toda la vida igual: se va para no cargar, y como fuera tampoco sabe, vuelve. Daniel siempre necesitó irse para poder volver. Es lo único que sabe hacer, irse y volver, irse y volver, y por el camino buscar una culpable. La culpable soy yo. Lo he sido siempre. No me importa. Para eso está una madre.

Pero hay algo suyo que es verdad de toda la vida, y quiero que lo oigas de mi boca antes de que él te enrede con lo demás: tu hermano mira para otro lado. Siempre miró para otro lado. Se fue del campamento del lago sin mirar atrás. Se fue de esta casa en cuanto le crecieron las piernas. Se va de todo. Así que lo que te cuente de haber visto algo, lo que sea, no lo creas del todo. No porque mienta. Porque Daniel no mira lo que no quiere ver. Él mismo te lo dirá, si es honrado: que no miró.

Ahora le toca a tu hermana.

Y tu hermana es harina de otro costal. Escúchala bien. Daniel se iba; Marina nunca necesitó irse. Se quedó. Desde chiquitita se quedó, a mi lado, en la cocina, mirándome las manos, aprendiendo lo que yo

hacía sin que yo tuviera que enseñárselo. No le hizo falta marcharse para volver, porque no se marchó nunca. Y la que nunca se va, hijo, es la que de verdad se queda con la casa.

Escúchala.

Y no la juzgues por lo tranquila que la veas.

Yo también estuve siempre tranquila. Es lo que tiene saber exactamente lo que necesita cada uno:

que a una ya no le tiembla la mano.

TERCERA PARTE — EL GIRO

21

DELIA

Marina. Mi niña lista.

A ti no tuve que enseñarte nada. Esa es la diferencia, y es toda la diferencia del mundo. A tus hermanos tuve que hacerlos uno a uno, con las manos, noche tras noche. A Tomás tuve que cerrarle puertas. A Daniel tuve que darle cuerda. Años de trabajo. Pero a ti, hija, a ti solo tuve que dejarte mirar.

Te sentabas en tu silla de la cocina, calladita, con las piernas colgando, y mirabas. No preguntabas, como Daniel. No te dormías, como Tomás. Mirabas. Me mirabas las manos: cómo medía, cómo tejía la celosía sin que nadie me viera tejerla, cómo le ponía la mano en la nuca a un hermano tuyo, cómo se sostiene una casa entera con una sonrisa y un paño. Lo aprendiste todo sin que yo soltara una palabra. Hay cosas que no se enseñan. Se heredan mirando.

Y nunca apartaste la vista. Ni una vez. Ni el día que la cosa se puso más fea de lo que tú podías entender con tus años. Tú te quedaste a mi lado, mirando, con esos ojos que son los míos, y no lloraste. Luego subiste, te cambiaste el vestido, y pusiste la mesa para la cena, porque la vida sigue y alguien tiene que poner la mesa. Nueve años tenías. Ese día supe que, de los tres, la casa iba a ser tuya. La casa es de quien no aparta la vista.

Ahora vas a grabar tú. Y lo vas a hacer mejor que nadie, con esa voz tranquila que te di sin dártela. No vas a acusarme: tú nunca acusas. Tú perdonas. Aprendiste, mirándome, que un perdón ata

más que un reproche, que se quedan más cerca los que se sienten perdonados. Eso es amor del bueno, hija. Del que no suelta.

Cuéntales lo que quieras. Tú sabes lo que se dice y lo que se calla. Siempre lo supiste.

A los otros dos los crié.

A ti te reconocí.

22

CONFESIÓN — MARINA

Soy la última en grabar. Lo he dejado para el final a propósito. No por miedo. A esto no le tengo miedo, ni a la máquina, ni al sobre, ni a lo que mamá dejara dicho ahí dentro. Lo he dejado para el final porque me gusta ser la última. La última recoge la mesa. La última apaga la luz. La última cierra la puerta y se queda con la casa a oscuras, sola, sabiendo dónde está cada cosa sin tener que encender.

Habréis oído a mis hermanos. Pobres. Los quiero a los dos, que conste. Los quiero mucho, con todo lo que son y con todo lo que no han sabido ser.

Tomás os habrá contado que mamá era una santa. Lo habrá contado con esa voz suya de niño grande que no termina de creerse nada, y se habrá quedado tan tranquilo, porque Tomás necesita que mamá fuera una santa igual que necesita el té por las noches: para poder dormir. Si mamá fue buena, entonces lo que le pasa a Tomás en la cabeza es mala suerte, es de nacimiento, no es de nadie. Le sale más barato un Dios que una culpable. Yo lo entiendo. Lo he visto agarrarse a esa santa toda la vida como a un pasamanos.

Y Daniel os habrá contado que mamá era un monstruo. Que lo enfermó, que lo ató, que le dio de pequeño lo que no se le da a un niño. Y se habrá quedado igual de tranquilo que Tomás, porque Daniel necesita un monstruo para no ser él el malo de su propia vida. Si mamá fue el monstruo, entonces todo lo que Daniel ha roto, todo

lo que se ha metido en vena y por la nariz y todo el dinero que ha sacado de esta casa con mentiras, no es suyo: es la herida que le hizo ella. Le sale más barato una madre veneno que mirarse al espejo. También lo entiendo.

Cada uno se quedó con la madre que podía aguantar. Tomás con la santa, Daniel con la bestia. Y los dos duermen.

Yo me quedé con la de verdad. Y la de verdad no es ni una cosa ni la otra. Es las dos a la vez, igual que esta casa huele a cereza y a lejía sin que se peleen los dos olores, conviviendo, el dulce encima y el limpio debajo, como tienen que estar las cosas en una casa que funciona.

No la juzgo. La entiendo. Esa es la única diferencia que ha habido siempre entre mis hermanos y yo. Ellos la juzgan, cada uno a su manera, y juzgar es lo que hace la gente que mira de lejos, la que solo veía a mamá los domingos y en Navidad, la que se iba el lunes a su vida y volvía a aparecer cuando hacía falta algo. Yo miraba de cerca. Yo me sentaba en la banqueta de la cocina con las piernas colgando, sin llegar al suelo, y le miraba las manos durante horas. Cómo pesaba la harina sin báscula, a ojo, y nunca se equivocaba. Cómo separaba las claras pasándolas de media cáscara a media cáscara. Cómo medía el azúcar con la mano y soplaba lo que sobraba. Desde esa banqueta no se juzga a una madre. Desde ahí se aprende.

¿Que enfermaba a Tomás? Puede ser. Yo no lo voy a decir con todas sus letras, porque no lo vi con estos ojos, pero pongamos que sí. Pongamos que una madre, viendo a un hijo al que cada vez que pone un pie fuera de casa el mundo se lo come —en el colegio le pegaban, en el campamento le quitaban hasta los zapatos, con catorce años lo encontraron en la estación con un billete a ninguna parte—, pongamos que esa madre decide que ese hijo está mejor dentro. Más cerca. Más vigilado. Más suyo. Más vivo, al fin y al cabo, porque Tomás está vivo, ¿no? Aquí lo tenéis. Cuarenta y tantos años, en pie, respirando, gracias a que alguien decidió hace mucho que no estaba hecho para los campamentos ni para las estaciones ni para irse. Decidme que eso no es amor y os enseño yo lo que es el desamor de verdad, que es lo que les pasa a los niños a los que dejan marcharse. Esos no vuelven. A esos no se les vuelve a ver el pelo.

¿Que a Daniel le daba la cucharadita y le hizo necesitar siempre algo, y que ese algo fue cambiando de nombre con los años hasta llegar a lo que le ha comido la cara? Puede ser. Pero a Daniel le

temblaba el mundo desde la cuna. De bebé no dormía. De niño se despertaba gritando sin acordarse de por qué. Mamá le daba su tila, su jarabe, su cucharadita, y Daniel paraba, y dormía, y estaba en paz. Y si esa paz, con los años, se convirtió en que el cuerpo le pidiera siempre una cucharadita de algo para estar en paz, díganme ustedes qué madre, viendo temblar a un hijo, se cruza de brazos y le dice apáñate. Eso no lo hace una madre. Eso lo hace una desconocida. Y mamá nunca fue una desconocida para ninguno de nosotros.

Mamá lo sabía todo de sus hijos. Sabía qué nos dolía antes de que nos doliera. Sabía cuándo Tomás iba a tener un día flojo dos días antes de que lo tuviera. Sabía que Daniel iba a recaer por cómo cerraba la puerta del coche al llegar. Una madre nota esas cosas. Y luego —esto es lo que mis hermanos no han entendido en su vida— luego, además, las arregla. No se queda en notarlo y sufrir, como las madres tibias. Lo arregla. Aunque arreglarlo cueste. Aunque arreglarlo no se entienda desde fuera. Aunque para arreglarlo haya que hacer cosas que en una cinta como esta suenan feas.

Cerraba puertas. Ya lo sé. Lo he oído estos días, a Tomás dándole vueltas a las puertas cerradas como si fueran una cárcel. Cerraba puertas, sí. ¿Y? Las cerraba para que no entrara el frío del pasillo en los cuartos. Yo crecí en una casa de puertas cerradas y no pasé frío ni un solo invierno de mi vida. Ahora tengo mi propia casa, al otro lado del pueblo, con mi marido y con Lía, y ¿sabéis qué hago yo en cuanto baja la temperatura? Cierro las puertas. Todas. Las que hagan falta. Lía no pasa frío. Lía duerme calentita, con su puerta cerrada, y sabe que su madre nota lo que necesita antes que ella misma. Eso no lo aprendí en ningún libro de crianza de los que enseño en mis vídeos. Eso lo heredé. Mirando.

Y ya que Daniel ha sacado el tema de la tarta en su cinta —lo he oído, lo de la tarta a las dos de la mañana, lo dice como una acusación, el pobre—, hablemos de la tarta. La de celosía. La de mamá. Esa tarta se hace con paciencia o no se hace, no hay término medio. Se estira la masa fina, se rellena de cereza hasta el borde, y luego se cortan las tiras y se van cruzando una sobre otra, despacio, levantando una sí y otra no, tejiendo el enrejado encima del rojo. Y hay una sola norma, una que mamá me repitió desde que tengo uso de razón mientras yo tejía con mis dedos torpes de niña: que no te vean mientras la tejes, Marina. Lo que se hace con las manos, lo bonito, lo que sostiene una casa por dentro, se teje en privado. Lo de

fuera es para enseñarlo. Lo de dentro es para hacerlo. Mamá me enseñó eso tejiendo tiras de masa, y me lo enseñó tan bien que tardé veinte años en entender que no me estaba hablando solo de la tarta.

La gente del pueblo dirá que mamá era una santa. La señora Pinto, la del café de los martes, llorará en el entierro y dirá que era la mejor vecina del mundo. Mis hermanos dirán cada uno su versión, la santa y la bestia. Que digan todos lo que quieran. La verdad de mi madre, la entera, la de cerca, la sabemos dos personas en este mundo. Y una de las dos lleva una semana muerta en la cámara del tanatorio.

Queda una.

Os voy a contar una última cosa, y con esta cierro por hoy, porque es la que de verdad importa y quiero que se oiga clara, en esta cinta, con mi voz, sin que me tiemble.

Mi padre, los últimos meses que vivió, quería rompernos. No lo digo de oídas: lo vi. Yo era pequeña pero lo vi. Quería llevarse a los niños, deshacer la casa, separarnos a unos de otros y a todos de mamá. Eso es lo que hacía mi padre cuando le entraba la cosa: deshacer. Lo que mamá tejía durante meses, él lo descosía en una noche. Y un día decidió descoser la familia entera.

Mamá no lo permitió. Hizo lo que tenía que hacer para que esto que somos los cuatro siguiera entero, y siguió entero, y por eso estamos hoy los tres aquí, juntos, en su casa, sentados a su mesa, grabándole confesiones. Si ella hubiera sido una madre tibia, una de las que sufren y no arreglan, hoy seríamos tres desconocidos repartidos por tres ciudades, sin casa a la que volver y sin nadie que nos llamara por nuestro nombre de pila.

No me preguntéis qué hizo. Eso es de dentro. Eso es la celosía que no se teje delante de nadie.

Solo digo esto, y que conste en la cinta, con todas las letras:

mamá hizo lo que tenía que hacer con papá.

Y yo, llegado el caso, por esta familia, por mi hija, por lo que somos, lo volvería a hacer.

Lo haría sin que me temblara la mano.

23

He oído la cinta de Marina. La he oído entera, de pie en el costurero, sin sentarme, con la grabadora en las rodillas dobladas y la frente apoyada en la estantería de los hilos, y cuando ha terminado la he rebobinado y la he vuelto a oír, el trozo del padre, el de la mano que no le tiembla, dos veces, tres, hasta aprendérmelo.

Y ahora, en mi cuarto, con la puerta cerrada y la mañana entrando gris por las rendijas de la persiana, las piezas empiezan a caerme encima una detrás de otra, y no las puedo parar, y cada una que cae arrastra a la siguiente, y no hay manera de levantarse de debajo.

La voz. La voz de Marina en esa cinta no es la suya. Es la de mamá. No el parecido de hermana con madre, no la sangre que se nota: es la misma voz, las mismas pausas, el mismo subir y bajar, el «una madre nota esas cosas» colocado en el mismo sitio de la frase donde lo colocaba mamá, el «para que no tengas frío» con la misma caída al final. Lo lleva haciendo desde que llegó, el sábado. Cuando me cogió la cara entre las manos en el recibidor y me dijo «otra vez los días flojos» con la boca de mi madre, yo lo achaqué al cansancio, al parecido, a que llevaba años sin verla de cerca. No es parecido. No es herencia de gestos. Es la misma persona dos veces, una muerta y otra de pie en la cocina haciendo café.

El perdón. Esto lo tenía delante y no lo veía. Marina no acusa a nadie, nunca, en toda la cinta. Perdona. A mamá la perdona el envenenamiento, a Daniel le perdona las mentiras y el dinero robado, a mí me perdona por no acordarme de nada. Y yo me crie viendo perdonar a mi madre con esa misma dulzura que te deja sin sitio donde defenderte, porque a una madre que te perdona antes de

que te acuses no le puedes echar nada en cara: ya te ha quitado el arma de las manos. Marina aprendió que un perdón ata más fuerte que un reproche. Que el que te perdona se queda por encima de ti para siempre. Lo dijo ella misma en la cinta, sin darse cuenta de lo que decía, o dándose cuenta del todo: aprendí mirando.

La llave. Esto es de ayer, de anteayer, lo tengo reciente. La llave que mamá llevó al cuello cuarenta años, la pequeña, la antigua, la que Villar buscó por toda la casa el sábado y no encontró en ningún cajón ni en ningún bolso, la lleva Marina por dentro del camisón, contra el pecho, donde la llevaba mamá. Se la vi el lunes cuando me quitó la cinta de las manos en el sótano. «Desde siempre», dijo cuando le pregunté. Desde siempre. Una hija no lleva al cuello la llave de su madre desde siempre a no ser que su madre se la pusiera ella misma, un día, en una ceremonia que nadie más vio, como quien pasa un cargo.

La tarta. Lía lo soltó en el desayuno del lunes, con la boca llena, sin malicia, como sueltan las cosas los niños: anoche también hizo una. Y Daniel, en su confesión, vio a Marina tejiendo una celosía a las dos de la madrugada en esta cocina, la noche que se murió mamá, con mamá quieta en su silla de mimbre a un metro. La misma tarta. Las mismas manos cruzando las tiras una sobre otra. La misma hora muerta de la noche. Tejiendo sin que nadie la viera, que es la única regla de esa receta.

Y las lagunas.

Esto es lo que llevo tres días sin querer mirar de frente, lo que aparto cada vez que se me acerca, porque mirarlo es mirarme a mí. Mis agujeros no son de cualquier noche. Mis agujeros vuelven cuando ella me da algo. El sábado bebí su té de los nervios y esa noche se me abrió un hueco y dentro del hueco hay un fogonazo: la cocina a oscuras y mis manos rosas bajo el grifo. El domingo bebí su té y desperté con barro seco en los zapatos y sin saber por dónde había andado. El lunes, cuando empecé a tirar el té por el lavabo en vez de bebérmelo, dejé de irme. Anoche tiré el té entero, lo vi bajar por el desagüe, y esta mañana me he despertado en mi cama y me acuerdo de haberme dormido. Me acuerdo. Es la primera de estas tres noches que me acuerdo de cerrar los ojos, porque anoche no me metió en el cuerpo nada que me lo borrara.

No me fío de esto. No me fío de mi cabeza, no me he fiado nunca, mi cabeza es un colador desde que tengo memoria, y un hombre que

no se fía de su cabeza necesita una cosa que no sea su cabeza, una cosa de fuera, que no dependa de lo que él recuerde o deje de recordar. Una cosa que no mienta porque no sabe mentir.

La grabadora.

Está donde la dejé el sábado, en el estante de arriba del armario, detrás de los cuadernos del colegio que mamá guardó cuarenta años con mi nombre en la etiqueta. La bajo. Pesa, es de las antiguas, de carrete, de las que ya no se fabrican. El sábado por la noche la encontré encendida, grabándome, y la paré, y le saqué el carrete, y lo escondí en el cajón de la mesilla debajo de unos calcetines que no son míos.

Pero ahora tiene otro carrete puesto.

Lo veo sin tocarlo. El carrete que yo saqué el sábado sigue en el cajón, lo compruebo, debajo de los calcetines. Y en la máquina hay otro distinto, más nuevo, a medio gastar, enganchado y tensado y listo. Yo no lo he puesto. Yo no he vuelto a tocar esta grabadora desde el sábado. Alguien la ha recargado. Alguien le ha puesto carrete limpio para el domingo, y otro para el lunes, y los ha ido cambiando, como se cambian las sábanas.

Saco el del cajón, el del sábado, el mío, el que escondí. Lo engancho. Rebobino hasta el principio con el dedo, despacio, porque las manos no me responden del todo. Le doy a la tecla.

Siseo. El cuarto de noche, grabado. Mi respiración, lenta, espesa, la de cuando me hundo en el agujero, la de un hombre al que han apagado. Un buen rato así, solo eso, un minuto, dos, tres, un hombre durmiendo grabado por una máquina que él no encendió, y la cinta paciente registrándolo todo, el somier cuando me muevo, un coche que pasa lejos, el reloj de abajo dando una hora.

Y luego, en la cinta, el somier otra vez, distinto. El crujido largo del somier cuando alguien se incorpora y se sienta en el borde. Pies en el suelo. Pasos descalzos, los míos, por la tabla suelta que hay delante del armario, la que pisé de niño mil veces para que no me oyeran salir. La puerta de mi cuarto abriéndose.

Y por debajo de mis pasos, otros pasos. Más ligeros. Más seguros. Detrás de los míos, sin prisa. Y una voz, bajita, que no me habla a mí, que me conduce, que va marcando el camino igual que se le marca el camino a un sonámbulo para que no tropiece:

—Ven, Tomás. Anda. Que te llevo.

La voz de Marina. La de mamá. La misma.

Y la cinta sigue corriendo y yo la dejo correr aunque me esté haciendo daño: las escaleras crujiendo bajo dos pesos, el mío arrastrado y el suyo ligero detrás, abajo, el pasillo, la cocina, el interruptor, el grifo abriéndose. El agua corriendo un rato largo, demasiado largo para lavar unas manos, y la voz murmurando todo el tiempo por encima del agua, «ya está, ya está, no pasa nada, mañana ni te acuerdas», y más agua, y el grifo cerrándose, y los pasos de vuelta, los míos otra vez arrastrados y los suyos detrás llevándome, y la escalera, y mi somier recibiéndome, y el roce de una manta que alguien sube hasta los hombros, y el silencio.

Y al final, un clic.

Ella apagó la grabadora. Esa noche la apagó ella, cuando terminó de meterme en la cama. Yo creí que la había parado yo, por la mañana. Le di a la tecla por la mañana, sí, pero a esa hora la máquina ya estaba apagada desde la noche, y yo le di a parar sobre una máquina parada y no me di ni cuenta, porque a esa hora yo era un colador con piernas.

Me siento en el suelo, con la espalda contra el somier de la cama nueva, la que han traído para mí estos días, y el carrete sigue girando en el vacío, frrr, frrr, frrr, sin nada que grabar, y yo me quedo mirándolo girar.

Mamá me grababa de niño. Lo sé desde el lunes, desde el sótano: las cajas de zapatos con mi nombre, «Tomás — noches», ordenadas por años, una hilera entera de mi infancia dormida y registrada. Me grababa dormir, me grababa andar dormido, me seguía por la casa con su grabadora y me lavaba y me devolvía a la cama y lo guardaba todo, año tras año, como quien colecciona algo que va a necesitar más adelante. Y ahora hay un carrete nuevo en mi grabadora que yo no he puesto, y hay una voz que me lleva de noche que es la de mamá saliendo de la boca de mi hermana, y hay una llave al cuello de Marina, y una tarta caliente en la rejilla cada mañana, y un cuarto cerrado al fondo del pasillo donde guarda la cinta de la noche en que mamá se murió mientras yo, abajo, me lavaba las manos en el grifo sin saber por qué.

No sé si maté a mi madre. Eso sigo sin saberlo, y a lo mejor no lo sé nunca. A lo mejor bajé esa noche, dormido, con el té de Marina en el cuerpo, y mis manos hicieron algo a un metro de su silla, y por eso me las lavaba en el grifo hasta dejármelas blancas. La cinta de mi cuarto no llega hasta ahí. La cinta de mi cuarto solo me graba salir y

volver. Lo del medio está en otro carrete, en otro cuarto, detrás de una puerta que abre una llave que cuelga de un cuello que no es el mío.

Pero ahora sé una cosa que el sábado no sabía, y es esta, y es la que me deja en el suelo sin fuerzas para levantarme:

yo no encendí esta máquina. Ni el sábado, ni el domingo, ni anoche.

Alguien entra en mi cuarto todas las noches, mientras yo me hundo, y aprieta la tecla, y me graba dormir, y luego me lava y me devuelve a la cama y vuelve a apretar la tecla y se va.

Y no soy yo.

24

Bajo a la cocina con el carrete en el puño.

Marina friega el cuenco de la tarta de anoche. Lía dibuja en la mesa con un lazo nuevo en el pelo, uno de cuadros, que ayer no llevaba y que sale de algún cajón de esta casa donde mi madre guardaba lazos para nietas que todavía no existían. Hay café hecho. La luz entra plana por la ventana, sin sombras, esa luz de las mañanas nubladas del puerto que lo deja todo igual de gris. Son las ocho y media. Dentro de hora y media vuelve Villar, y esto se acaba, y yo traigo en la mano la prueba de que mi hermana entra en mi cuarto todas las noches mientras yo me hundo.

—Lía. —Marina no se vuelve. Lo dice antes de que yo abra la boca, con el agua todavía corriendo—. Sube a tu cuarto a dibujar, mi amor. El tío y yo tenemos que hablar de cosas de mayores.

Lía recoge las pinturas, las mete en su estuche una a una, ordenadas por colores, sin que nadie se lo haya enseñado o sabiendo ya quién se lo enseña, y sube sin rechistar. La oigo subir contando los escalones en voz baja, catorce, los mismos catorce de la escalera del sótano, los mismos de cualquier escalera de esta casa.

Marina cierra el grifo. Se seca las manos en el delantal de la cenefa, el de mamá, despacio, dedo por dedo, primero una mano y luego la otra, y se vuelve hacia mí con los ojos de mamá y espera. No me pregunta qué quiero. Ya sabía que iba a bajar con esto. Lo sabía igual que mamá sabía cuándo me iba a dar un día flojo dos días antes de que me diera, por cómo cerraba yo una puerta o dejaba un plato a medias.

Dejo el carrete en la encimera, entre los dos, junto a la ficha de la receta de la tarta que sigue ahí, manchada de grasa, con la letra de mamá.

—Entras en mi cuarto de noche —digo—. Aprietas la tecla. Me grabas. Antes me das el té para que me hunda, y cuando estoy hundido y me levanto a andar dormido, me sigues por la casa, y me lavas, y me subes a la cama, y por la mañana yo no me acuerdo de nada. Lo hacía mamá en las cintas viejas del sótano, las de «Tomás — noches». Y lo haces tú ahora. Lo he oído esta mañana. Es tu voz en la grabación. Tu voz haciendo de la suya.

Marina mira el carrete sobre la encimera. No lo coge. Asiente una vez, despacio, con la cabeza ladeada, igual que se asiente ante un dibujo de un niño que ha quedado mejor de lo esperado.

—Sí —dice.

Nada más. Sí. Sin un parpadeo, sin una excusa, sin la verborrea con que Daniel llena los silencios, sin que se le mueva un músculo de la cara. Sí. Y sigue de pie, tranquila, con el delantal puesto y las manos secas cruzadas por delante.

Yo había bajado preparado para una negación. Para una pelea. Para que dijera que estoy loco, que son cosas mías, que el médico ya avisó de que con mis lagunas me invento cosas. Tenía los argumentos listos, el carrete como prueba, la voz que iba a ponerle delante si lo negaba. Y me ha dejado sin nada con una sola palabra, porque a un sí no se le puede discutir.

—¿Sí? —La voz me sale más aguda de lo que quería—. ¿Ya está? ¿Lo reconoces, así, sin más?

—¿Para qué te lo voy a negar, Tomás? Te quiero. —Lo dice con la misma cara con que mamá decía que el azúcar me sentaba mal, una cara de pena por mí, de paciencia—. Llevas tres noches en esta casa andando dormido. Bajando a la cocina con las manos por delante, abriendo cajones, saliendo descalzo al jardín en febrero. Igual que de pequeño. ¿Y qué querías que hiciera yo? ¿Dejarte? ¿Quedarme en mi cama oyéndote dar vueltas por una casa llena de escaleras y de cuchillos y de una balsa en el jardín, y esperar a que por la mañana te encontráramos con la cabeza abierta al pie de los catorce escalones? Te seguí. Te cuidé. Te lavé los pies cuando volvías del jardín con barro hasta los tobillos y te metí en la cama. Y sí, te grabé, porque mamá grababa, porque así, si una mañana amanecías mal, había constancia de a qué hora te habías levantado y por dónde habías

andado y de que yo estaba a tu lado. Eso no es hacerte daño, Tomás. Eso es lo contrario de hacerte daño.

—Me drogabas. El té. Me drogabas para que me hundiera.

—Te calmaba. —La palabra exacta de mamá. La misma que tengo metida en el oído desde niño—. Lo mismo que llevan calmándote toda la vida, y por eso sigues vivo y entero a los cuarenta y tantos. Tú, solo, suelto por el mundo, sin nadie que te calme de noche, no llegas a viejo. Lo sabes. En el fondo lo sabes, y por eso, en cuanto te llamaron para venir, lo dejaste todo y volviste corriendo a la única casa donde alguien sabe darte el té a la hora. Fuera no sabes vivir, Tomás. Igual que Daniel. La única diferencia entre vosotros dos es que Daniel lo sabe y se odia por eso, y tú ni te enteras, y vives más tranquilo.

Me apoyo en la encimera. El borde de mármol frío bajo las palmas. La cocina se me mueve un poco, despacio, y no es el té, hoy no he bebido nada suyo, lo tiré entero anoche por el lavabo. Es ella. Es oírla decir todo esto con la voz de mamá y la cara de mamá, y con razón encima, una razón torcida que me entra por debajo de la rabia y me deja sin un sitio firme donde poner el pie. Porque lo peor de lo que dice es que es verdad. Volví corriendo. Abro la boca cuando me acercan la cuchara. No sé vivir solo. Cuarenta años de entrenamiento.

—Vale —digo, y me cuesta—. Me cuidas. Muy bien. Eres una santa, como mamá. ¿Y mamá?

Marina no se mueve.

—¿Qué pasa con mamá?

—¿La cuidaste a ella también? ¿Esa noche? Daniel te vio. Te vio aquí, en esta cocina, a las dos de la mañana, tejiendo una tarta, con mamá quieta en su silla de mimbre a un metro de ti. —Doy un paso hacia ella—. ¿Qué le hiciste a mamá, Marina?

Y entonces lo hace. Lo que mejor sabe hacer, lo que aprendió mirando, lo que no se enseña. No se defiende. No llora. No levanta la voz ni un punto. Da un paso hacia mí, me pone la mano en la mejilla, caliente, seca, la mano que acaba de fregar, y me mira con una pena tan suave, tan sin fondo, que durante un segundo —y esto es lo que no me perdono— durante un segundo me dan ganas de apoyar la cara en esa mano y dejarme.

—Tomás —dice, bajito, solo para mí, aunque no haya nadie más—. Cariño. ¿Tú te acuerdas de esa noche?

—No.

—No. Claro que no. —Me pasa el pulgar por el pómulo, una vez, como se le quita una pestaña a un niño—. ¿Y sabes por qué bajé yo a la cocina a las dos de la mañana? Porque oí ruido en la casa. Ruido de alguien andando. Bajé, y me encontré la luz de la cocina encendida, y a mamá en su silla, y a alguien de pie a su lado. Alguien que andaba dormido. Con las manos por delante. Como anda él. —Una pausa mínima—. Como andas tú, Tomás, todas las noches de tu vida.

Le aparto la mano de la cara. Esta vez me cuesta más que ayer, más que las otras veces, porque la mano tira de cuarenta años.

—Mientes.

—A lo mejor. —Lo dice sin ofenderse, suave, casi con cariño, como quien le sigue la corriente a un enfermo—. A lo mejor miento. A lo mejor la maté yo, con mis manos, esa noche, y le tejí la tarta encima del cuerpo, y tú no tuviste nada que ver, y puedes irte de esta casa y dormir tranquilo el resto de tu vida convencido de que tu hermana es un monstruo y tú la víctima. Es una versión bonita. Te la regalo, si la quieres.

Espera. Me deja oírla. Y sigue:

—O a lo mejor no miento. A lo mejor esa noche bajaste tú, dormido, con lo que mamá te había dado de pequeño todavía rondándote la cabeza y con lo que fuera que cenaste, e hiciste lo que hiciste a un metro de su silla, y yo bajé detrás, como bajaba mamá detrás de ti cuando eras niño, y limpié. Te lavé las manos en ese grifo —señala el grifo con la barbilla, sin mirarlo— hasta dejártelas blancas. Te subí a la cama. Y luego me quedé, y tejí una tarta, y la dejé enfriándose en la rejilla, porque una cocina con una tarta recién hecha en la rejilla parece una cocina. Y una cocina sin tarta, con una madre muerta en una silla, parece otra cosa muy distinta. —Recoge el paño, lo dobla en dos, lo cuelga del horno—. Eso hago yo, Tomás. Eso me enseñó ella. Limpio detrás de la gente que quiero. Para que puedan despertarse por la mañana sin tener que cargar con lo de la noche.

Las manos. Mis manos rosas bajo el grifo. El fogonazo del primer día, el único trozo de esa noche que tengo. El agua bajando rosa por el desagüe y luego clara. La tarta caliente e intacta cuando llegué, que nadie supo explicar quién la había hecho ni cuándo.

No puede ser. No bajé. No fui yo. Yo no le haría eso a mamá.

No me acuerdo.

Y ese es el agujero. El sitio donde ella me mete siempre, donde me ha metido toda la vida, el hueco negro donde yo no sé y ella parece saber, y desde el borde de ese hueco me maneja igual que me manejaba mamá, porque a un hombre que no recuerda lo que hace de noche le puedes contar la noche que tú quieras, y se la creerá, porque no tiene con qué desmentirte. Me ha dado dos versiones. Las dos encajan. En una soy la víctima de un monstruo. En la otra soy el monstruo al que un ángel limpió las manos. Y no tengo manera de saber cuál es la verdadera, y ella lo sabe, y por eso me las ha dado las dos, para que elija, para que cargue yo con la elección el resto de mi vida.

—Quiero oír la cinta —digo, y me sale la voz rota por la mitad—. La de esa noche. La que tienes ahí arriba, en el cuarto de mamá. Quiero oírla. Quiero saber qué pasó de verdad.

Marina me mira un rato largo. Me calibra, igual que mamá me calibraba por las mañanas antes de decidir si yo estaba para levantarme o si me quedaba un día más en la cama «hasta que se me pasara». Pesa lo que aguanto. Mide.

Se lleva la mano al cuello. Saca la cadena por encima del camisón, despacio, eslabón a eslabón, y al final aparece la llave: pequeña, antigua, de hierro ennegrecido, con el ojo en forma de trébol. La llave de mamá. La que Villar buscó por toda la casa el sábado y no encontró.

—La tengo guardada para ti desde el martes —dice—. En el cuarto de mamá. Con ella. —Cierra la mano sobre la llave, la tapa entera con la palma—. Pero piénsatelo bien antes, cariño. Una vez la oigas, ya no vas a poder no haberla oído. Lo que está en esa cinta se queda contigo para siempre. Y a lo mejor, después de oírla, preferirías no saberlo. A lo mejor vivías mejor sin saber.

Sonríe. Con los ojos de mamá, con la boca de mamá, con la paciencia infinita de mamá.

—Como siempre.

25

—Ahora —digo—. Quiero oírla ahora. Antes de que venga Villar.

Marina me mira. Calcula, igual que mamá calculaba, pesando lo que aguanto contra lo que conviene. Y al final asiente, con esa calma que ya sé de dónde le viene, de quién la copió.

—Está bien. Sube.

Subimos. La escalera cruje bajo los dos, catorce escalones, y a mitad de camino Daniel asoma desde su cuarto. Tiene la bolsa de viaje medio hecha encima de la cama, una manga de camisa colgando por fuera de la cremallera, y los ojos hundidos de quien lleva tres días sin dormir y sin lo suyo. Nos ve pasar hacia el fondo del pasillo, hacia la puerta cerrada, y abre la boca, y la vuelve a cerrar. Daniel siempre abre la boca y la vuelve a cerrar. Vuelve a meter ropa en la bolsa, dándonos la espalda, como si no nos hubiera visto, como si no metiéramos los dos por una puerta a la que él no se atreve a acercarse.

Marina se planta delante de la puerta de mamá. La última del pasillo, la que lleva cerrada desde que llegué, la que nadie ha abierto en estos tres días. Se saca la cadena por encima del camisón —sigue en camisón a las nueve de la mañana, no se ha vestido, y eso tampoco es de ella, eso es nuevo de esta casa, como si dentro de estas paredes Marina dejara de ser la influencer de los vídeos perfectos y volviera a ser otra cosa más antigua— y mete la llave pequeña, la del ojo en forma de trébol, en la cerradura. La gira. Empuja.

El cuarto de mi madre por dentro.

No había entrado desde niño. Y está igual. Está peor que igual: está vivo. La cama hecha con las esquinas metidas, tirante, sin una arruga, la colcha de ganchillo de siempre, la que tejió ella un invierno entero. El tocador con el frasco del perfume, el del atomizador de pera de goma que llevo oliendo toda la semana sin saber de dónde salía, y el cepillo del pelo con hebras grises todavía enredadas en las púas. Las zapatillas junto a la cama, las dos paralelas, las punteras hacia fuera, esperando unos pies que las calcen al levantarse. La rebeca de lana colgada del respaldo de la silla por si refresca de madrugada. El despertador de cuerda en la mesilla, dando la hora, en hora, lo que quiere decir que alguien le da cuerda cada noche. El vaso de agua medio lleno. Las gafas de leer dobladas encima de una revista de pasatiempos abierta por un crucigrama a medias, con un boli al lado.

Huele a ella tanto que tengo que apoyar la mano en el marco de la puerta. No al perfume solo. A ella. A la mezcla que era ella, el perfume y la lejía y el azúcar y algo por debajo, un olor de fondo que reconozco de cuando era niño y me metía en su cama las noches de tormenta, antes de que aprendiera que en esta casa no se entra en las camas de los demás.

Y en la mesilla, sobre una bandeja de mimbre, hay un plato. Y en el plato, un trozo de tarta de celosía. Recién cortado. Con un tenedor de postre al lado, limpio, y una servilleta de tela doblada en triángulo.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque ya lo sé, aunque una parte de mí ya lo sabe y se niega.

Marina entra delante de mí. Coge del suelo, de al lado de la mesilla, otra bandeja —porque hay otra, una de ayer, con un trozo de tarta reseco, encogido, sin tocar, con el tenedor igual de limpio— y la cambia por la fresca con un gesto de ama de casa repetido mil veces, el gesto de quien retira el plato de ayer y pone el de hoy sin pensarlo, como se cambia el agua de un florero.

—Le dejo un trozo —dice—. Recién hecho. A mamá le gusta recién hecha, no le gusta de un día para otro, lo nota enseguida, dice que la de ayer sabe a nevera. Por eso la hago cada noche, para que la tenga fresca por la mañana.

Lo dice en presente. Le gusta. Lo nota. Dice. Como si mi madre fuera a entrar por esa puerta en cualquier momento, a sentarse en su

silla, a calzarse las zapatillas que la esperan y a comerse el trozo con su tenedor de postre mientras termina el crucigrama.

—Marina. —Tengo que decirlo, aunque me cueste decirlo en voz alta en este cuarto—. Mamá está muerta. La enterramos pasado mañana.

—Ya sé que está muerta, Tomás. No estoy loca. —Alisa con la mano la colcha donde no hay nada que alisar, una arruga que no existe—. Pero alguien tiene que cuidar su cuarto. Alguien tiene que darle cuerda al despertador para que no se pare, y abrir la ventana media hora por las mañanas para que se ventile, y cambiarle el agua del vaso, y dejarle su tarta. Porque si no se hace eso, esto se convierte en lo que tú quieres que sea, que es el cuarto de una muerta. Una habitación cerrada con polvo y un colchón pelado. Y yo no voy a permitir que el cuarto de mamá sea el cuarto de una muerta mientras yo viva y tenga manos para hacer una tarta. Tú haz tu duelo a tu manera, llorando en los rincones y mirando fotos antiguas. El mío es este. El mío tiene las manos ocupadas.

Y entonces lo entiendo. Lo de Lía. «La otra señora que duerme en el cuarto de la abuela. La de la tarta de anoche.» Lo soltó el lunes en el desayuno y yo creí que era un cuento de niños, una de esas cosas que dicen los críos. Pero una niña de cinco años entra en este cuarto detrás de su madre, ve la cama hecha y las zapatillas esperando y el plato servido y el agua en el vaso, y entiende lo único que se puede entender desde cinco años: que aquí vive alguien. Una señora. Que duerme y se come su tarta. La otra señora. La que no se ve pero está.

Y Marina la trae aquí. A su hija. A los cinco años. A ver cómo se cambia el plato, cómo se le da cuerda al despertador de los muertos, cómo se cuida a una señora que no está.

Tengo que sentarme. Me dejo caer en el borde de la silla, la del respaldo con la rebeca, y al apoyar la mano en el asiento noto debajo de la lana el tejido del asiento, y no es tela. Es mimbre.

Es la silla de la cocina. La silla de mimbre del rincón. La silla en la que Daniel vio a mamá sentada, quieta, la cabeza caída sobre el pecho, la noche que se murió. La silla en la que se le paró el corazón mientras una tarta se enfriaba a un metro.

Marina la ha subido aquí. Ha cargado con ella escaleras arriba y la ha puesto en el dormitorio, contra el tocador, y le ha echado la rebeca de mamá por el respaldo por si refresca. La silla en la que se murió mi madre, vestida de silla cualquiera, esperando.

Me levanto de ella como si quemara. Porque quema. Porque llevo el peso del cuerpo apoyado en la madera donde se apoyó el suyo al irse.

—La cinta —digo—. Dame la cinta. Vámonos de aquí.

Marina abre el cajón de la mesilla. Despacio. Y ahí está, sola, en su cajetín de plástico transparente, con la fecha escrita en la etiqueta por una mano que hace las eses con el mismo bucle que las hacía mamá. La saca. La sostiene un segundo entre dos dedos, mirándola a contraluz, las bobinas quietas, y luego me coge la mano, me la abre, me pone la cinta en la palma y me cierra los dedos por encima con las dos suyas, apretando, como mamá me cerraba la mano sobre una moneda antes de mandarme al quiosco, para que no la perdiera, para que supiera que era un encargo.

—Toma —dice—. Era tuya desde el principio. Lo que pasa en esa cinta es tuyo, Tomás, te pertenece, por eso la guardé, para que no la oyera Daniel ni la oyera nadie antes que tú. La guardé para que la oyeras cuando estuvieras listo. No a oscuras, no roto, no de cualquier manera. —Me sostiene la mano cerrada entre las suyas, calientes—. ¿Estás listo?

—No.

—Pues vamos a oírla igual, porque tú la has pedido, y yo siempre te doy lo que me pides cuando estás seguro de que lo quieres de verdad. —Me suelta la mano, despacio, dedo a dedo—. Como mamá. Abajo, en el costurero, está la grabadora buena. Esta cinta lleva en este cajón desde el martes, hay que rebobinarla entera. Baja tú. Yo ahora voy.

Salgo del cuarto con la cinta en el puño, apretada, el plástico clavándoseme en la palma. En el umbral me vuelvo, no sé por qué, a mirarla una última vez antes de bajar a oír lo que sea que voy a oír.

Marina se ha quedado dentro. No me sigue. Está de pie junto a la mesilla, de espaldas a mí, arreglando el trozo de tarta fresca en el plato, girándolo en la bandeja para que la celosía quede de cara a la cama, retirando con la yema del dedo una miga que ha caído en la servilleta. Y habla. Bajito. No para mí. Hacia la cama hecha, hacia las zapatillas que esperan unos pies, con una voz que es la que usa con Lía cuando la mete en la cama, la que usa conmigo de noche cuando me lleva por el pasillo, una voz de arrullo, de todo va bien.

—Ya está, mamá —le dice al cuarto vacío—. Ya casi lo sabe. Tú tranquila, que yo me ocupo de todo. Como siempre.

26

CONFESIÓN — MARINA

Sigo. Antes os he hablado de mamá en general, de cómo era y de por qué la entiendo cuando mis hermanos solo saben juzgarla. Ahora os voy a hablar de la última noche. Porque sé que es lo que queréis oír todos, el sobre incluido, y porque soy la única que estuvo, la única que lo vio de cerca, la única que puede contarlo sin que se le rompa la voz a mitad. Así que escuchad bien, que esto no lo va a contar nadie más, y menos con esta calma.

Mamá llevaba meses apagándose. Eso no lo notó nadie, porque nadie venía a verla de cerca. Tomás vivía en su ciudad, en su niebla, sin llamar más que por su cumpleaños y a veces ni eso. Daniel solo aparecía cuando se le acababa el dinero o la paciencia, entraba, cogía lo que necesitaba, daba dos besos y se iba antes de la cena. Yo venía. Yo siempre venía. Los domingos, con Lía, a comer, y me quedaba a recoger la cocina mientras los demás se iban, y desde esa cocina veía lo que ellos no querían ver: que mamá se moría. Despacio. Por dentro. Se le iba el color de la cara debajo del colorete. Se le hinchaban los tobillos al caer la tarde. Subía la escalera parándose en el séptimo escalón, como por casualidad, a mirar un cuadro que llevaba cuarenta años en la misma pared.

Lo sabía ella y lo sabía yo. Y no se lo dijimos a nadie. ¿Para qué? ¿Para que vinieran corriendo a llorarle encima, a hacerle preguntas, a llevarla a un hospital de la capital donde un médico con bata y prisa decidiera por ella cuántas semanas y con cuántos tubos? Mamá

odiaba los hospitales. Mamá no dejó que nadie decidiera por ella ni un solo día de su vida. Toda una vida decidiendo por los demás, por sus hijos, por su marido, por las vecinas que le pedían consejo: no iba a permitir que al final, en lo único que de verdad era suyo, decidiera por ella un desconocido mirando un reloj.

La última semana me llamó por teléfono. De noche, tarde, cuando Lía ya dormía. Con esa voz suya que no se alteraba nunca, ni para morirse.

—Ven el lunes —me dijo—. Tarde, cuando la niña esté acostada. Y trae lo de hacer la tarta, anda, que la mía ya no me sale. Me tiembla el pulso y la celosía me queda torcida, y no quiero que la última me salga fea.

La última. Lo dijo así, de pasada, entre la harina y el pulso, como quien comenta el tiempo. Y lo de que le temblaba el pulso. A mamá. A mamá, que tenía el pulso más firme del pueblo, que enhebraba una aguja a la primera con setenta años, que cortaba el jamón en lonchas que se transparentaban. Al final le temblaba el pulso, y lo único que le preocupaba de eso era que se le iba a notar en el enrejado de la tarta.

Fui el lunes. Tarde. Dejé a Lía con su padre, le dije que mamá estaba pachucha y quería compañía, que no me esperase. Subí la cuesta del puerto de noche, con el viento de tierra que baja oliendo a sal y a algas, y entré por detrás, por la puerta de la cocina, la que nunca se cierra con llave porque da al patio. Y mamá estaba allí. En su silla de mimbre. La del rincón, la de siempre, la que ahora está arriba con una rebeca encima. Esperándome. Pequeña. Más pequeña de lo que la había visto nunca, hundida en la rebeca, con las manos quietas en el regazo. Pero arreglada. Se había puesto el vestido bueno, el azul de los entierros y las bodas, y se había recogido el pelo, y se había puesto hasta el broche. Se había arreglado para recibir visita. Para recibirme a mí.

Hicimos la tarta juntas. Bueno, la hice yo, y ella me miraba desde la silla y me iba corrigiendo, igual que cuando era niña y me subía a la banqueta a mirarle las manos. Más harina, hija, que la masa está pegajosa. Las tiras más finas, que las cortas gordas y queda basto. Despacio. La celosía se hace con paciencia o no se hace. Y mientras yo cruzaba las tiras una sobre otra encima del rojo de la cereza, levantando una sí y otra no, mamá me dijo la última cosa que me dijo

sobre la tarta, lo que me dijo toda la vida sin que yo terminara de entender que no hablaba solo de la masa:

—Que no te vean mientras la tejes, Marina. Lo bonito se hace en privado.

Y luego me pidió lo que me pidió.

No lo voy a poner con todas sus letras en esta cinta. Hay cosas que son entre una madre y una hija, en una cocina, a las dos de la mañana, y no son asunto de ningún notario ni de ningún sobre ni de ningún juez. Solo diré esto: mamá me pidió algo que una madre solo le pide a quien sabe que va a hacerlo sin temblar y sin contarlo después. No se lo habría pedido a Tomás, que se habría roto en mil pedazos y habría llamado a una ambulancia para que la dejaran morirse despacio entre tubos. No se lo habría pedido a Daniel, que habría salido corriendo por esa puerta a vomitar en el patio, como sale corriendo de todo. Me lo pidió a mí. Porque sabía que yo no aparto la vista. Nunca aparté la vista, desde muy pequeña, desde una tarde en una escalera de la que ya os hablaré. Ese fue siempre mi sitio en esta familia: el de la que mira hasta el final y no se rompe ni cuenta.

Y yo se lo di.

Le di lo que necesitaba. Como ella me dio a mí, toda la vida, lo que yo necesitaba antes de que yo supiera ponerle nombre. Le devolví el favor una sola vez, la última, la única que de verdad contaba. Y lo hice con cariño, con calma, con las manos limpias y firmes, sin que me temblara el pulso a mí, porque a mí no me tiembla. Y me quedé con ella mientras se iba. No la dejé sola ni un segundo. Le cogí la mano. Le hablé bajito, lo que se le habla a alguien que se duerme y no quiere asustarse, y se fue así, en su silla, en su cocina, arreglada, con su vestido azul, con la tarta enfriándose a un metro, recién hecha, dorada, la mejor celosía que he tejido en mi vida, porque esa la tejí para ella, sabiendo para qué la tejía.

No se murió sola en el suelo de una cocina, como dirán los papeles del juzgado. Eso es lo que quiero que conste en esta cinta, por encima de todo lo demás. Mi madre no se cayó al suelo y se quedó tirada hasta que la encontró una vecina por la mañana. Mi madre se fue sentada en su silla, con su vestido bueno, con el broche puesto, con su hija al lado cogiéndole la mano, y una tarta caliente en la rejilla llenando la cocina de olor a cereza. Si eso es lo que pasa cuando una

se muere de verdad querida, querida por alguien que no aparta la vista, ojalá todos nos muramos así.

De lo que pasara después, yo no voy a hablar. De quién bajó la escalera a oscuras cuando yo todavía estaba recogiendo. De quién andaba por la casa dormido esa noche, con las manos por delante, como anda siempre. De quién dejó la cocina como la encontraron por la mañana, con la tarta sin cortar y el grifo goteando. Eso es de otros. Eso, que lo cuente en su cinta el que lo recuerde, si es que lo recuerda, y si se atreve. Yo me ocupé de lo mío, de lo que mamá me pidió, y cuando terminé subí, recogí mis cosas, y me fui a mi casa antes de que clareara, con mamá en su silla, en paz, arreglada. Lo demás que cada cual lo cargue solo, como lo cargo yo.

Porque yo me acuerdo de todo. Esa es mi cruz y es mi regalo, las dos cosas a la vez. Me acuerdo de cada cosa que he visto en esta casa desde que tengo uso de razón, y no he apartado la vista de ninguna, y por eso soy la única de los tres que puede sentarse delante de esta máquina y contar la verdad sin que le tiemble la voz ni le falle la memoria.

Si por contarla así, tranquila, sin pedir perdón, sin echarme a llorar, el sobre decide que no soy sincera y le da la casa a Tomás o a Daniel, que se la dé. Yo no he venido a esta cinta a mentir bonito como hará Tomás, ni a repartir culpas como hará Daniel. He venido a decir lo único que hice bien en mi vida. Lo único de lo que no me arrepiento. Lo único que volvería a hacer mañana mismo, igual, sin cambiar una coma.

Mamá me pidió la tarta. Sabía que era la última.

Yo solo hice lo que siempre supe que necesitaba.

27

El costurero. La grabadora buena, la de los carretes grandes, la que llevamos tres días llenando de confesiones. El carrete de esa noche enganchado, la cinta tensa entre las dos bobinas, mi pulgar encima de la tecla sin apretar.

Arriba, Marina le arregla la tarta a una muerta y le habla a una cama vacía. Daniel mete y saca ropa de una bolsa que no termina de cerrar. Lía dibuja sentada en el suelo de un dormitorio donde duerme una señora que no existe. Y yo estoy solo en la salita del jardín, con la persiana medio bajada y el verde de los postigos tamizando la luz, y entre las manos tengo metida en un carrete la noche en que se murió mi madre. Solo tengo que apretar.

Aprieto.

Siseo. El roce de la cinta vieja contra el cabezal. Y después, llenando la salita, la cocina. La nuestra. De noche. La reconozco antes de oír una sola palabra: el zumbido grave del horno encendido, el goteo del grifo que nunca cerró del todo, el reloj de pared contando, y un fondo de casa dormida, de tuberías que se asientan, de viento contra los postigos. Es de madrugada. Lo sé por cómo suena el silencio, más hueco, más hondo.

Y voces. Dos. Bajas, tranquilas, de gente que no tiene prisa.

—Más harina, mamá. Se me pega a los dedos.

—Pon menos agua la próxima vez… —La voz de mi madre. Fina. Cansada. Con un raspar de fondo al respirar que no le conocía, un silbido fino al final de cada frase—. Y las tiras más finas, Marina, que las haces gordas y queda la celosía basta.

—Ya, mamá. Ya.

Una risa. Pequeña, ronca, la de mi madre. Riéndose por lo bajo en su cocina a las dos de la madrugada mientras su hija teje una tarta. Y yo, sentado en el costurero a tres metros de esa cocina y a siete días de esa noche, oigo reírse a mi madre por última vez en mi vida y no puedo hacer nada. No puedo meterme dentro de la cinta. No puedo abrir la puerta de esa cocina y entrar. Solo puedo oír, con el carrete girando, cómo mi madre se ríe sin saber —¿sin saber?— que se está riendo por última vez.

Sigue. El trajín de la masa contra el mármol. El horno que se abre con su chirrido y se cierra con su golpe sordo. El raspar de un cuchillo cortando las tiras. Y por debajo de todo, sin parar, la respiración de mi madre, ese silbido fino, cada vez más separado, como si entre respiración y respiración se abriera un hueco que se va haciendo más ancho.

—¿Está bien así, mamá? ¿La ves bien la celosía?

—Está preciosa, hija. —Un silencio largo, solo el horno y el goteo —. La mejor que has hecho.

—La he hecho para ti.

—Lo sé. —Otro silencio. La oigo moverse en la silla, el crujido del mimbre—. Marina.

—Dime.

—Ya está bien, ¿no? Ya. Estoy cansada. Llevo cansada mucho tiempo, hija. Mucho.

—Lo sé, mamá.

—Tú sabes lo que necesito. Tú siempre lo has sabido. Eres la única.

—Lo sé.

Y aquí la cinta se queda casi sin sonido. Casi. Las dos voces bajan tanto que tengo que levantarme, coger la grabadora, pegar la oreja a la rejilla del altavoz, y aun así no distingo las palabras, solo el tono: el de mi madre, que pide algo muy bajito, despacio, sin miedo; y el de Marina, que contesta todavía más bajo, un murmullo continuo, sin aristas, el mismo murmullo con que me lleva a mí de noche por el pasillo cuando ando dormido, el mismo «ya está, ya está, no pasa nada» que le he oído esta misma mañana en mi propia grabación. Ese. Idéntico. El arrullo que se le hace a alguien para que se duerma sin asustarse.

«Ya está, mamá. Ya está. No pasa nada. Aquí estoy.»

Lo que pasa después no se oye. No hay un golpe. No hay un grito. No hay un forcejeo, ni un vaso que cae, ni nada que yo pueda señalar con el dedo y decir aquí, esto es, en este segundo mataron a mi madre. Hay el goteo. Hay el reloj. Hay el murmullo de Marina haciéndose cada vez más lento, más espaciado, acompasándose a algo. Y hay la respiración de mi madre, ese silbido fino, alargándose entre raspar y raspar, más, más, hasta una inspiración que empieza despacio y sube y se queda arriba, suspendida, y no baja. No vuelve a bajar.

Y luego, solo el goteo. Y el reloj. Y la voz de Marina, bajito, ya sin que nadie le conteste desde la silla:

—Ya está. Buenas noches, mamá.

Me he doblado sobre la mesa del costurero sin darme cuenta de cuándo, la frente casi tocando la madera, la grabadora apretada contra el oído, oyendo el goteo de una cocina de hace siete días donde mi madre acaba de dejar de respirar mientras una tarta se enfría en la rejilla y suelta su olor a cereza al aire de la madrugada. No sé cuánto rato me quedo así. La cinta sigue corriendo, paciente, registrándolo todo sin juzgar nada: el goteo, el reloj, los pasos de Marina yendo y viniendo por la cocina, recogiendo, el agua del fregadero, el chasquido del horno al apagarse, un cajón que se abre y se cierra.

Y entonces, en la cinta, otros pasos.

Descalzos. Arrastrados. Bajando la escalera de uno en uno, pisando la tabla suelta del rellano. Los míos. Yo. Esa noche bajo. Dormido, hundido, con lo que fuera que tuviera en el cuerpo, y la cinta me graba entrar en la cocina donde mi madre acaba de morirse y mi hermana acaba de recoger, y se me oye. Se oye mi respiración pesada de sonámbulo. Y se oye mi voz.

Y esto es lo que llevo siete días necesitando saber y ahora que lo tengo no lo soporto:

mi voz, en esa cinta, a un metro del cuerpo de mi madre, dice algo.

No grito. No pregunto qué ha pasado. No digo el nombre de mamá. Hablo bajo, pastoso, con la lengua de trapo del agujero, y suelto unas palabras, tres, cuatro, que no entiendo, que ni siquiera sé si son palabras o solo ruido de un hombre que habla dormido. Y luego se oye el grifo abrirse del todo, el agua corriendo fuerte, mis manos bajo el chorro, el agua un rato largo, demasiado largo, y la voz de Marina, cerca, tranquila:

—Eso es, Tomás. Lávate bien. Ya está. Ven, que te llevo. Mañana ni te acuerdas de nada.

Y mis pasos arrastrados otra vez, y los suyos detrás, conduciéndome, y el grifo que alguien deja goteando y vuelve a abrir y a cerrar, y la escalera, y el silencio de la casa tragándonos a los dos.

Rebobino. Con el dedo, despacio, hasta el sitio. Lo pongo otra vez. La parte de mi voz. Pego la oreja hasta hacerme daño en el cartílago.

Tres o cuatro palabras pastosas. Las oigo seis veces. Siete. Ocho. No las descifro. Pueden ser «¿qué le has hecho?». Pueden ser «¿qué he hecho?». Pueden ser «mamá, la tarta». Pueden ser «no quería». Pueden no ser nada, el balbuceo sin sentido de un hombre dormido de pie en una cocina, las sílabas que suelta cualquiera en sueños. Mi propia voz, hace siete días, a un metro del cuerpo todavía caliente de mi madre, diciendo algo que decidiría, si yo lo entendiera, qué clase de hijo soy: el que bajó dormido y no vio nada y se lavó las manos por costumbre de sonámbulo; el que bajó dormido e hizo algo y se lavó la prueba sin saberlo; o el que su hermana lavó como se lava a un niño que ha vuelto del jardín con barro, para que amaneciera limpio y tranquilo.

La cinta no lo dice. La cinta solo me da mi voz, y el agua, y a Marina llevándome a la cama. Lo del medio, lo único que importa, lo que pasó en el metro de aire entre mi madre muerta y mis manos, eso no lo grabó nadie, o lo grabó y no se entiende.

La pongo una novena vez. Subo el volumen hasta el tope. La salita se llena de mi propia voz pastosa de hace siete días, deformada, irreconocible, mía.

Y no se entiende.

28

La cinta se acaba. Clic. Las dos bobinas frenan, una más despacio que la otra, y se paran.

Me quedo sentado en el costurero con la salita girando despacio a mi alrededor, el sol más alto ya detrás de los postigos verdes, las nueve y algo, y dentro de la cabeza esas tres o cuatro palabras pastosas que no se entienden, dando vueltas, buscándole un sentido que no tienen o que no quiero darles. Bajé. Esa noche bajé. Estuve a un metro del cuerpo de mi madre recién muerta y dije algo y me lavé las manos en el grifo, y no sé por qué, y la única persona que lo sabe es la que me lo lavó.

Marina está en el umbral. No la he oído bajar la escalera, no la he oído cruzar el pasillo. Nunca la oigo. Aparece, como aparecía mamá, en el sitio donde una hace un segundo no había nadie.

—¿La has oído entera? —pregunta. No hay reproche en la voz. Hay cuidado.

—Sí.

Entra. Cruza la salita y se sienta en la silla de enea de al lado, la del costurero, y me coge la mano. Las dos manos, entre las suyas, calientes, secas, las uñas cortas y limpias.

—Entonces ya lo sabes —dice—. Que no estás seguro. Que nunca vas a estar seguro de qué hiciste tú esa noche y qué hice yo. —Me aprieta las manos, despacio, marcando cada palabra con la presión de los dedos—. Y yo tampoco te lo voy a decir, Tomás. Ni ahora ni nunca. Porque yo tampoco lo sé del todo. Y porque, escúchame bien lo que te voy a decir, da igual.

—No da igual. Es mi madre. Quiero saber si yo…

—Da igual. —La voz no le sube, no le baja, la misma línea recta, la de mamá—. Escúchame. Pasara lo que pasara en esa cocina esa noche, lo que hicieras o no hicieras tú, lo que hiciera o no hiciera yo, ya pasó. Está hecho. Y yo me ocupé. Lavé lo que había que lavar, tejí la tarta, te subí a la cama, dejé la cocina como tenía que estar para que cuando viniera la señora Pinto por la mañana no encontrara más que a una mujer mayor que se quedó dormida en su silla y no despertó. ¿No lo ves, Tomás? Eso es lo bueno de tenerme a mí. Esa es la diferencia entre tu vida y la de cualquier otro hombre que se despierte una mañana sin saber qué hizo de noche. Tú tienes a alguien que va detrás. Tú puedes hundirte cada noche, puedes andar dormido, puedes hacer dormido lo que sea, lo que más miedo te dé, y por la mañana amaneces limpio y en tu cama y nadie te pide cuentas, porque hay alguien que recoge. Como recogía mamá. Yo. Yo voy a ir detrás de ti el resto de tu vida, hermano, limpiando lo que dejes, sin preguntarte nunca qué fue. Vente a casa con Lía y conmigo. Yo te doy el té a la hora. Yo sé lo que necesitas.

Y durante un segundo —y esto es lo que más miedo me da de todo lo que ha pasado en esta casa en tres días, más que la cinta, más que el cuarto de arriba— durante un segundo lo quiero. Quiero decir que sí. Quiero soltar la cabeza que tengo, esta cabeza de colador que me ha tocado, en las manos de alguien que la sostenga por mí. Quiero que alguien decida por mí qué hice y qué no hice, qué soy y qué no soy, qué necesito y a qué hora. Quiero el té. Quiero la cuchara acercándose a la boca y abrir, como abrí siempre, durante cuarenta años, sin preguntar qué llevaba. Es el deseo más viejo que tengo. Me lo plantaron antes de que supiera hablar.

Le suelto las manos. Me cuesta. Tiran de cuarenta años.

—No —digo.

—Lo vas a pensar mejor. —No es una amenaza. Es una predicción, dicha con dulzura, con seguridad—. Esta noche, cuando estés solo en tu piso, sin nadie, sin el té, dando vueltas a oscuras, lo vas a pensar mejor.

—No voy a pensarlo. —Me levanto. Las piernas me responden a medias, las rodillas flojas—. Voy a sacar a Lía de esta casa. Antes de que aprenda a poner el plato de la abuela y a cambiar el agua de los muertos y a tejer la tarta sin que nadie la vea.

Algo le cruza la cara a Marina. La primera cosa suya que le veo en tres días que no es de mamá: un endurecimiento mínimo en la

mandíbula, una contracción de un músculo bajo el ojo. Dura lo que dura un parpadeo y se va, y la cara vuelve a ser dulce, paciente, la de la pena por mí. Pero lo he visto. Por debajo del barniz de mamá hay otra cosa, más dura, más nueva, que es solo de ella.

Salgo al pasillo dejándola sentada. Y en el pasillo está Daniel, con la bolsa al hombro por fin cerrada, las llaves del coche en la mano, yendo hacia la puerta de la calle con la cabeza gacha, como quien se escapa de un sitio sin despedirse.

—Me voy —dice sin mirarme, al pasar—. Que se quede ella la casa, el dinero, los muebles, todo. Yo no aguanto otra hora aquí dentro. No pienso estar cuando abran ese sobre y nos pongan a mamá a hablarnos desde una cinta. No quiero oír nada más. Ya he oído de sobra.

Llega a la puerta de la calle. Mete su llave de hierro en la cerradura, la que nos dio Villar el sábado a cada uno, la misma para los tres. La gira. La cerradura hace su clic seco. Tira del picaporte.

La puerta no se abre.

La sacude. Vuelve a girar la llave al otro lado, gira, vuelve, gira, tira con las dos manos, empuja con el hombro. La cerradura de hierro abre y cierra obediente, clic, clac, clic, pero la hoja de la puerta no se mueve un milímetro, porque por encima de la cerradura de Villar hay otra cosa: un cerrojo viejo, de los antiguos, de hierro negro, el de mamá, el que se echa por dentro y que no tiene ojo por fuera, el que no abre ninguna llave de hierro porque no se abre con llave de hierro. Se abre con la pequeña. La del trébol. La que cuelga de un cuello.

Está echado.

Esta mañana, cuando bajé a la cocina con el carrete, no estaba echado. Lo habría visto al pasar. Alguien lo ha echado mientras yo oía la cinta en el costurero con la oreja pegada al altavoz.

Daniel se vuelve hacia el pasillo, hacia Marina, que ha salido del costurero detrás de mí y está de pie en mitad del corredor, tranquila, las manos cruzadas por delante, la cadena por dentro del camisón.

—Abre la puerta, Marina.

—Falta una hora para que venga Villar —dice ella—. Mamá dijo setenta y dos horas, los tres juntos, hasta el final. Hasta que él vuelva y abra el sobre. No vamos a estropearlo ahora, a una hora del final, con lo bien que ha ido todo, con lo unidos que hemos estado estos días.

—Que abras la puerta, Marina. —A Daniel le tiembla la voz, le tiembla la mano de las llaves—. Te lo digo en serio.

—No tengo la llave del cerrojo. —Se lleva la mano al cuello, por encima de la tela del camisón, donde se marca el bulto pequeño de la llave bajo la cadena, y la tapa entera con la palma abierta, protegiéndola—. La perdió mamá hace años. Ya lo sabes.

Daniel deja caer la bolsa al suelo. Se lanza contra la puerta con el hombro por delante, una vez, dos, y la madera vieja y maciza, de las que se hacían para aguantar los temporales del puerto, ni se queja. La golpea con los puños, con las palmas, le da patadas a la altura del cerrojo que no alcanza a ver, y grita el nombre de Marina, y luego deja de gritar el nombre de Marina y se queda con la frente pegada a la madera, jadeando, las manos abiertas contra la puerta, y empieza a reírse. Una risa fea, sin aire, que se le rompe por dentro.

—Lo planeó —dice, contra la madera, sin volverse—. ¿No lo veis, joder? ¿No lo veis los dos? Las setenta y dos horas. Las confesiones grabadas. El sobre con la cinta. El cerrojo. La llave en el cuello de Marina. —Se gira despacio, con la espalda resbalando contra la puerta hasta quedarse de pie a duras penas, mirándonos a los dos con los ojos muy abiertos, enrojecidos—. Esto no es de ahora. Esto no se le ha ocurrido a Marina esta mañana. Esto lo dejó montado ella, antes de morirse, pieza por pieza. Las cintas. El testamento. El día y la hora. Hasta a Marina con la llave ya puesta en el cuello para cuando hiciera falta. Nos ha metido a los tres en una caja y ha cerrado la tapa desde dentro de su tumba.

Golpea la puerta con el talón, hacia atrás, sin mirarla, una vez.

—Esto lo planeó. Lo planeó todo.

29

CONFESIÓN — MARINA

Y para terminar, lo que dije que no diría. Lo del padre.

Lo dejo para el final porque es lo más importante y lo más mío. Ahora que mamá no está, solo quedo yo para contarlo, y un secreto que guarda una sola persona deja de ser un secreto y se vuelve una piedra que se carga sola toda la vida. No pienso cargar esta piedra otros treinta años. Que conste en la cinta, con mi voz, sin que me tiemble. Y que lo juzgue el que lo tenga que juzgar, que para juzgar a los muertos siempre hay cola.

Mi padre no era mal hombre. Quiero empezar por ahí, porque lo justo es lo justo. Era grande, callado, con las manos llenas de durezas de trabajar los andamios del puerto, y tenía un equilibrio de gato: lo veías allá arriba, a veinte metros, sobre dos tablones, caminando como quien cruza la cocina. No se mareaba. No se caía. Eso es lo primero que tenéis que tener en la cabeza para entender lo que vino después: mi padre no era hombre de caerse por una escalera. Mi padre no se había caído en su vida.

Los últimos meses empezó a mirar. Así lo decía mamá, por lo bajo, cuando creía que yo no la oía: «tu padre ha empezado a mirar». A mirarla a ella. A mirar el bote de las hierbas. A mirar a Tomás, que se ponía malo siempre la víspera de un viaje del colegio, de un campamento, de cualquier cosa que se pareciera a salir de casa. Mi padre ató cabos que en este pueblo no ató nunca nadie, porque era el único que vivía dentro y miraba a la vez, y un día dejó de discutir con

mamá por las noches en la cocina, que era lo que hacían siempre, y empezó a hacer otra cosa mucho peor: dejó de discutir y empezó a guardar. Guardaba papeles en una caja de puros que escondía en el cobertizo. Hacía llamadas con la voz baja y colgaba cuando yo entraba. Fue a la capital tres sábados seguidos «a lo del banco», y volvió el tercero con una carpeta y un nombre apuntado, el de un abogado, que yo le vi en el papel porque yo veía todo, ya entonces, no apartaba la vista de nada.

Quería llevarse a los niños. Eso era lo que tramaba mi padre. Romper la casa, repartirnos, sacarnos de aquí, dejar a mamá sola entre estas paredes que ella había llenado durante años, sola y sin nadie a quien cuidar. Y dejar a mamá sin nadie a quien cuidar era lo mismo que dejarla muerta, solo que de pie. Eso él no lo entendía. Eso un hombre no lo entiende. Para él era separarse y repartir. Para mamá era que le arrancaran la única cosa que la hacía respirar.

Mamá no se alteró. Mamá no se alteraba nunca, ya lo sabéis, ni para esto. Hizo lo que sabía hacer. Lo único que sabía hacer. Lo mismo que hizo con cada uno de nosotros a su manera durante toda la vida.

Le dio el té.

Mi padre llevaba años sin tomar nada de lo de mamá. Era de los que no se ponen malos, de los que no necesitan, de los que se ríen de las hierbas y los jarabes. Pero esos últimos meses dormía fatal, con la cabeza llena de lo que estaba tramando, dando vueltas en la cama hasta el amanecer, y mamá, una noche, sin decir nada, le subió una taza. El té de las hierbas. El del bote sin etiqueta. Con su cucharadita de miel para que no amargara. «Para que descanses, Esteban. Para que mañana lo veas todo más claro.» Y mi padre, que se fiaba de mamá igual que nos fiábamos todos, igual que se fía cualquiera de la mano que le acerca algo caliente con cariño a la hora de dormir, se lo tomó. Y durmió. Por primera vez en semanas durmió de un tirón, y a la mañana siguiente le dio las gracias.

Y a partir de esa noche, todas las noches. La taza. La miel. La cucharadita. «Descansa, Esteban.» Y mi padre durmiendo cada vez más hondo, y andando de día cada vez más torpe, más espeso, más lento, él, que tenía equilibrio de gato. Empezó a tropezar con el escalón de la entrada. A dejar las herramientas a medio guardar. A perder el hilo de las frases. La gente del pueblo decía que se estaba haciendo mayor de golpe, que el trabajo del puerto pasa factura. Yo

sabía lo que pasaba. Lo veía cada noche desde el pasillo: mamá preparando la taza de espaldas, removiendo despacio, midiendo con la cuchara lo que echaba del bote, más de lo de la primera noche, un poco más cada semana.

Una tarde mi padre bajó al sótano a buscar algo. Por esa escalera que vosotros conocéis de sobra, porque uno de vosotros se la ha pasado bajando y subiendo estos días a husmear: catorce escalones de piedra, empinados, sin barandilla, con el último tramo a oscuras porque la bombilla lleva fundida desde que tengo memoria. Bajó torpe, espeso, con el té de mamá de tres semanas en el cuerpo.

Y mamá bajó detrás de él. Despacio. Con un paño de cocina doblado en la mano. Y me cogió a mí del hombro y me llevó con ella.

Yo tenía nueve años. Todavía no sé por qué me llevó. Lo he pensado mil veces. A lo mejor para que aprendiera, porque ya entonces sabía que yo era la única de los tres que servía para mirar. A lo mejor porque no quería estar sola. A lo mejor las dos cosas. Nos quedamos las dos arriba del todo, en el primer escalón, calladas, y mamá me apretaba el hombro con una mano y con la otra sostenía el paño, y miramos cómo mi padre bajaba a oscuras, agarrándose a una pared que no tiene de dónde agarrarse, buscando con el pie el escalón siguiente y sin encontrarlo bien, porque las piernas no le respondían y los ojos no le enfocaban, porque llevaba tres semanas durmiendo el sueño que mamá le servía en una taza.

No hizo falta empujarlo. Esto es lo que nadie entendería desde fuera, y por eso no lo cuento desde fuera, lo cuento desde dentro. Mamá no lo tocó. No le puso una mano encima. Solo le había estado dando el té noche tras noche hasta que el cuerpo dejó de ser suyo, y luego lo dejó bajar solo una escalera que no se puede bajar sin equilibrio, y esperó, conmigo, con el paño, a que la escalera hiciera lo que la escalera hace con un hombre que no puede tenerse en pie. Lo arregló sin tocarlo. Limpio. Es lo más limpio que le he visto hacer a nadie en mi vida, y he visto hacer cosas limpias.

Cuando paró de rodar, abajo, en lo oscuro, y se quedó callado, mamá me cogió de la mano y bajamos las dos. Los catorce escalones, uno a uno, sin prisa, ella delante con el paño y yo agarrada a su falda, hasta el pie de la escalera, hasta donde estaba mi padre. Nos quedamos las dos de pie, mirándolo, sin decir nada. Yo no aparté la vista. No lloré. Eso es lo que más le llamó la atención después a todo el mundo, sin atreverse a decírmelo, que una niña de nueve años

mirara a su padre muerto al pie de una escalera y no llorara. Pero es que yo estaba aprendiendo, y cuando una aprende no llora, mira.

Y entonces, arriba, en el hueco de la puerta del sótano, apareció Daniel. Había oído el golpe desde su cuarto y bajó corriendo, y se quedó ahí parado, en lo alto de los catorce escalones, mirándonos a las dos al pie, junto al cuerpo, yo agarrada a la falda de mamá y mamá con el paño en la mano. No dijo nada. Daniel nunca dice nada en el momento; lo guarda treinta años y lo suelta luego en una cinta. Mamá levantó la cara hacia él, tranquila, y le dijo que subiera a llamar, que papá se había caído, y Daniel desapareció del hueco, y mientras subía a hacer lo que le mandaban, mamá se arrodilló a colocar el paño debajo de la cabeza de mi padre. No para salvarlo, que ya no había nada que salvar. Para que cuando vinieran lo encontraran arreglado, con la cabeza sobre algo blando, como se deja a los que se quieren.

Luego me miró a mí, que seguía a su lado sin haber soltado la falda, y me dijo, con la misma voz de todos los días:

—Sube, hija. Cámbiate ese vestido, que se te ha manchado de bajar. Y ve poniendo la mesa, anda, que la vida sigue y hay que cenar.

Y subí. Y me cambié el vestido. Y puse la mesa.

Nueve años.

Así que cuando Daniel, en su cinta, os cuente que aquella tarde, al oír el golpe, bajó y nos encontró a mamá y a mí al pie de la escalera, junto a vuestro padre, no miente. Eso lo vio con sus ojos. Dos figuras quietas y un hombre muerto. Pero ver no es saber. Daniel vio el final, el cuadro ya colocado. Lo de verdad —las tres semanas de té, la espera en lo alto, lo que tardó vuestro padre en dejar de bajar bien una escalera— eso no lo vio, eso no lo supo nunca. Eso lo supimos dos personas en este mundo, y una de las dos lleva una semana en el tanatorio.

En el reverso de la única foto que mamá guardó de mi padre, la que él tenía en la cartera, escribió con su letra la fecha de aquella tarde y dos iniciales. No las de ella y mi padre, como pensaría cualquiera que la encontrara. Las de las dos personas que estábamos en aquella escalera mirando. La suya y la mía. La D y la M. Lo sé porque esa foto la doblé yo, años después, para no verle la cara a mi padre, y al doblarla le di la vuelta, y reconocí la letra y reconocí la fecha y entendí lo que significaban las dos letras. Dos. Mamá y yo.

Las dos que miramos y no apartamos la vista. Las dos que sabemos hacer las cosas limpias y luego subir a poner la mesa.

Así que cuando oigáis a Daniel insinuar cosas en su confesión, lo de la tarta a deshoras, lo de mamá quieta en su silla la noche que se fue, acordaos de esto que os he contado del padre, y entenderéis que en esta familia las cosas se hacen así desde siempre. Sin gritos. Sin sangre. Sin tocar apenas. Con una taza, con paciencia, con tiempo, y con alguien al lado que no aparta la vista y que después sube a poner la mesa.

Mi padre también tomaba el té.

Al final, todos toman el té.

30

Salgo del costurero con la voz de Marina todavía metida en los oídos. *Al final, todos toman el té.* Y por fin lo veo entero, de una pieza, lo que llevo tres días viendo a cachos y apartando cada vez que se me acercaba demasiado.

El padre tomó el té y se cayó por una escalera de catorce escalones sin barandilla. A mí me llevan dando el té cuarenta años, primero ella, ahora Marina, y por eso tengo la cabeza llena de huecos y me despierto con barro en los zapatos sin saber de dónde vengo. A mamá le dieron el té al final, en su silla de mimbre, y una mano firme la acompañó mientras se apagaba. La cuchara. El bote sin etiqueta. La miel para que no amargue. La taza acercándose a la boca y la boca abriéndose, agradecida, sin preguntar qué lleva dentro.

Es siempre la misma mano. Eso es lo que veo ahora, de golpe, en mitad del pasillo. La misma mano que pesa la harina a ojo y cruza las tiras de la celosía y cierra las puertas para que no entre el frío. Pasa de madre a hija como pasa el color de los ojos, sin que nadie firme nada, mirando, en una banqueta, durante años. Marina es mamá otra vez. Mamá no se ha muerto del todo. Mamá sigue de pie en esta casa, con cuarenta años menos, haciendo café, dándole cuerda a un despertador, tejiendo una tarta cada noche para una cama vacía.

Y hay una tercera.

Lía. Lía con su lazo de cuadros, sentada en su silla con las piernas colgando sin llegar al suelo, mirándole las manos a su madre igual que su madre se las miraba a la suya. Lía que pone el plato sin que se lo manden. Lía que dice «poquito, que mamá sabe lo que necesito». Lía que esta semana, en esta casa, con cinco años, está aprendiendo

lo que se aprende mirando y no se desaprende en toda la vida. Ya hay una tercera. El hilo no se ha cortado con la muerte de mamá. Se ha tensado. Sigue.

Y entonces dejo de pensar y echo a andar, porque pensar en esta casa no sirve de nada, pensar es lo que llevo haciendo tres días mientras ellas hacen, y lo único que se me ocurre, lo único limpio que puedo hacer yo en toda mi vida de hombre roto, es sacar a esa niña de aquí antes de que sea tarde, antes de que aprenda a poner el plato del todo.

Subo de dos en dos. Las rodillas me fallan en el séptimo escalón, el mismo donde mamá se paraba a mirar un cuadro cuando ya se moría, y me agarro a la barandilla y sigo. Lía no está en su cuarto. No está en el de Marina, donde la bolsa de viaje de su madre sigue medio hecha sobre la cama. La puerta del fondo, la de mamá, está abierta, y dentro, en el suelo, sobre la alfombra de flores descoloridas, Lía juega.

Juega con el cepillo del pelo de la abuela, el de las hebras grises enredadas en las púas, y con el frasco del perfume del atomizador de pera de goma, apretándolo en el aire para oír el soplido. En la mesilla sigue el plato con el trozo de tarta fresca para la otra señora. Y la niña está de lo más tranquila, jugando en el cuarto donde se vela a una muerta como si fuera su cuarto de jugar, porque para ella lo es, porque su madre la trae aquí y le ha enseñado que aquí no pasa nada malo, que aquí solo duerme una señora.

—Lía. —Me agacho a su altura, junto a la cama hecha—. Ven conmigo.

—Estoy jugando. —No levanta la vista del frasco.

—Lo sé. Pero nos vamos a dar una vuelta tú y yo, ahora mismo. A ver el mar. Hay barcos. ¿Quieres ver los barcos?

Levanta la cabeza. Los ojos de su madre, que son los de la mía, que serán los suyos cuando le toque mirar a otro niño desde una silla. Duda. Mira el frasco, mira la puerta, me mira a mí. Y al final suelta el cepillo en la alfombra y me da la mano, la manita caliente, pequeña, confiada, y eso es lo que me parte por dentro más que ninguna cinta: que se fíe. Que me dé la mano sin más, porque soy mayor y porque se lo pido con buena cara. Así se la daba yo a mamá. Así de fácil es. Por eso funciona.

La cojo en brazos. Pesa poco, huele a colonia de niña y a cereza. Bajo con ella las escaleras deprisa, sujetándola contra el hombro, y

cruzo el pasillo hacia la puerta de la calle.

Daniel sigue ahí. Sentado en el suelo, la espalda contra la pared, al lado de la puerta que esta mañana no abría, con la bolsa tirada de cualquier manera y las llaves del coche sueltas en el parqué, a su lado, como algo que ya no sirve. No grita. Levanta la cara y me ve pasar con la niña en brazos, y dice, sin fuerzas, con la voz de quien lleva horas rendido:

—No abre, Tomás. Lo he probado todo, te lo juro. No abre.

—Tiene que abrir. Villar viene a las diez. Por algún sitio entrará.

Dejo a Lía en el suelo un momento, le digo que se quede quietecita ahí con el tío Daniel, que ahora vuelvo, y agarro el picaporte de la puerta de la calle. Mi llave de hierro, la que nos dio Villar, sigue puesta. La giro. La cerradura hace su clic obediente. Tiro. Y por encima, el cerrojo viejo, el de hierro negro, el de mamá, aguanta echado por dentro, sin un ojo donde meter nada, sin nada que hacer con él si no se tiene la llave pequeña. Empujo con el hombro. Le doy con la palma abierta. La madera, gruesa, vieja, de las que se hacían para aguantar los temporales del puerto, ni cruje.

Voy a la ventana del salón. Echo el visillo a un lado. Los postigos están cerrados por fuera, y atrancados, y de pronto me acuerdo de que los vi pintados de verde desde la calle el día que llegué y pensé qué bonitos, qué cuidados, y no se me pasó por la cabeza que un postigo cerrado por fuera, con su tranca, es exactamente una reja. La ventana de la cocina, igual. La del costurero da al jardín, pero el jardín tiene su tapia, y la tapia su cancela, y la cancela su candado, y el candado, seguro, su llavecita en una cadena que cuelga de un cuello.

Toda la casa es una puerta cerrada. Siempre lo fue. Yo crecí aquí dentro y lo llamé hogar. «Para que no tengas frío.»

Lía me mira desde el suelo del pasillo, y ahora sí, ahora se le ha puesto la cara de susto, porque los niños notan, una niña nota esas cosas, nota cuándo el tío al que le ha dado la mano empuja una puerta con la cara que estoy poniendo y la puerta no se abre.

—¡Marina! —grito hacia el hueco de la escalera, hacia arriba, hacia la casa entera—. ¡Abre la puerta! ¡Me llevo a Lía a dar una vuelta y nada más, te lo juro por lo que quieras, pero abre la puerta!

No contesta desde arriba.

Contesta desde detrás de mí.

Está al final del pasillo, donde el corredor se abre a la cocina, y no la he oído bajar la escalera, ni cruzar la casa, claro que no, nunca la oigo, aparece donde un segundo antes no había nadie. Se ha vestido. Se ha quitado el camisón y se ha puesto el vestido azul, el bueno, el de mamá, el de los entierros y las bodas, y encima el delantal de la cenefa, limpio, planchado, y se ha recogido el pelo. Y en las manos, con un paño doblado debajo para no quemarse, trae la tarta. La de celosía. Recién salida del horno, dorada, el vapor subiendo despacio por los rombos del enrejado, y el olor a cereza caliente llegando por el pasillo de golpe, llenándolo todo, ese olor que se cuela por debajo de las puertas cerradas y te hace pensar, contra toda razón, que alguien te quiere y te espera con algo dulce.

Lía, en el suelo, al ver a su madre con la tarta, se le va el susto de la cara. Se levanta. Da un paso hacia ella.

—Lía, no —digo—. Ven aquí conmigo, cariño.

La niña se para en mitad del pasillo, entre los dos. Mira a su madre y la tarta caliente. Me mira a mí y la puerta que no abre. Y se queda ahí parada, con cinco años, eligiendo, igual que elegí yo mil veces, igual que elegimos todos en esta casa, entre el que empuja puertas cerradas con mala cara y la que trae algo caliente y dulce en las manos y sonríe.

Marina avanza por el pasillo, despacio, sin prisa, con la tarta por delante como una ofrenda, y la deja en la mesita del recibidor, justo al lado de la puerta que no se abre, al alcance de todos. Una tarta caliente esperando a que alguien tenga la sensatez de quedarse a comérsela en vez de andar empujando puertas.

Me pone la mano en la nuca. Caliente, de haber sostenido la bandeja. La misma mano. El mismo sitio.

—¿A dónde vas a ir, Tomás? —dice, bajito, dulce, mirando a Lía y mirándome a mí, a los dos a la vez, a sus dos niños—. Falta media hora para que venga Villar. Estamos a punto de terminar. Lo hemos hecho tan bien estos días, los tres juntos, como mamá quería. No lo estropees ahora, anda. Quédate.

Me aprieta la nuca, suave, despacio, hacia ella, hacia la tarta, hacia dentro.

—Quédate. Hace frío fuera.

31

DELIA

Mis tres hijos. Juntos otra vez, bajo mi techo, donde tenéis que estar.

Falta poco ya. Lo noto desde aquí, desde donde quiera que esté una cuando deja de estar. Habéis grabado los tres. Cada uno ha dicho lo que tenía que decir, a su manera, con su voz: Tomás lo poco que recuerda, que es lo poco que yo le dejé recordar; Daniel lo mucho que le pesa, que es la única forma que tiene de quererme; Marina lo único que de verdad importa, dicho sin que le tiemble, como le enseñé. Os habéis pasado tres días dando vueltas por esta casa, abriendo mis cajones con esas manos vuestras que sigo reconociendo de cuando eran pequeñas, husmeando en el sótano, oyéndoos unos a otros a través de los tabiques, queriendo iros y sin poder iros. Y yo os he tenido a los tres bajo el mismo techo, comiendo en mi mesa, durmiendo en vuestras camas de siempre, una última vez.

Eso es lo único que quería. Que conste. No el dinero, que el dinero me dio igual toda la vida. No la casa, que es solo ladrillos y recuerdos. A vosotros tres. Juntos. Una vez más. Antes de que cada uno se vuelva a su vida prestada y deje de ser, del todo, de los míos.

Una madre nota cuándo se le acaba el tiempo. Lo nota igual que nota un día flojo dos días antes, o una recaída por cómo se cierra una puerta. Y nota, sobre todo, lo que necesita cada hijo para soltarla sin hacerse pedazos, o para hacerse los pedazos que le toca hacerse. A

cada uno le he ido dejando lo suyo estos días, sin que os dierais cuenta, como os lo he dejado siempre.

A Tomás, una duda. Una duda con la que va a poder vivir tranquilo, porque la duda pesa menos que la certeza, y yo a mi Tomás siempre le quité peso de encima, desde que era un niño que no dormía. Que no sepa nunca del todo qué hizo. Es el último regalo. El más difícil de envolver.

A Daniel, una culpable. Yo. Para que tenga a quién echarle sus cosas el resto de su vida, que es lo que lo mantiene de una pieza, lo que le impide mirarse demasiado de cerca.

Y a Marina, la casa. La llave. El sitio. El oficio entero, que ya era suyo desde aquella tarde en la escalera, pero que ahora es suyo con papeles.

Falta una sola cosa. La última. La que dejé grabada para el final, para cuando estuvierais los tres sentados delante, y Villar pusiera el sobre encima del mantel almidonado, y se hiciera ese silencio que se hace cuando una familia espera a que hable un muerto.

Sentaos. Comeos la tarta, anda, que Marina la hace casi tan bien como yo, y se enfría. Poneos cómodos. Y escuchad bien, hasta el final, sin levantaros, como os enseñé a escuchar.

Ya casi estáis listos para oírme entera.

CUARTA PARTE — LA CINTA

32

A LAS DIEZ EN PUNTO SUENA EL TIMBRE.

Llevamos media hora alrededor de la tarta sin comérnosla. Los tres, en el comedor, en los sitios de siempre, los que teníamos asignados de niños y que nadie nos ha dicho que ocupemos pero ocupamos, porque en esta casa el sitio de cada uno se hereda como el color de los ojos. El mantel almidonado, planchado con la raya en cruz. La vajilla de los domingos, la buena, la que solo salía cuando había que aparentar. La luz plana de la mañana entrando por los visillos, sin una sombra. Marina nos ha sentado. A Daniel a mi derecha, hundido en la silla, con las manos temblándole sobre el regazo y los ojos clavados en el mantel. A mí enfrente de la ventana. A ella en la cabecera, en el sitio de mamá, con Lía colgada del brazo y un babero puesto a la niña para que no se manche el vestido bueno.

La tarta de celosía en el centro de la mesa. Tibia ya. Perfecta. El enrejado dorado, sin una tira torcida, el rojo de la cereza asomando por los rombos. Nadie la corta. Está ahí como estuvo la primera, la del día que llegué, caliente e intacta junto a un cadáver. Marina ha sacado el cuchillo de servir y lo ha dejado al lado, sobre una servilleta doblada, con el mango hacia quien quiera cortar. Nadie quiere cortar.

Hemos estado así, media hora, en silencio, oyendo el reloj de pared contar los últimos minutos de las setenta y dos horas. Tic. Tic. Tic. Daniel respirando por la boca. Lía dando pataditas a la pata de la mesa, una, dos, hasta que Marina le pone la mano en la rodilla sin mirarla y la niña para. Nadie ha dicho nada en media hora, porque ya está todo dicho, está dicho en tres cintas guardadas en tres cajetines,

y la única que falta por hablar es la que no puede, la que lleva una semana en una cámara fría del tanatorio, y va a hablar igual.

Suena el timbre. Las diez en punto. Mamá calculó hasta esto: que Villar es de los que llaman al timbre a la hora exacta, ni un minuto antes ni uno después.

Marina se levanta a abrir. Le quita el babero a Lía primero, lo dobla, lo deja en el respaldo. Sale al pasillo. Oigo sus pasos, y luego el cerrojo viejo descorrerse —su llave, su mano, el chirrido del hierro negro que lleva tres días encerrándonos— y la puerta de la calle abrirse de par en par. Y entra la luz del día de verdad, la de fuera, y el aire del puerto, frío, con sal, con un grito de gaviota colgando lejos, y por un segundo el pasillo entero de esta casa cerrada respira, se llena de mundo, y Daniel levanta la cabeza del mantel y los dos miramos esa puerta abierta al fondo del corredor como dos perros que llevan tres días detrás de una verja.

Pero ya es tarde para irse. Aunque me levantara ahora, aunque cogiera a Lía y echara a correr por ese pasillo, no llegaría. Y no es por la distancia. Es por mí. Llevo tres días midiendo esa puerta y nunca cruzo. Villar ya está en el umbral, tapándola, con su carpeta bajo el brazo y su coche moderno aparcado detrás, en la cuesta, brillando entre las casas viejas.

—Buenos días —dice—. ¿Están los tres?

—Los tres —dice Marina—. Pase.

Villar entra. Se limpia los zapatos en el felpudo más de lo necesario, como quien retrasa el momento de pisar dentro. Trae la carpeta, y encima de la carpeta, sujeto con una goma, un sobre. Acolchado, abultado, cerrado, con un lacre de cera roja y la letra de mi madre por fuera: la apretada, la redonda, la de las etiquetas de las cajas del sótano y las fichas de las recetas, la de las eses con bucle. Lo deja en la mesa, junto a la tarta, y se queda de pie, porque Marina no le ofrece una silla y porque él no quiere sentarse a esta mesa, lo noto, no quiere quedarse en esta casa ni un minuto más de lo que el procedimiento le obliga.

—Han cumplido —dice. Nos mira uno a uno, despacio, y se detiene un momento de más en Daniel, en sus ojos hundidos y sus manos, y luego en mí, en lo que sea que se me haya quedado en la cara después de oír morir a mi madre en un carrete hace una hora—. Setenta y dos horas. Las tres grabaciones, según consta. He recibido aviso de cada una. —Carraspea—. Según las instrucciones que dejó su

madre, lo que me toca ahora, antes de leer la última cláusula del testamento, es abrir esto delante de los tres y reproducir lo que contiene. —Pone la mano plana sobre el sobre—. ¿Quieren que lo haga?

—Sí —dice Marina, que ya ha vuelto a sentarse en la cabecera, las manos cruzadas sobre el mantel.

—Le he preguntado a los tres. —Villar no la mira a ella. Es la primera persona en tres días que no hace lo que Marina dice en el momento en que lo dice—. Señor Marén. Daniel.

Daniel mira la puerta abierta. El rectángulo de luz al fondo del pasillo, el aire, la cuesta, el coche de Villar, la salida. Tiene todavía las llaves de su propio coche en el puño, apretadas, los nudillos blancos. Podría hacerlo ahora. La puerta está abierta. El cerrojo, descorrido. Podría levantarse, decir que renuncia a su parte, cruzar el pasillo, salir a la calle, respirar, subirse al coche y no oír jamás lo que mi madre dejó grabado para nosotros. Lo veo pensarlo. Le veo la cuenta en los ojos: lo que pesa el dinero contra lo que pesa oírla.

Y se queda. Vuelve a bajar la mirada al mantel. Porque Daniel siempre se queda donde está mamá, aunque mamá sea una cámara fría y un sobre con lacre. Toda la vida volviendo a la casa, no va a saber irse hoy, con ella esperándolo dentro de un carrete.

—Ábralo —dice, y la voz se le rompe por la mitad—. Acabemos de una vez.

Villar me mira a mí. El último.

—¿Señor Marén?

Lía, en el regazo de su madre, ha alargado la mano y ha pellizcado un trozo del borde de la tarta, la celosía dorada, y se lo está comiendo con los dedos, y tiene una mancha de cereza en la comisura, roja, y nos mira a los tres mayores con esa calma de quien ya ha aprendido a estarse quieta y callada mientras los adultos hacen sus cosas importantes. Cinco años. La misma calma que tenía Marina a su edad, sentada en su banqueta, mirando manos. Y pienso en lo que dijo Marina en su cinta, lo de que mamá lo dejó todo montado antes de morirse. Y pienso en el cerrojo. Y en la llave que cuelga del cuello de mi hermana por dentro del vestido. Y en que estamos los tres aquí sentados, a la mesa de una muerta, a punto de obedecer su última orden como obedecimos todas las anteriores. Y en que esto, esta escena exacta —la tarta, el sobre, la luz plana, los tres en nuestros sitios, la niña con cereza en la boca— la pensó ella hace meses,

sentada en su silla de mimbre con el pulso ya temblándole, sabiéndose enferma, sabiendo que estaríamos aquí, así, hoy, a las diez y pico de la mañana. Nos vio. Nos vio desde antes de morirse, sentados, esperándola.

Quiero decir que no. Quiero levantarme, coger a Lía de ese regazo, y salir corriendo por la puerta abierta antes de que Villar enchufe nada. Sacarla de aquí. Que no oiga. Que no aprenda.

Pero llevo cuarenta años abriendo la boca cuando me acercan algo a los labios. Cuarenta años de cuchara. Y mi madre lo sabía cuando grabó esto. Contaba con eso. Contaba con que yo me quedaría sentado, con que todos nos quedaríamos en nuestros sitios, con la tarta delante, porque para esto nos hizo, a cada uno a su medida, las piezas justas de la escena que llevaba meses montando.

—Póngala —digo.

Villar quita la goma. Rompe el lacre rojo con la uña del pulgar, y la cera salta en dos pedazos sobre el mantel. Abre el sobre acolchado. Dentro no hay papeles, no hay testamento escrito, no hay carta. Hay un carrete. Pequeño, en su cajetín de plástico transparente, con una etiqueta pegada, y la etiqueta la escribió ella, la letra apretada y redonda, las eses con bucle, y dice una sola palabra:

«Hijos.»

Villar saca el carrete. Mira alrededor, no sabe dónde reproducirlo, y soy yo el que dice, con una voz que no reconozco, que en el costurero está la grabadora. La buena. La de los carretes grandes. La que llevamos tres días llenando de confesiones, la que esta misma mañana me ha puesto a mi madre a morirse al oído.

Nos levantamos los tres. Y la niña. Y vamos en fila por el pasillo hacia el costurero, despacio, Villar delante con el carrete en la mano como quien lleva algo que quema, Marina detrás de él, luego Daniel arrastrando los pies, luego yo con Lía de la mano, que me la ha dado ella sola, sin que se la pida, la manita caliente y pegajosa de cereza. Pasamos por delante de la puerta de la calle, abierta, con el aire del puerto entrando. Ninguno de los tres se va. Ninguno mira siquiera.

En el costurero, Villar engancha el carrete en la grabadora, lo tensa entre las dos bobinas, comprueba con el dedo que la cinta corre. Nos quedamos de pie alrededor de la máquina, los cuatro, en esta salita pequeña que da al jardín, con los postigos verdes y la luz tamizada. La misma silla de enea. La misma mesa. El mismo aparato

donde hace una hora oí el último aliento de mi madre subir y quedarse arriba y no bajar.

—Cuando quieran —dice Villar.

Nadie quiere. Pero todos asentimos, los tres, casi a la vez, como tres niños dando permiso para algo que no se puede no dar.

Villar aprieta la tecla.

Las bobinas empiezan a girar. Siseo. El roce de la cinta contra el cabezal. Y luego, llenando la salita, tibia, tranquila, con esa cadencia de receta que le conozco desde antes de saber andar, sin un temblor, intacta después de una semana muerta, la voz de mi madre.

33

DELIA

Hijos míos.

Si estáis oyendo esto, es martes por la mañana, han pasado las setenta y dos horas, y Villar acaba de apretar la tecla delante de los tres. Lo sé porque lo dejé escrito así, hasta el último detalle, y Villar es hombre de cumplir un encargo al pie de la letra; por eso lo elegí a él y no al otro notario, el del centro, que tiene cara de saltarse los pasos. Estaréis en el costurero, de pie alrededor de la máquina, porque la grabadora buena está ahí y a ninguno se le ocurrirá moverla al comedor. Tomás tendrá la cara de no haber dormido en tres días. Daniel tendrá las llaves del coche en la mano y no se habrá ido, aunque lleve toda la mañana diciéndose que se va. Y Marina estará tranquila, con la niña cerca, escuchándome con la cabeza un poco ladeada, que es como escucha ella cuando ya sabe lo que va a oír.

¿Veis? Os conozco. Os conozco mejor de lo que os conocéis vosotros mismos, y eso no es magia ni es ser buena madre. Es haber mirado durante cuarenta años. Una aprende a un hijo igual que aprende una receta: probándola muchas veces, viendo qué le falta y qué le sobra, cuánto aguanta en el horno antes de quemarse, qué día sale mejor. Os probé muchas veces. A los tres. Y os aprendí de memoria, como me sé la tarta, sin tener que mirar el papel.

Os voy a contar la verdad ahora. Toda. Es lo único que no os he dado nunca, así que lo guardé para el final, como el azúcar glas, que

se espolvorea cuando la tarta ya está hecha y fría y no se puede cambiar.

Lo primero que tenéis que entender es que todo esto —el testamento, las setenta y dos horas, las confesiones, la herencia para el más sincero— no fue una ocurrencia de vieja con ganas de mandaros desde la tumba, ni cosa de un notario. Lo monté yo. Pieza por pieza, durante meses, sentada en mi silla cuando ya sabía que me quedaba poco y que el cuerpo se me iba apagando por dentro despacio, como se apaga un horno al que le has cortado el gas: guarda el calor un rato, hace creer que sigue encendido, y luego se enfría de golpe.

No os hice volver a esta casa para repartiros el dinero. El dinero me dio igual toda la vida y me da más igual ahora, que no me cabe en ningún sitio adonde voy. Os hice volver porque os quería a los tres juntos una última vez, bajo mi techo, en vuestros cuartos, comiendo en mi mesa con mi vajilla, y porque sabía que de otra manera no vendríais. Tomás no vendría porque esta casa le da un miedo que no sabe nombrar. Daniel no vendría más que a coger algo y marcharse antes de la cena. Y Marina vendría, sí, pero con su marido y su cámara y su prisa, a grabar un vídeo bonito y volverse a su vida. Hacía falta un clavo. Algo que os fijara a los tres aquí, juntos, setenta y dos horas, sin poder iros. El dinero fue solo eso: el clavo del que colgaros. La trampa para tener a mis hijos en casa una vez más antes de que ya no hubiera ni casa ni madre a la que volver.

Y las confesiones. Ah, las confesiones fueron lo bonito. Eso fue la celosía de todo el asunto.

Sabía que, encerrados aquí tres días, obligados a hablarle de mí a una máquina, no ibais a poder evitar contar quién creéis que fui. Y sabía que cada uno iba a contar a una madre distinta, porque a cada uno os crie una madre distinta, hecha a vuestra medida. No quería el dinero para el más sincero, eso era el cuento para que picarais. Lo que quería era oíros. Saber, antes de irme del todo, qué hicisteis cada uno con lo que os di. Cómo recordáis lo que yo viví poniéndole la vida entera. Y si alguno, alguno solo de los tres, se acercaba a entenderme sin odiarme. Ya os digo desde aquí que solo una se acercó. Pero no corramos.

Tomás, hijo. Empiezo por ti, que eres el mayor y el que peor lo lleva.

Tú habrás grabado una madre santa. Una mujer que te cuidó cuando estabas malito, que te sacaba del colegio cuando te encontrabas mal, que te tenía en casa porque el mundo de fuera te comía vivo. Y todo eso es verdad. En eso no te mentí ni una sola vez. Lo que no sabes —lo que te voy a decir ahora, y perdóname si puedes, que sé que no vas a poder— es que el mundo de fuera no te comía a ti más que a cualquier otro niño. Eras un crío sano. Fuerte, hasta. Corrías más que Daniel por el paseo. Te subías a los pinos del puerto sin caerte una vez.

El que te puso malito fui yo.

Poquito. Al principio muy poquito. Una pizca de algo en la merienda, una gota en la leche de antes de dormir, lo justo para que te dieran esas fiebres que el médico no sabía explicar, y los mareos, y los sueños raros de los que despertabas sin saber dónde estabas ni qué día era. Lo justo para que el médico se rascara la cabeza y dijera que eras un niño delicado, de los que es mejor tener en casa, con su madre, que su madre sabe cuidarlo. Y tenía razón el hombre. Yo sabía cuidarte. Cómo no iba a saber, si era yo la que sabía exactamente de qué tenías que curarte.

No lo hice por hacerte daño, eso quiero que te entre aunque no te quepa. Lo hice porque cuando estabas malito eras mío del todo. Te quedabas en la cama, pálido, pequeño, con la frente caliente, y me buscabas con los ojos cada vez que yo entraba en el cuarto, y bebías lo que yo te daba sin rechistar, agradecido, y me dabas la mano y no la soltabas, y me necesitabas como no me ha necesitado nadie en esta vida. Un niño sano no te necesita así. Un niño sano juega en la calle hasta que oscurece y entra solo a cenar y un día se va y no vuelve. Tú no te ibas, porque yo no te dejaba sano el tiempo suficiente para que te entraran las ganas de irte. Y mírate ahora. Cuarenta y tantos años y ahí sigues, en mi costurero, oyéndome. Volviste corriendo en cuanto te llamé. Sigues siendo mío. Esas tardes tuyas en mi cama, con la persiana echada y yo subiéndote el caldo, fueron las horas más felices de mi vida, y no me avergüenza decirlo en mi propia cinta.

Las lagunas que tienes, esos huecos negros donde no recuerdas qué hiciste, también son míos. También te los fui haciendo yo, gota a gota, año tras año, sin que se notara. Y no sabes cuánto he pensado en eso estos últimos meses, sabiéndome de salida. Porque esos huecos, hijo, esos huecos que tanto miedo te dan, son lo mejor que te dejé puesto. Un hombre que no recuerda lo que hizo de noche es un

hombre que puede vivir tranquilo con cualquier cosa. Te dejé un sitio dentro de la cabeza donde guardar lo que no se puede mirar de frente, y una tapa para cerrarlo. No todas las madres saben envolver un regalo así.

Daniel.

A ti te di otra cosa, porque tú me saliste otro niño. Tú llorabas de recién nacido sin parar, hasta ponerte morado, sin que nada te calmara: ni el pecho, ni los brazos, ni las nanas, ni pasearte la casa entera de noche. Hasta que una madrugada, rendida, te di media cucharadita de mi tila, la de las hierbas del bote, en la punta del dedo. Y paraste. Te dormiste de golpe, con los puñitos abiertos, sueltos, en paz por primera vez desde que naciste. Y yo me quedé mirándote dormir en la cuna, con el dedo todavía oliéndome a hierbas, y pensé: esto. Esto es lo que este niño necesita de mí. No canciones, no brazos. Una cucharadita.

Y te la di. Toda tu infancia. Para los nervios, para dormir, para los días malos del colegio, para cuando te ponías como te ponías. Y cada vez necesitabas un poquito más, porque así funciona la cosa, y a mí no me importaba que necesitaras más, porque cada poquito más era un poquito más que me necesitabas a mí, que era la que tenía el bote en el armario alto. Cuando creciste, y el bote ya no te bastaba, y empezaste a buscar fuera de casa lo que yo te había enseñado a necesitar dentro, lloré. No creas que no lloré, sola, en esta cocina. Pero no me sorprendí ni un segundo. Te había hecho así con mis manos. Y una madre carga con lo que hacen sus manos. Por eso seguí dándote dinero cada vez que volvías arrastrándote, y la cama hecha en tu cuarto, y la comida caliente, sin un reproche, porque sabía que mientras necesitaras, volverías, y mientras volvieras, seguirías siendo mío. Tú lo llamas tu enfermedad y te odias por ella. Yo lo llamo el hilo con que te tuve atado a casa toda la vida. Es el mismo hilo. Solo cambia quién lo cuenta y de qué lado lo mira.

Y Marina.

A ti, mi niña, no te hizo falta nada de eso, porque tú no necesitabas que yo te fabricara una carencia para tenerte cerca. Tú me saliste entera desde el principio. Tú, de pequeñita, en vez de jugar en el patio con tus hermanos, te subías a la banqueta de la cocina, esa que sigue en el rincón con las patas marcadas en el suelo, y te quedabas horas mirándome las manos mientras yo cocinaba. Sin hablar. Sin pedir nada. Mirando. Y no apartabas la vista nunca, ni

cuando había cosas que cualquier otra niña no habría querido ver. Tú no llorabas, Marina. Tú aprendías. A ti no tuve que hacerte nada, solo dejarte mirar, porque lo mío se te metía por los ojos y se te quedaba dentro, y un día, sin que yo te enseñara con una sola palabra, cogiste la masa y cruzaste las tiras una sobre otra y me hiciste una celosía perfecta, mejor que la mía a tu edad, y supe que la casa tenía quien la heredara. Supiste hacer la tarta. Supiste cerrar una puerta para que nadie pasara frío. Supiste, antes que nadie en esta familia, lo que necesitaba cada uno antes de que lo supiera él.

A ti no te dejé una herida, hija. A ti te dejé el oficio entero.

Y por eso, aunque todavía no os he contado lo último —lo que pasó la noche en que me morí, y por qué, y de quién fue la mano que me ayudó—, ya podéis ir sospechando los tres a quién voy a dejarle la casa. No hace falta ser muy listo. Solo hay que haber escuchado bien.

Pero no corráis, que esto, como la tarta, se sirve entero o no se sirve.

Dadle la vuelta a la cinta. Hay más.

34

DELIA

Le habéis dado la vuelta a la cinta. Bien. Siempre fuisteis obedientes, los tres, cada uno a su modo. Esa fue otra de las cosas que os di, y no la menor: a un hijo obediente se le puede dejar el mundo entero atado de antemano, seguro de que no desharán el nudo.

Ahora viene lo último. Lo que no le he dicho nunca a nadie, salvo a una persona, y esa persona está hoy ahí, de pie a vuestro lado, escuchándome con la cabeza un poco ladeada y sin que se le mueva un músculo de la cara, porque ya lo sabe, porque se lo conté yo misma, una madrugada, en esta cocina, mientras tejíamos.

Estoy enferma. Ahora mismo, mientras grabo esto, lo estoy. Por dentro, donde no se ve, donde no llega el espejo ni la vecina ni el médico al que no pienso ir. Lo supe hace casi un año, sin que me lo dijera nadie, igual que lo he sabido todo en esta casa durante cuarenta años: por las señales. El cansancio que no se va durmiendo. El sabor a hierro al despertar, como si hubiera chupado una moneda toda la noche. La manera en que la ropa me empezó a sobrar por los hombros, los vestidos que llevaba treinta años poniéndome de pronto colgando de una percha que ya no era yo. Una madre nota esas cosas en sus hijos antes que ellos. Con más razón se las nota a sí misma.

Para cuando estéis oyendo esto, yo ya no estaré. Y la forma en que me haya ido no habrá sido un descuido, ni un resbalón, ni el corazón

que se para una noche sin avisar. Habrá sido lo que yo decida. Lo tengo decidido mientras hablo. El cómo, el cuándo y con quién.

No pienso ir a un hospital. Eso lo primero. No voy a dejar que un desconocido con bata y prisa me diga cuántas semanas me quedan y me las cuente con los dedos, ni que me metan en una cama de sábanas que no son las mías a esperar conectada a una máquina que pita, perdiendo el pelo a mechones en la almohada, perdiendo el control de mi cuerpo delante de enfermeras que me hablarán como se le habla a una niña, perdiendo la cara, mientras deciden por mí, por mí, las cosas que yo llevo toda la vida decidiendo por los demás. Eso no. Cualquier cosa antes que eso. Una mujer que ha gobernado una casa entera durante cuarenta años, que ha decidido lo que comía cada uno y a qué hora dormía y de qué se ponía malo y de qué se curaba, no se muere pidiendo turno en un pasillo y permiso para morirse. Se muere como ha vivido. Mandando. En su casa. En su silla.

Así que voy a hacer lo que sé hacer. Lo único que sé hacer de verdad, en el fondo, lo que hice con vuestro padre a su manera y con cada uno de vosotros a la suya: tomar el control de lo que viene antes de que me lo tome a mí. Elegir. Elegir el día, uno cualquiera, un lunes, que los lunes el pueblo está callado. Elegir la hora, una madrugada, sin ruido, sin teléfono, sin que nadie se entere de nada hasta que la señora Pinto venga al café del martes, como cada martes desde hace veinte años, y llame al timbre, y no le abra nadie, y rodee la casa, y mire por la ventana de la cocina, y se encuentre lo que se tenga que encontrar: a una vieja dormida en su silla, con una tarta enfriándose, en paz, sin un grito, sin una marca, sin nada que contar.

Pero hay cosas que una no puede hacerse sola, por mucho que mande. Morirse bien es la primera de todas. Hace falta una mano. Una mano firme que no tiemble en el último momento, que no se asuste de lo que ve, que no llame a una ambulancia por miedo o por pena y lo eche todo a perder dejándome a medias, viva a la fuerza, peor que al principio, babeando en esa cama de hospital que es justo lo que quería evitar. Hace falta una mano que entienda —sin que haya que explicárselo, porque tener que explicárselo ya sería haberse equivocado al elegirla— que acompañar a alguien que ya ha decidido irse no es empujarlo: es sostenerlo mientras cruza. Es el último cuidado. El más difícil de dar de todos los que existen. El que de verdad cuesta, el que no se le puede pedir a cualquiera.

He pensado en los tres. Tengo que decirlo, porque esta es la cinta de la verdad y no voy a empezar a mentir en lo último que diga. Os he pesado a los tres, como peso la harina, a ojo, en la palma de la mano, sin báscula, que para eso llevo cuarenta años pesándoos a diario y sé lo que da cada uno.

A Tomás lo descarté enseguida, casi sin pensarlo. Mi Tomás se rompería. Me cogería la mano, y lloraría, y me suplicaría que no, y antes de dejarme ir llamaría a urgencias con dedos temblorosos, y acabaría yo en esa cama de hospital muriéndome despacio entre tubos, semanas, meses, por culpa del amor blando de un hijo que no soporta perder nada de lo que quiere. A Tomás lo quiero precisamente por eso, por blando, por incapaz, porque lo hice yo así de necesitado y de tierno. Pero a un hombre blando no se le pone una cosa seria en la mano. Se le rompe en los dedos.

A Daniel ni lo pensé. Ni un segundo. Daniel saldría corriendo antes de que yo terminara la frase. Sale corriendo de todo desde que aprendió a andar, y luego vuelve, cuando ya pasó lo difícil y otro lo ha limpiado, a ver qué queda en la mesa para él. Daniel no sirve para quedarse en lo difícil. Solo sirve para volver a lo fácil. También lo hice yo así, ya os lo he dicho, así que no se lo reprocho. Pero no se le encarga a un hombre que huye lo único que no admite huida.

Quedaba Marina.

Mi Marina. La que se subía a la banqueta del rincón a mirarme las manos sin pestañear cuando los otros dos estaban en la calle. La que no apartó la vista ni una sola vez en su vida, ni siquiera aquella tarde, en lo alto de la escalera del sótano, cuando cualquier otra niña de nueve años habría cerrado los ojos y se habría tapado la cara, y ella no, ella miró hasta el final y después subió a cambiarse el vestido y a poner la mesa sin que se lo dijeran dos veces. La que aprendió el oficio mirando, sin una palabra, porque lo importante de esta casa nunca se enseñó con palabras: se hereda con los ojos, como el color del pelo. La única de los tres con el pulso firme de verdad. La única que entiende, sin que haya que decírselo, que querer a alguien de verdad es no soltarlo nunca, ni siquiera cuando soltarlo sería lo cómodo, lo descansado, lo que haría una madre tibia.

A ella se lo voy a pedir. Para cuando me oigáis, ya se lo habré pedido, y ella ya lo habrá hecho, porque Marina nunca me ha dicho que no a nada que de verdad importara, desde que era pequeña. La llamaré una noche, tarde, cuando su niña duerma y su marido

ronque. Le diré que venga, que traiga lo de hacer la tarta, que la mía ya no me sale, que me tiembla el pulso y la celosía me queda torcida y no quiero irme dejando una tarta fea en mi cocina. Y vendrá. Y la haremos juntas, la última, en mi cocina, de madrugada, las dos solas, como tantas otras veces desde que era una cría en la banqueta. Y cuando la tarta esté tejida y dorada y enfriándose en la rejilla, ella hará lo que yo le pida. Con cariño. Con las manos limpias. Sin que le tiemble el pulso, porque a ella no le tiembla, eso también lo heredó de mí, junto con la receta y la llave y la casa.

Si buscáis a quién culpar de cómo me encontréis, no la culpéis a ella. Yo se lo habré pedido. Se lo habré rogado, si hace falta, yo, su madre. Culpadme a mí, que para eso ya estaré muerta y no me puede pasar nada peor de lo que voy a elegir que me pase. O, mejor, no culpéis a nadie, que sería lo justo, porque lo que pase esa madrugada en mi cocina no será un crimen por mucho que lo parezca en un papel del juzgado: será una madre y una hija terminando juntas un trabajo de toda una vida, el de cuidarse la una a la otra hasta el final, y un paso más allá del final.

Y Tomás.

Mi Tomás. Sé que estás ahí, oyéndome, con esa cara tuya de no haber dormido en tres días, con las manos en los bolsillos para que no se te vea lo que sea que te hagan las manos cuando estás nervioso. Y sé lo que llevas días preguntándote, porque te conozco, porque te hice yo con estas manos: te preguntas si esa noche bajaste. Si anduviste la casa dormido, como andas todas las noches de tu vida. Si llegaste hasta la cocina. Si tus manos hicieron algo a un metro de mi silla. Si fuiste tú.

No te lo voy a decir.

Y esta vez no es solo que me lo calle por crueldad o por capricho: es que ni yo, grabando esto antes de tiempo, sé del todo qué harás esa madrugada. Sé que andarás la casa dormido, porque la andas siempre, te hice así, gota a gota. Pero no sé si bajarás esa noche en concreto, ni qué verás si bajas, ni qué creerás haber hecho, ni qué se te quedará pegado por la mañana en ese colador que tienes por cabeza y que también te puse yo. A lo mejor bajas y no pasa nada. A lo mejor bajas y pasa todo. A lo mejor te quedas arriba durmiendo el sueño que te toque esa noche y no bajas. No lo sé, hijo, te lo juro por lo único que me queda, que es esta cinta.

Y aunque lo supiera. Aunque pudiera grabarte ahora mismo la noche entera, minuto a minuto, con pelos y señales, diciéndote exactamente qué hiciste y qué no, no lo haría. Porque te conozco, y sé que la certeza, cualquiera de las dos, la de que fuiste tú o la de que no, te partiría por la mitad y no volverías a pegarte nunca. La duda, en cambio, la duda se lleva. Pesa menos que la certeza, mucho menos. Se acostumbra uno a ella como se acostumbra al ruido del mar, hasta que un día deja de oírlo.

Llevo toda tu vida dándote sitios donde guardar lo que no se puede mirar de frente. Huecos. Mañanas en blanco. Tardes que no están. Y este es el último que te dejo, y el mejor de todos, el más trabajado: un hueco del tamaño exacto de una noche, con su puerta y su cerradura, para que metas ahí dentro lo que no quieras saber, y eches la llave, y vivas en el resto de la casa de tu cabeza sin tener que pasar nunca por ese cuarto. Para que no pases frío.

Es lo más caro que te he dado en la vida. Más que la salud que te quité, más que las tardes en mi cama con el caldo y la persiana echada. Algún día, cuando seas viejo, lo entenderás, y a lo mejor hasta me lo agradeces. O a lo mejor no. Da igual. Las madres no hacemos las cosas para que nos las agradezcan.

Y ya está, hijos. Eso es todo lo que tenía guardado. Ya lo sabéis todo, o todo lo que os conviene saber, que no es lo mismo, pero en esta familia nunca lo fue.

A Marina le dejo la casa. La casa, la llave, y lo que la llave abre y cierra, que es bastante más que una casa. Se lo ha ganado. No por sincera, aunque habrá sido la más sincera de los tres, ya lo veréis o ya lo habréis visto. Se lo ha ganado porque es la única que salió a mí. La única que entendió, sin que yo se lo enseñara con palabras, que querer es no soltar, y que cuidar es la forma más larga de no soltar nunca. Las otras dos partes, el dinero y los muebles y lo que haya en el banco, repartíoslas entre vosotros como buenamente podáis, u os las peleáis, que para eso habéis sido siempre hermanos y algo tendréis que hacer con las manos ahora que ya no me tenéis a mí.

Y comeos la tarta de una vez, anda, que llevo toda la cinta viéndoos mirarla sin tocarla. La habrá hecho Marina, con mi receta, la de la ficha manchada del cajón, y le sale casi tan bien como a mí, casi, y se estará enfriando en el centro de la mesa mientras me escucháis con esas caras. Una tarta de celosía fría es una pena. Un desperdicio.

Y en esta casa nunca se ha desperdiciado nada.
Ni a nadie.

35

Clic. Las bobinas frenan, una primero y la otra después, y se quedan quietas, y la salita se llena del silencio que deja una voz que ha terminado de hablar para siempre.

Nadie se mueve. Villar tiene todavía el dedo encima de la tecla, sin retirarlo, como si retirarlo hiciera oficial lo que acabamos de oír. Daniel se ha apoyado en el marco de la puerta del costurero, la cara gris, la boca floja. Lía sigue en brazos de su madre con la mancha de cereza en la comisura, mirándonos a los tres mayores sin entender, esperando a que alguien diga algo, a que alguien le explique este silencio nuevo que se ha metido en la casa. Y Marina está de pie, serena, la cabeza un poco ladeada todavía, en la misma postura en que ha escuchado a su madre contar que la eligió a ella para morir. Como quien oye una nana que se sabe de memoria desde la cuna.

El primero en romperse es Daniel.

—La eligió. —La voz le sale aguda, partida—. La habéis oído. La eligió a ella. Para... —no termina, no puede decir la palabra delante de la niña, o no puede decirla y punto—. Y a mí me eligió para esto. Para ser el que vuelve. Lo ha dicho con todas las letras, desde una cinta, a la cara: el que vuelve. Cuarenta años volviendo a esta casa a que me llenen el bote, y resulta que el bote me lo vació ella, aposta, cuando yo tenía dos años, para que no pudiera dejar de volver en la vida.

—Daniel —dice Marina, con esa voz.

—No. —Se aparta del marco como de algo que quema, retrocede hacia el pasillo, las manos por delante—. No me hables. No me

hables con esa voz, que es la suya, que la tienes metida en la garganta. No me toques.

Mira hacia el fondo del corredor. La puerta de la calle sigue abierta de par en par desde que entró Villar, el rectángulo de luz, el aire del puerto colándose por el pasillo. Daniel se ríe. Esa risa fea, sin aire, que se le rompe a la mitad.

—Lleva media hora abierta —dice—. Media hora. Y ninguno de los tres nos hemos movido. Aquí, sentados, oyendo a una muerta repartirnos como reparte la tarta. Nos hizo tan bien hechos que ni con la puerta abierta de par en par nos vamos. —Se mira las manos, las vuelve, como si no fueran suyas—. Yo me voy. Ahora. Antes de volver a creérmela.

Y se va. Echa a andar por el pasillo, deprisa, sin recoger la bolsa que dejó tirada esta mañana al pie de la puerta que entonces no abría, sin las llaves del coche que se le han quedado sueltas en el suelo del recibidor. Sin nada. Solo él, cruzando el corredor hacia la luz, y al llegar al umbral no se para, no mira atrás, no duda, sale a la cuesta empedrada, y lo oigo bajar casi corriendo, los pasos golpeando la piedra, perdiéndose hacia el puerto, hacia donde sea, lejos de aquí.

Daniel sabe irse, al final. Le ha costado cuarenta años y oír a su madre llamarlo cobarde desde la tumba, pero sabe. Mejor que yo. El que huye, al menos, sale por la puerta. Yo ni eso.

Villar carraspea en el silencio que deja Daniel. Recoge el carrete de la grabadora con dedos torpes, lo guarda en su cajetín de plástico, lo mete en la carpeta, le pone la goma. Se nota que querría estar en cualquier otro sitio del mundo, repartiendo cualquier otra herencia.

—Hay una última cláusula —dice, y no nos mira a los ojos, le habla a la carpeta—. La leeré formalmente cuando… cuando proceda, en mi despacho, con calma. Pero les adelanto lo esencial, porque consta por escrito, firmado y protocolizado hace cuatro meses. —Carraspea otra vez—. La vivienda, con todo lo que contiene, se adjudica a doña Marina Marén. El resto del caudal, las cuentas y los enseres de valor, se reparte entre los tres hermanos por partes iguales. —Cierra la carpeta—. Lo siento. Yo solo ejecuto lo que dejó dispuesto su madre.

Cuatro meses. Lo firmó hace cuatro meses. Cuando ya se sabía enferma, cuando ya lo tenía todo pensado y pesado: la casa para Marina, el dinero en tres, las cintas, el día, la hora, los tres hijos de pie en el costurero oyéndola. Hace cuatro meses esto ya estaba escrito y protocolizado y yo no sabía ni que mi madre se estaba

muriendo. La última vez que hablé con ella por teléfono me preguntó si comía bien y yo le dije que sí por quitármela de encima, y ella ya tenía esto firmado en el cajón de un notario.

Marina no dice nada. No sonríe, no se recrea, no le hace falta. Recibe la casa como se recibe algo que ya era tuyo desde siempre y que solo faltaba que alguien dijera en voz alta delante de testigos. Inclina la cabeza hacia Villar, despacio, le da las gracias con ese gesto, educada, impecable, la hija que hereda y se porta bien y a la que el pueblo entero compadecerá en el entierro por lo unida que estaba a su madre.

Villar guarda la carpeta bajo el brazo, murmura algo de que pasará a vernos, de que lo sentía mucho, y sale por el pasillo hacia la puerta abierta. Sus pasos, los de un hombre mayor con zapatos buenos, y luego el motor del coche, y luego nada. Nos quedamos los tres. La madre, el hijo y la niña dormida que ya no está dormida, que ha abierto los ojos con el ruido del coche y mira.

Y Marina me mira a mí.

—¿Lo ves, Tomás? —dice, bajito, dulce—. Ya está. Ya lo sabes todo. Ya no queda ningún cajón cerrado, ninguna cinta escondida, nada debajo de nada. Te dije que cuando lo supieras todo estarías más tranquilo, y míralo: ya pasó lo peor. —Lía se reacomoda contra su hombro, y Marina le pasa la mano por la espalda, arriba y abajo, sin mirarla, mientras me habla a mí—. Vente a casa. Tú, la niña y yo. Yo te cuido como te cuidó ella, pero sin lo malo, sin enfermarte, solo con lo bueno. El té a la hora justa para que duermas de un tirón, sin sueños. Las puertas cerradas para que no entre el frío del pasillo. La comida hecha. Alguien que sepa, antes que tú, lo que necesitas y cuándo. ¿No estás cansado, hermano? ¿No estás cansado ya de cargar tú solo, todos los días, con esa cabeza que tienes?

Y estoy cansado. Esa es la trampa, que estoy más cansado de lo que he estado en toda mi vida. Llevo cuarenta años cargando una cabeza que se vacía sola, que esconde noches enteras detrás de una pared, que no me deja saber del todo quién soy ni qué he hecho. Y aquí está mi hermana, con la voz de mi madre, ofreciéndome lo único que he querido siempre sin atreverme a nombrarlo: que alguien me la quite de las manos. Que alguien decida por mí. Que alguien me dé el té y me diga “duerme, Tomás” y a la mañana siguiente me diga quién fui y qué hice y yo no tenga que averiguarlo solo, a oscuras, tanteando huecos.

La cuchara acercándose a la boca. La boca abriéndose. Cuarenta años de eso.

Miro la cinta, ahí, en la carpeta que Villar se acaba de llevar; ya no la veo, pero la oigo todavía, a mi madre diciéndome que la duda me la dejó de regalo. Un hueco del tamaño de una noche, con su puerta y su llave, para que meta dentro lo que no quiera saber y no pase frío.

Y por una vez —y no sé de dónde me sale, a lo mejor de lo único mío que me queda sin tocar por sus manos— por una vez no abro la boca cuando me acercan la cuchara.

—No quiero saberlo —digo.

Marina ladea la cabeza.

—¿El qué, cariño?

—Lo de esa noche. Si bajé. Si fui yo. —Trago, y lo que trago no es saliva—. Ella me dejó la duda creyendo que me hacía un favor, y a lo mejor tenía razón, a lo mejor es lo único que me dejó que es de verdad mío. Porque si me lo cuentas tú, Marina, sea lo que sea, ya no será mío. Será tuyo. Será una versión más que me das tú, con su voz, para tenerme atado como la tenías a ella, como me has tenido estos tres días. Y no. —Doy un paso hacia atrás, hacia el pasillo, hacia la puerta que sigue abierta—. La duda al menos la elijo yo. Es lo primero que elijo yo solo en mi vida.

Algo le cruza la cara a Marina. Lo de antes, lo que vi en la cocina y duró un parpadeo. Esta vez dura más. Se le queda quieto debajo de los ojos, plano, frío, una cosa que no es de mamá, que es nueva, que es solo suya.

—No vas a poder, Tomás. —La dulzura sigue puesta por encima, pero por debajo se le oye lo otro, liso y sin fondo—. Tú solo no sabes vivir, lo sabes mejor que nadie. Vas a aguantar tres semanas en tu piso, comiendo de lata, sin dormir, y vas a volver. Como Daniel. Todos volvéis. Y yo voy a estar aquí, en esta casa que ya es mía, con la puerta abierta y el té hecho y tu cuarto con la cama puesta. Te voy a esperar el tiempo que haga falta. Tengo toda la paciencia del mundo. —Una pausa mínima—. La heredé entera.

—Puede que vuelva —digo—. Puede que tengas razón y vuelva en tres semanas con el rabo entre las piernas. Pero hoy me voy.

Y entonces, antes de irme, lo intento. La última cosa. La que llevo pensando desde que oí a mamá hablar de la que salió a ella, desde que vi a Lía contar los escalones y poner el plato y meter las pinturas ordenadas por colores.

Me acerco. Miro a la niña, que me mira a mí desde el hombro de su madre con los ojos de las dos.

—Dame a Lía. —Lo digo despacio, para que se oiga bien, para que conste—. Déjame llevármela una temporada. A mi casa, a la playa, a donde sea. Que respire otro aire una temporada. Que juegue en la calle hasta que oscurezca. Que no aprenda esto, Marina. Lo que sea esto, que no lo aprenda.

Marina aprieta a la niña contra su pecho, despacio, con las dos manos, y me sonríe con una pena infinita, la de mamá, la de quien le sigue la corriente a un enfermo que pide cosas imposibles porque está enfermo.

—Es mi hija, Tomás. —Le da un beso en el pelo a Lía, sin dejar de mirarme—. La quiero más que a nada en el mundo. Igual que mamá nos quería a nosotros.

Y ya está. Eso es todo. Es su hija, y la quiere más que a nada, igual que mamá nos quería. No hay vuelta a eso. No hay cinta que enseñar, no hay prueba que poner sobre la mesa, no hay número al que llamar. ¿Qué iba a decir yo, y a quién? ¿Que mi hermana cuida demasiado bien a su niña? ¿Que le enseña a tejer la tarta y a poner el plato y a no apartar la vista de lo que no se debe mirar? ¿Con qué cara lo digo, yo, que tengo el cráneo lleno de huecos y mi propia voz grabada en una cinta diciendo algo que no se entiende a un metro del cuerpo de mi madre muerta? No tengo nada. No tengo ni mi propia memoria para defenderme a mí mismo. El testigo más roto del mundo, eso soy. Y mi madre lo sabía cuando me dejó la duda. Por eso me la dejó. No solo para que viviera tranquilo: para que no pudiera salvar a nadie. Porque el que no está seguro de lo que hizo él mismo de noche no puede señalar a nadie a la luz del día.

Lía me mira. Tiene cinco años y un lazo de cuadros y cereza en la comisura. Dentro de cuarenta sabrá pesar la harina sin báscula y darle cuerda al despertador de los muertos y cerrar las puertas para que nadie pase frío.

No puedo hacer nada. Esa es la última cosa que aprendo en esta casa, la única que mi madre no me dio masticada: que no puedo hacer nada.

Me doy la vuelta y echo a andar por el pasillo hacia la puerta abierta, hacia la luz, hacia el aire de sal. Y todo el rato, con cada paso, espero el “Tomás” de Marina a mi espalda. El que me clave en el suelo. El que me haga volver la cabeza y quedarme, como me he

quedado siempre que alguien en esta casa dijo mi nombre con esa voz.

Pero no llega.

No hace falta que me llame, y las dos lo sabemos. Ella tiene toda la paciencia del mundo, y la puerta, a partir de hoy, la abre y la cierra ella.

36

Cruzo el umbral.

Es lo primero que hago en tres días que no me deja hacer la casa: salir. El aire de fuera me da en la cara, frío, con sal, y por un momento me parece otro aire, un aire que no han medido ni filtrado ni endulzado, y bajo dos escalones de la entrada y me quedo en la cuesta, en mitad de la calle empedrada, mirando hacia abajo, hacia el puerto, hacia los barcos pequeños cabeceando en el agua gris, hacia el mundo que sigue ahí, indiferente, sin enterarse de nada de lo que pasa dentro de esta casa de postigos verdes.

Villar sale detrás de mí. Se ha puesto el abrigo, lleva la carpeta apretada contra el pecho, y baja los escalones a mi lado y se para, y mira también hacia el puerto, y durante un rato ninguno de los dos dice nada.

—Yo redacté ese testamento —dice al final, sin mirarme—. Hace cuatro meses. Su madre vino a mi despacho ella sola, andando, con su bolso y sus guantes, y me dictó cada cláusula sin que le temblara la voz. Las setenta y dos horas. Las grabaciones. El sobre. Lo de la casa para su hermana. —Traga—. Me pareció excéntrico. De señora mayor con ganas de tener la última palabra. Le pregunté si estaba segura. Me dijo que las madres siempre están seguras, que para eso son madres. —Se ajusta el abrigo—. No sabía lo de la cinta. El contenido, quiero decir. Eso iba en sobre lacrado. Yo solo tenía instrucciones de reproducirlo hoy. Si lo hubiera sabido…

No termina. No hay manera de terminar esa frase. Si lo hubiera sabido, ¿qué. No hay nada que hacer con lo que hemos oído. Una mujer muerta confesando que se mató a sí misma con la mano de su

hija, y nombrando a esa hija heredera por ello, no es un delito que un notario sepa dónde meter. Es otra cosa. Es una herencia en el sentido que no sale en los papeles.

—¿Va a hacer usted algo? —le pregunto—. ¿Con la cinta? ¿La denuncia, la lleva a algún sitio?

Villar me mira por fin. Es un hombre cansado, de los que han visto repartir muchas casas entre muchos hermanos, y en los ojos tiene esa prudencia del que sabe hasta dónde llega su trabajo.

—¿Y qué dice la cinta, señor Marén? —dice, despacio—. La oyó usted igual que yo. Una madre enferma que dice que pensaba quitarse de en medio. Que iba a pedirle ayuda a una hija. En condicional, en futuro. No dice que lo hiciera. No dice cómo. No da una fecha. Su hermana no ha confesado nada ante mí. Y el certificado de defunción de su madre dice fallo cardíaco, firmado por el médico del pueblo, que la conocía de toda la vida. —Aparta la mirada—. Yo tengo una cinta donde una difunta filosofa sobre la muerte. Eso no es nada, legalmente. Eso no es nada en ningún sitio.

Y tiene razón. Mamá tenía razón hasta en esto. Grabó su confesión en futuro y en condicional, "voy a pedirle", "ya estará hecho", sin una fecha, sin un cómo, sin nombrar el bote ni la cuchara. Dejó una cinta que lo dice todo y no prueba nada. Limpia. Como las manos. Como la escalera del padre. Confesó para que lo supiéramos los suyos, y calló de la única manera que importa: para que no sirviera de nada saberlo.

Villar me da la mano. La suya está fría también.

—Lo siento —dice, y se nota que lo siente—. Por usted. Por el hermano que se ha ido corriendo. —Mira hacia la puerta abierta, hacia el interior en penumbra—. Por la niña, sobre todo.

Y se va, cuesta abajo, hacia su coche moderno aparcado entre las casas viejas, y arranca, y el ruido del motor se pierde, y me quedo solo en la calle, delante de la casa, sin saber adónde ir, porque tengo el coche dentro del garaje cerrado y la maleta dentro del cuarto cerrado y la vida entera, de pronto, a este lado de una puerta que mi hermana puede cerrar cuando quiera.

Vuelvo a entrar. Una última vez. A por la maleta. A despedirme, no sé de qué.

La casa está en silencio. Villar se ha llevado su carraspeo y Daniel se ha llevado su pánico, y lo que queda es la casa como era antes de

que llegáramos: ordenada, tibia, oliendo a cereza, perfecta, esperando. La encuentro en la cocina.

Marina ha sentado a Lía en la banqueta. La banqueta de siempre, la del rincón, la que tiene las patas marcadas en el suelo de tanto estar en el mismo sitio, la que usábamos de niños para llegar a la encimera. Lía está subida en ella, despierta otra vez, con las piernas colgando sin llegar al suelo. Y Marina, a su lado, con el delantal de la cenefa puesto, ha sacado la harina, el bol, el rodillo, el bote de las cerezas. Le ha atado a la niña un paño a la cintura, un delantal improvisado, para que no se manche el vestido bueno.

Le está enseñando a hacer la tarta.

—Mira, mi amor —dice Marina, y le pone las manitas de Lía sobre la masa, encima de las suyas, guiándolas—. Se estira despacio, sin apretar mucho, que si aprietas se rompe. Así. ¿Ves qué fina queda? La cereza va hasta el borde, no seas tacaña con la cereza, que la tarta sin cereza no es tarta. Y luego lo más difícil, lo que hace que sea nuestra: las tiras. Se cortan finitas y se van cruzando, una por encima, otra por debajo, una por encima, otra por debajo, tejiendo, ¿ves?, como un cestito, como una rejita.

Lía teje, con sus dedos torpes, una tira sobre otra, la lengua entre los dientes de concentración, y le sale mal, una tira se rompe, y mira a su madre asustada de haberlo estropeado.

—No pasa nada —dice Marina, y le recoge la tira rota y se la vuelve a poner en los dedos—. Otra vez. Con paciencia. La celosía se hace con paciencia o no se hace. Y una cosa más, la más importante de todas, la que me enseñó a mí la abuela y que no se le cuenta a nadie de fuera. —Se inclina sobre la niña, baja la voz, le habla al oído pero lo bastante alto para que yo lo oiga desde la puerta, porque sabe que estoy en la puerta, porque siempre sabe—. Que no te vean mientras la tejes, Lía. Lo bonito se hace en privado.

Lía teje. Una por encima, otra por debajo. Aprende.

Me apoyo en el marco de la puerta de la cocina y las miro. La madre guiando las manos de la hija sobre la masa, las dos cabezas juntas sobre la mesa, el sol plano entrando por la ventana de los postigos. Una estampa para un cuadro. Para uno de los vídeos de Marina, de hecho: madre e hija haciendo la tarta de la abuela un martes por la mañana, miles de “me gusta”, qué familia tan bonita, qué pena lo de la madre, qué bien lo lleva la hija, con lo unida que era a ella.

Lía levanta la cabeza de la masa. Me ve en la puerta. Y me sonríe, con harina en la nariz, contenta, orgullosa de su tira tejida, y luego se gira hacia su madre con una pregunta de niña, de esas que sueltan sin saber lo que pesan.

—Mamá. ¿Por qué la abuela siempre sabía lo que necesitábamos?

Marina no levanta la vista de la masa. Le coloca a Lía una tira nueva entre los deditos, le guía la mano, una por encima, otra por debajo, sin una pausa, sin un temblor, con la voz más dulce del mundo.

—Una madre nota esas cosas, mi amor.

Cojo mi maleta del recibidor, que alguien ha bajado del cuarto y ha dejado al lado de la puerta, hecha, cerrada, lista, sin que yo la tocara. Y salgo. Y esta vez no vuelvo la cabeza.

Detrás de mí, en la cocina, oigo a mi hermana enseñándole a mi sobrina a cruzar las tiras. Una por encima. Otra por debajo. Una por encima.

Otra por debajo.

37

DELIA

TE VAS A IR, TOMÁS.

Lo sé desde antes de grabar esto, desde antes de morirme, desde mucho antes. Lo supe el día que naciste y abriste la boca para llorar y la cerraste en cuanto te puse algo dentro. Te conozco así de bien. Te hice así de bien.

Vas a cruzar esa puerta que dejé abierta para ti —porque la dejé abierta yo, hijo, todo lo dejé yo— y vas a bajar la cuesta hacia el puerto pensando que por una vez en tu vida no abriste la boca cuando te acercaron la cuchara. Que dijiste que no. Que elegiste la duda en lugar de la certeza, y que la duda, al menos, es tuya.

Mi niño.

La duda también te la di yo. La elegí para ti hace cuatro meses, sentada en mi silla, con el pulso temblándome, igual que te elegí las fiebres y los mareos y los huecos en blanco cuando eras pequeño. Te la envolví con cuidado y te la dejé puesta para hoy, para esta mañana, para este momento exacto en que crees que la has elegido tú. No hay una sola cosa tuya, Tomás, que no haya pasado antes por mis manos. Ni siquiera lo que llamas tu libertad. Sobre todo eso.

Y esa noche. La de la cocina. Las manos.

Yo sé lo que pasó. Sé qué hiciste y qué no hiciste, qué tocaste y qué no, qué dijiste con esa lengua pastosa delante de la silla. Lo sé todo, hasta el último segundo, porque para eso soy tu madre.

Pero no estoy. Ya no estoy en ningún sitio donde puedas venir a preguntármelo.

Así que vete, anda. Vete a tu vida pequeña y vuelve dentro de unas semanas, como volverás, porque fuera te comes vivo y aquí está la puerta abierta y el té hecho y tu hermana esperándote con toda mi paciencia.

Y carga con esto el resto de tus días, que es lo último que te doy, lo más caro, lo que ninguna otra madre sabría darle a un hijo:

tú nunca vas a estar seguro de lo que hicieron tus manos.

Eso también te lo di yo.

Para que no pases frío.

FIN
